Lumen

Joumana

Haddad

La hija de la costurera

Lumen

La hija de la costurera

Joumana Haddad

Traducción: Laura Lecuona

Lumen

narrativa

SIGUENOS EN

[meg^staleer](http://www.megustaleer.com.mx/)

[@Ebooks](https://www.facebook.com/megustaleerebooks)

[@megustaleermex](https://twitter.com/megustaleermex)

[@megustaleermex](https://instagram.com/megustaleermex/)

Penguin Random House Grupo Editorial

A mi Bachir,

a quien llamé mucho antes de que tuviera un nombre, a quien seguiré amando mucho después de haber olvidado el mío.

Me gusta tu dolor, que también es mío;

Mi pesar de pesares, todas las aflicciones;

quiero tu pecho destrozado, donde tu amor todavía

canta y sigue cantando: una alondra enloquecida de amor.

Daniel Varoujan (poeta armenio)

En mis escombros la sombra verdece y el lobo dormita sobre la piel de mi cabra.

Sueña como yo, como el ángel, que la vida está aquí... no allá afuera.

Mahmoud Darwish (poeta palestino)

Nubes, oh nubes,

bendigan al hombre maldito que camina hasta el final.

Bendíganme a mí.

Muéstrenme la dicha de la evanescencia.

Ounsi el Hage (poeta libanés)

Está bien, siglo, me has derrotado, pero en todo Oriente no encontraré una cumbre donde pueda izar la bandera de mi rendición.

Mohammad al Maghout

(poeta sirio)

QAYAH

(Aintab, 1912-Beirut, 1978) Bisabuela de Qamar Abuela de Qadar Madre de Qana La que insiste en volver

La Reina de Diamantes es resiliente, enigmática y abnegada. A lo largo de la vida atraviesa muchas transiciones y no deja de enfrentarse a nuevas dificultades cada vez. Es propensa a la ansiedad, pero le ayuda su capacidad natural de sintetizar la sabiduría obtenida de sus experiencias. Su destino lo gobierna el Espíritu.

No digas que esta palabra está condenada a la oscuridad'

Que la vida eterna no es más que un alarde,

Que el alma es tierra y cenizas: yo creo en lo que tengo que creer.

ZABEL KHANDJIAN (poeta armenia)

Y entonces el obispo se volteó hacia ella y dijo solemnemente, tanto como su voz aguda lo permitía:

—Repite conmigo: “Yo, Qamar1 Sarraf, te recibo a ti, Bassem Barakat, como esposo, y prometo amarte, respetarte, serte siempre fiel y nunca abandonarte. Lo juro en el nombre de Dios, uno solo en la Santísima Trinidad, y todos los santos”.

Oyó las palabras como si viajaran hacia sus oídos desde un sueño inverosímil, llevadas por las alas descomunales de algún pájaro extraño, lentamente ascendiendo como música que se fuera extinguiendo al salir de una fosa sin fondo. Le trajeron de vuelta el recuerdo del pozo del patio de su abuela en Aintab. Le encantaba escuchar la melodía de la cubeta golpeando el agua allá abajo y luego subir de vuelta, rebosante, jalada por los fuertes brazos de su abuela, derramando unas cuantas gotas en el camino. Para ella, mojado era un sonido, no una sensación. Solía visualizar el oxidado contenedor de cobre como una criatura viviente que cantaba, bailaba y hasta se cansaba después de demasiados viajes de bajada y de subida. Sólo la dejaban sentarse a un metro de la pared de ladrillo que rodeaba la boca del pozo. Allí se acuclillaba y oía a escondidas los murmullos y vibraciones que salían. La vieja viuda no le daba permiso de asomarse adentro del pozo. “El agua es el pasadizo de los fantasmas”, le dijo una vez para que no se acercara. Sabía que a los fantasmas había que tenerles miedo, por las historias que su hermana le contaba todas las noches antes de dormir. “Te espían y esperan el instante en que los veas a los ojos para arrastrarte allá abajo al círculo latente. Hagas lo que hagas, nunca los veas a los ojos.” Con eso bastaba para espantar a la niña curiosa e impedir que desobedeciera. Nunca bebía agua del cántaro de porcelana de casa de su

abuela para que los fantasmas no flotaran en su garganta para luego deslizarse a su estómago...

“Repite conmigo...”

El obispo barbado le recordaba a uno de los amigos de infancia de su padre, “el hombre que hablaba con las serpientes”, como le decía. Las hipnotizaba con su flauta especial y las obligaba a balancearse como él quería. Cada vez que volvía de su pueblo natal de alguno de sus largos viajes por el mundo, pasaba por su casa y les contaba historias emocionantes de sus hazañas, actos callejeros y los lugares raros y lejanos que había visitado. Todo mundo escuchaba cautivado las aventuras de su nómada existencia. Todo mundo excepto ella. Lo envidiaba por viajar tanto, pero no le caía bien. Después de cada historia ella le hacía invariablemente la misma pregunta: “Pero ¿y si la serpiente no quiere bailar? ¿Y si estaba cansada y quería dormir?”.

Ella. La serpiente era una ella, tal como el encantador de serpientes era un él. Y ella debe bailar y bailar hasta que él decida que ya fue suficiente y la deja arrastrarse de vuelta a su canasta. Allí está el veneno, claro, en su saliva, pero no le habían enseñado cómo usarla, no le habían enseñado cómo escupirle a su opresor. Sólo le habían enseñado a obedecer, a sentirse culpable de ser serpiente y, sobre todo, a imaginar que era ella quien lo encantaba a él. La presa perfecta es la que no se da cuenta de que es una presa. Los espejitos por oro del ego humano son irresistibles.

Ese día en la iglesia se preguntó si no sería ella la víbora que bailaba: un lastimoso instrumento para entretener a los asistentes a la boda. Había eco en la catedral, la clase de eco que adormece a la gente, pero la molestia en los pies por los zapatos apretados que le había prestado su futura cuñada era muy marcada, superior a cualquier somnolencia. Sintió en el cuello cómo la quemaban todos los ojos fijos en ella, esperando que pronunciara las palabras esperadas. Linalmente levantó la mirada y escupió desafiante:

—Yo, Qayah2 Sarrafian, te recibo a ti, Bassem Barakat, como esposo...

Un silencio incómodo siguió a su voto. Todos los asistentes a la ceremonia en la greco-católica Catedral de la Anunciación en Jerusalén notaron que había dicho un nombre diferente, pero no iba a permitir que nadie la intimidara. A ella no. Con todo, sabía que no era culpa del obispo.

Estaba segura de que la madre de Bassem le había pedido al pobre hombre de Dios que quitara las letras “ian” de su apellido y que sustituyera su nombre de pila, Qayah, con el árabe Qamar. Decir que a la fanática de Fadwa no le gustaba que la novia de su hijo no fuera árabe, ni melquita, es quedarse corta. Pero Qayah estaba orgullosa de su herencia armenia y de toda la pesadumbre que ésta había grabado en su alma. Ella era Qayah Sarrafian, hija de los mártires Marine y Nazar, hija adoptiva de los difuntos Vartouhi y Grigor. Corrían por sus venas la espesa sangre de la rebeldía y un licor adictivo llamado dolor.

Marine y Nazar. Vartouhi y Grigor. Cómo deseaba que estuvieran todos allí en ese momento para presenciar ese día tan especial de su vida, esa “victoria”... Bueno, no del todo una victoria (pues los victoriosos siempre tienen posibilidad de elegir pero ella no); más bien como el acto de sacarle la lengua al destino. Estaba segura de que sus padres también habrían preferido que se casara con alguien de su comunidad, pero Bassem, a quien aborrecía con vehemencia cuando le impusieron el compromiso con él, resultó ser un buen hombre, muy buen hombre. Sus padres lo habrían aprobado. No se parecía nada a su malvada madre, que no perdía oportunidad de hacerla sentir “menos”, indigna de la familia Barakat.

—Así que tú eres la hija de la costurera —le dijo desdeñosamente a Qayah la primera vez que Bassem la llevó a su casa para presentársela a la familia—. Y a todo esto, ¿qué significa ese nombre tan extraño que tienes?

Bassem intervino enseguida para calmar la evidente hostilidad de su madre:

—Es el nombre de una antigua diosa de la luna. Y ya lo creo que ella es mi Qamar.

En otras palabras, “Apártate, madre”.

Los Barakat eran, de hecho, bastante ordinarios y modestos; no llegaban a clase media pero la arrogante de Fadwa se comportaba como si fueran de la realeza. Esa misma mañana, cuando pasó a visitar a la novia junto con un grupo de ancianas (obligada sólo por la tradición y el “Qué va a decir la gente de nosotros si no lo hacemos”), soltó otra dosis letal de su veneno:

—A Bassem siempre le ha gustado hacer buenas acciones. Casarse contigo ha de ser una.

Qayah no hizo caso de sus palabras maliciosas y se concentró en ajustarse el velo de encaje en la cabeza.

—¿Estás enamorada de él?

Negan, su mejor amiga, no dejaba de hacerle esa pregunta peliaguda desde que Bassem fijó la fecha de la boda.

—El amor es para los vivos, habibati3 Negan —respondía siempre. Pero ella de todas formas no buscaba el amor. El amor significaba corazón roto. El amor significaba lo prohibido. El amor significaba pérdida. Lo que ella necesitaba era seguridad, no romance.

—¿Estás enamorada de él como lo estuviste de Avi?

—Afortunadamente no.

No, no estaba enamorada de Bassem, no podía estarlo. Pero en los dieciocho meses del compromiso matrimonial arreglado lo fue conociendo y se dio cuenta de que auténticamente la respetaba y la cuidaría. En ese momento era todo lo que importaba.

Qayah sólo temía una consecuencia específica de ese matrimonio: la obligación física que tendría hacia su esposo, lo que la gente llama “el deber marital”. No le temía de la manera como una novia tímida e inocente teme lo que está por descubrir y que quizá a la larga aprenda a valorar. Sabía lo que se esperaba de ella y estaba segura de que nunca podría disfrutarlo. Entendía demasiado bien lo que a un hombre le gusta hacer con el cuerpo de una mujer. Lo había aprendido a la mala. En su mente había una opción, una sola fórmula, y consistía en uno que hacía y una que sucumbía. El hombre toma y la mujer entrega. Él se deleita y ella sólo espera a que él termine. Cada vez que imaginaba que eso pasara entre Bassem y ella (los gemidos, los golpeteos, la sangre, la suciedad), deseaba poder evaporarse.

—Un hombre caliente es un ghouli4 hambriento —le decía a Negan una y otra vez.

Negan no entendía de dónde venía ese terror, pues Qayah se abstenía de contar pormenores de su pasado. Sólo sabía que era una huérfana armenia a la que Vartouhi y Grigor habían adoptado. Todo lo demás antes de Jerusalén era un misterio. Hay silencios irrompibles que una simplemente debería

respetar y Negan intuía que el de Qayah era uno, pero también sabía cómo poner de buenas a su amiga con su picaro sentido del humor.

—Bueno, ¿estás lista para conocer a la Tortuga Mágica? —le preguntaba entre risitas. Tortuga Mágica era como le decía al pene. Su hermana mayor, ya casada, un día le había descrito el aparato y desde entonces lo describía como una tortuga—. Al parecer es una tortuga muy amigable. Si le das unos suaves golpecitos sacará la cabeza sonriéndote. Pero ten cuidado de no asustarla o rápidamente se retraerá para volver a esconderse en su concha.

Qayah ponía los ojos en blanco pero se reía aunque no quisiera. Negan era increíblemente obscena, pero podía hacerla reír hasta en los momentos más tristes.

El silencio de la catedral empezaba a volverse tenso. Negan, de pie a su lado, tomándose muy en serio su papel de dama de honor, le dio un ligero codazo. Qayah salió abruptamente de su ensimismamiento y recordó dónde estaba y por qué. Miró a Bassem, cuya mano derecha estaba unida a la suya en el evangelario bajo el epitrachelion. Él le devolvió la mirada y sonrió, tal como ella había previsto. A él le encantaba su espíritu ardiente. El obispo notó la sonrisa del novio, la interpretó como señal de aprobación, de macho a macho, y sólo entonces prosiguió con la ceremonia.

—Lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre.

En ese momento sintió unas ganas enormes de voltear y mirar a los ojos a su suegra. ¿La vengativa mujer le haría pagar su insolencia? A Qayah no le importaba. Ya quería que todo terminara para poder quitarse esos zapatos apretados.

\* \* \*

Jerusalén, domingo 3 de abril de 1932

Me urge quitarme estos zapatos, cómo me aprietan...

Veo a los hombres que bailan el dabke^ a mi alrededor, a las mujeres en sus coloridos vestidos tradicionales agitando blancos pañuelos bordados sobre sus cabezas, y lo único que puedo pensar es: ¿Qué hago aquí? ¿Cómo llegué a este lugar del tiempo y el espacio? Yo aquí no encajo. Soy una intrusa y siempre lo seré: un fantasma que se ha escapado del círculo latente y destinada a pronto volver.

¿Soy la única persona sobre la faz de la tierra que teme más a la vida que a la muerte, a quien le aterra más ser feliz que ser desgraciada? Miro los rostros alegres que me sonríen y me siento desesperada y sola. Desesperada y sola como una gota de agua quieta en un río que corre. ¿Cómo puede estar contenta esta gente? ¿No saben que esto es una estafa, que sólo están tratando de engañar al vacío? La mente me ordena que me sienta bien, pero mi corazón no obedece. En algún sitio entre una y otro se han cortado los nervios. La comunicación está bloqueada. Mi corazón está vacío. No, mi corazón está lleno: lleno de cadáveres, apretujados como gusanos. Me están carcomiendo, mastican lentamente mis órganos, a pequeños mordiscos. Allá va mi pulmón izquierdo. ¿Por eso a duras penas puedo respirar?

¿Cuánto pesa un corazón? Un corazón vacío, un no-corazón, sin la carga de amor, pasión, decepción, expectativa, afecto, dolor, entusiasmo, deseo, arrepentimiento, duda, enojo, resentimiento, calidez, ambición, fe, ansiedad, sospecha?

¿Sin la carga de todos los que hemos perdido en el camino?

Una anciana a la que nunca había visto viene y me da un beso. Tengo el fuerte impulso de limpiarme la sensación húmeda de sus labios en mis mejillas. Me dan ganas de abrirme los cachetes con mis largas uñas pintadas para que con la sangre se vaya esta mentira. Su beso es una mancha café en mi alma. Su beso me dice el sucio fraude que soy.

—Espero que pronto veamos a sus hijos —me dice.

Yo no quiero hijos. También mi matriz está abarrotada de cadáveres. No es lugar para un bebé: los gusanos se lo comerían pedacito tras pedacito, mordizco a mordizco.

No quiero hijos.

No mientras puedan morir los niños.

\* \* \*

El día que nació Qayah Sarrafian fue diferente de todos los días de abril que Aintab hubiera presenciado jamás. Las semanas anteriores habían sido inusitadamente nubladas y lluviosas, pero esa noche en concreto la primavera por fin había decidido hacer su aparición y una animada luna despidió con un susurro a todas las nubes.

—Le voy a poner Qayah —dijo Nazar, su padre—, porque sacó la luna al llegar.

Su madre, Marine, protestó, y también su abuela (la única de la familia: todos los demás abuelos habían muerto).

—Pero, Nazar, eso no es un nombre cristiano.

—Pero, Nazar, Qayah no es nada común para una armenia. ¡Por lo menos ponle Lusin!6

Las dos mujeres eran de esas a las que es difícil oponerse, pero Nazar se mantuvo firme.

—Y eso qué? Mírenla. ¡Es una bebé muy fuera de lo común!

De hecho, Qayah tenía un pelo rojo de lo más inusual: no tiraba ni al anaranjado ni al cobrizo: era de un rojo ardiente, puro, profundo. Además los sorprendió por haber llegado después de seis abortos espontáneos consecutivos. La pareja ya tenía dos hijas, Maria y Hosanna, y un hijo, Hagop, que habían nacido uno tras otro inmediatamente después de la boda. Luego Marine tuvo once años de complicaciones de salud y no pudo mantener a un bebé adentro de ella. En 1911, cuando volvió a quedar embarazada, estaba segura de que sería su séptimo aborto. Qayah fue prueba de que se equivocaba.

Los hermanos de la bebé, que tenían rizos casi azules de tan negros, le pusieron de apodo Garmeer Klghargeeg1 La adoraban y satisfacían todos sus caprichos, pero ella tenía una innegable preferencia por Hosanna, la que le llevaba doce años. Hosanna la apapachaba, le daba de comer y la cuidaba como si fuera su hija. El hermano menor, Nerses, nació un año después, en 1913.

Aintab significa “la buena primavera” en arameo. Su población estaba constituida por turcos, árabes, kurdos y armenios. Nazar era zapatero y Marine costurera, una muy talentosa. Algunas personas llamaban “magia” a su manera de convertir una tela sin vida en una elegante obra maestra o de adaptar cada vestido para ocultar las imperfecciones de una figura o subrayar sus atractivos. Venían a preguntar por ella mujeres de aldeas vecinas.

La pareja llevaba una vida muy modesta, igual que casi todos en su comunidad. Salvo por el doctor Avediss, que ostentaba su enorme barriga como prueba de buena fortuna, nadie usaba ropa lujosa ni vivía en una casa grande. La ciudad se destacaba sobre todo por sus productos de algodón y de cuero, y muchos de sus habitantes armenios tenían trabajos de tejedoras, fabricantes de calzado, zapateros remendones u oficios similares. También era un centro de comercio debido a su ubicación estratégica como conexión de rutas comerciales. La vida era simple, como sólo una vida humilde puede serlo.

Nazar traía zapatos viejos a casa con frecuencia. La gente se los daba cuando al fin los jubilaba. Había hecho una vitrina especial para ellos en el único cuarto espacioso de la casa, donde Marine y ella ocupaban la

desgastada cama de bronce y sus hijos dormían a su alrededor en colchones esparcidos por el suelo. La cama había sido un regalo de su madre el día de su boda. Era de ella pero quería que su hijo se la quedara:

—Tú naciste en ella y es mi deseo que también tus hijos nazcan ahí — afirmó categóricamente cuando él quiso protestar—; además prefiero dormir en el suelo. Así me siento más cerca de tu padre.

Él no conoció a su padre salvo por las interminables historias sobre él. A veces sentía que ella las inventaba y luego se las creía para sentirse menos sola, o para crear la vida que nunca tuvo. Poco después del nacimiento de Nazar, el padre murió por una infección dental que se complicó. La joven viuda se dedicó en cuerpo y alma a criar a su único hijo, y cuando éste estuvo en edad de casarse, vigilantemente asumió la tarea de elegirle a una esposa. Después de muchas indagaciones y consultas, al fin se arregló que fuera una huérfana armenia cuyos padres habían muerto en 1895 durante las masacres de Diyarbakir.8 Marine, su hija de doce años, había sido acogida por los misioneros de la rama de niñas del Colegio de Aintab. Allí aprendió a coser, a cocinar y a confiar en que sería “salvada por la gracia de Dios”. La madre de Nazar, a su vez, prometió “salvar a la pobre niña de volverse protestante”. Les dio a los recién casados un pequeño terreno que había heredado de una tía para que construyeran una casa. “Una nueva pareja no debería empezar su vida en común en compañía de una anciana.”

A Marine le chocaba la vitrina de zapatos. Había adquirido una obsesión por la limpieza por los tres años que pasó con los misioneros, demasiado meticulosos, y pasaba horas tallando los zapatos en el patio antes de dejar que pisaran su casa impecable. “No entiendo por qué te gustan estas cosas mugrosas”, se quejaba sin cesar, pero Nazar no escuchaba. Tenía sus razones, que no podía explicarle a su esposa. Hay debilidades que un hombre no puede dejar de tener pero nunca lo reconocerá. Esas “cosas mugrosas” tenían guardadas tantas historias, habían tomado tantos caminos y dejado de tomar tantos otros, tantos encuentros agradables o desagradables... Todas las tardes Nazar se inclinaba sobre el último par que hubiera llevado a casa y pasaba horas infatigables arreglándolos, como si quisiera convencerlos de volver a la vida. Imaginaba

la clase de existencia que habían soportado, las inverosímiles montañas que habían escalado y las confesiones secretas que habían oído sin divulgar. Si los zapatos hablaran... Si pudieran llorar o soltar carcajadas o gritar de dolor...

A Qayah también le gustaban los zapatos. Les tenía un apego especial, como a todos los objetos inanimados. A sus pocos años, no podía entender por qué. No tenía manera de saber que su temprana sensibilidad la llevaba a apreciar los objetos inanimados porque eran tranquilos, discretos y de bajo perfil. Porque eran incapaces de sufrir. Un objeto inanimado nunca puede ser arrogante, egoísta, falto de tacto o enojón. Siempre está a merced de las criaturas vivientes que lo usan. Pacientes, comprensivos, indulgentes. Y cuando un objeto inanimado se estropea, no espera que las criaturas vivientes lo compadezcan o lloren su pérdida; él nada más desaparece sin hacer mido.

Desde que empezó a caminar sola, Qayah a veces entraba en el cuarto a hurtadillas cuando su madre no veía, se probaba algunos de los zapatos y pasaba horas soñando despierta.

—Cuando crezca quiero ser una bota roja —declaró orgullosa una noche durante la cena, mientras todo mundo estaba discutiendo el futuro de Hagop como zapatero remendón. Nazar estuvo a punto de atragantarse de la risa, pero a Marine no le pareció nada gracioso.

—Todo esto es tu culpa, ¡tú y tu obsesión con los zapatos!

—¿Por qué una bota, Qayah? —le preguntó Hosanna.

—Porque quiero ir a lugares.

—Pero puedes ir a lugares siendo persona. ¿Para qué ser un zapato?

—Una persona puede cansarse. Cuando camino con tatiky9 en el campo tiene que pararse a descansar cada media hora. ¡Los zapatos no se cansan!

—Eso es cierto. Pero entonces ¿por qué una bota roja?

—¡Porque tengo el pelo rojo, claro está! —respondió con total naturalidad.

Y vaya que iría a lugares. Sus piecitos tenían muchos caminos difíciles por delante, mucho más escarpados y empinados que cualquier camino que esos viejos zapatos hubieran andado jamás, pero eso todavía no lo sabía.

Los iba a andar descalza.

\* \* \*

Aintab Jueves 8 de abril de 1915

Desde ayer tengo una nueva amiga. Es una muñeca y le puse Yelak.\*() Mi madre me la hizo a mano como regalo porque cumplí tres años. Estuvo siete días clavando alfderes, cosiendo y recortando. Por último, también le cosió un bonito vestido rosa, igualito al que me cosió a mí, y le puso pelo de estambre rojo para que se parezca mucho al mío.

Me dejó ver mientras la hacía. No me dejaba usar las tijeras, pero me enseñó a meter el hilo en el ojo de la aguja. Cada vez que le pasaba la aguja preparada me decía: “¿Ves este agujerito, Qayah? Es más fácil que un camello pase por él a que un rico entre al Reino de los Cielos”.

—¿Qué es un camello, mayrik?^

12

—Es un animal muy grande, sirelis.

—¿Más grande que un caballo?

—Sí, más grande.

—¿Y qué es un rico?

—Un hombre con el alma muerta.

—¿Qué significa “muerta”, mayrik?

Y ya no respondía.

\* \* \*

Cuando los soldados turcos irrumpieron en su casa aquella mañana y detuvieron a su padre, Qayah no entendió qué estaba pasando. Su madre gritaba y les suplicaba que lo perdonaran, pero no le hacían caso. Los militares ataron a su padre como si fuera un perro rabioso, lo obligaron a arrodillarse y lo sacaron a rastras. Llevaba su ropa buena de domingo, como el resto de la familia. Qayah tenía puesto su vestido rosa nuevo. Estaban preparándose para ir a misa dominical a la cercana iglesia Sourp Sarkis.

—Cristiano asqueroso, este lugar no es para ti.

En ese momento Qayah no podía pensar más que en las rodillas de su padre. Ocupaban su mente entera y no dejaban lugar para ningún otro pensamiento. Debía de tener las rodillas terriblemente lastimadas y sangrantes después de que lo arrastraran así. Llevará la pomada mágica que su abuela había usado para curarle la fea cortada que se hizo aquella vez que se cayó sobre una roca puntiaguda cerca del cerezo. Primero le lavará las rodillas con agua tibia y jabón, para que la herida no se infecte. Luego le untará la pomada y mientras lo hace le soplará suavemente en las rodillas,

porque al principio el bálsamo arde un poco. Sólo un poco y sólo al principio. Después irá por el costurero de madera que su madre guarda como un tesoro en la repisa más alta de la cocina. Pondrá una silla, se subirá a ella con prudencia y alargará la mano para tomar el costurero. Podría pedirle a Hosanna que se lo pasara, pero mejor no. Hosanna en ese momento está muy ocupada llorando. Se sentará cerca de su padre, insertará un hilo negro en la aguja y le coserá los pantalones negros desgarrados. Luego todo volverá a estar bien. Todo.

La fuerte voz de su padre la devolvió a la realidad como una orden.

—Si van a matarme, al menos déjenme ponerme de pie. No quiero morir de rodillas.

Los soldados hicieron caso omiso de la súplica de Nazar y cada uno le disparó en el pecho dos veces enfrente de su esposa e hijos. Él cayó inmediatamente después de la primera bala pero siguieron disparando. En el mismo punto una y otra vez, como si fuera una competencia y todos apuntaran al mismo blanco. El hoyo de su pecho se volvió gigantesco y sin embargo la sangre tardó en manar. La habían agarrado desprevenida y necesitaba un minuto para decidir si derramarse o no. El agujero era un rojo sol cegador mirando fijamente a Qayah. Se tapó los ojos con las manitas y sólo entonces empezó a llorar. Sabía que ninguna pomada mágica podría curar un hoyo así.

Qayah lloró y lloró. En realidad, desde ese momento hasta su último aliento nunca dejó de llorar.

Y desde ese día nunca más se vistió de rosa. El rosa se convirtió en el color de las lágrimas. El color de un padre que se deja atrás, de un hogar que se deja atrás. O de un mañana que nunca se alcanzará.

\* \* \*

Aintab, domingo 25 de abril de 1915

Me tropiezo con la gente. Está en todas partes; el camino está empedrado de cuerpos. ¿Están jugando a algo? Pero si es un juego, ¿por qué todos los demás gritan y lloran? Caminar encima de la gente no es un juego divertido. Se ven aterradores bajo mis pies. Sobre todo sus rostros. Con cada paso espero que chillen, pero no lo hacen. Se quedan nomás ahí tendidos, quietos como piedras. Han de ser muy fuertes para soportar sin moverse el peso de todos los que les caminan encima.

Una vez vino a nuestra aldea un hombre extraño. Tenía ropa chistosa y una cabeza redonda rapada. Nos dijo que podía caminar sobre fuego. Dijo que no sentía nada. Luego nos mostró sus pies ampollados. La piel de sus plantas era negra y gruesa, como carbón. Por muchas semanas estuve teniendo pesadillas sobre esos pies. ¿Mis pies descalzos se pondrán como los suyos?

Vamos, levántense todos ustedes. ¡Ya estuvo bueno de este horrible juego!

Extraño a hayrikesN También a tatikes.^ ¿Por qué los dejamos? Mi mamá me dijo que nunca volverían. “Nunca jamás”, dijo. ¿Es mi culpa? ¿Hice algo mal?

Tengo hambre pero no hay comida. Estoy comiendo pasto. Sabe feo. Está lleno de polvo y creo que también tenía un insecto.

Hace mucho calor. Estoy seca y cansada. Creo que voy a dormir un ratito.

Adiós, tatiky. Adiós, hayrik.

\* \* \*

Inmediatamente después de que mataran a Nazar, a Marine se le ordenó evacuar la casa. Cubrió el cadáver de su esposo con una cobija blanca, empacó toda la comida que encontró y se llevó a sus cinco hijos en un viaje para huir de la zona de peligro. Caminaron junto con otras mujeres, niños y algunos ancianos de Aintab y aldeas armenias vecinas. Los cadáveres en descomposición atiborraban las calles como hojas caídas.

Los que se nos mueren nunca se van, ni siquiera cuando los dejamos. Antes de partir, Marine puso la imagen del cadáver de su esposo en su memoria junto a la de sus padres. Los recuerdos son como morgues: interminables filas de cajones que a veces volvemos a abrir para checar a nuestros muertos. Has crecido mucho, mi amor. Ese nuevo corte de pelo te queda muy bien. ¡Por supuesto que no me he olvidado de ti!, sólo que estaba demasiado ocupada preparándome para morir yo también. Les guiñamos el ojo cuando cerramos los cajones y nos vamos, pero sólo por poco tiempo. Sabemos que pronto nos reuniremos con ellos en los recuerdos de alguien más.

El grupo viajó por el desierto sirio a pie tratando de llegar sanos y salvos a Alepo,15 donde Marine tenía un pariente lejano. La madre vistió a sus dos niños como niñas para cruzar así las zonas peligrosas, pues los turcos estaban matando sistemáticamente a todos los hombres. Pero todavía no atravesaban los límites de Aintab cuando un soldado percibió el bigote que a Hagop, a sus catorce años, empezaba a asomársele, y le disparó en el

acto. No le dio a Marine tiempo para despedirse de su primogénito como era debido. Despiadadamente la alejó a rastras del cadáver del muchacho, pacíficamente tendido en su vestido azul, un pájaro herido envuelto en un cielo despejado. Ella lo abrazaba como una Madonna Addolorata, pero el soldado la obligó a levantarse y seguir caminando.

Esa misma tarde, cuando la densa oscuridad de las noches del desierto cayó sobre la caravana, de repente sintió una presencia desconocida cerca de ella. La voz de un hombre le susurró al oído algo ininteligible. Marine no pudo ver quién era y al principio se asustó, pero la voz era cálida y amable. El extraño le tendió algo en las manos, suavemente le dio unas palmaditas en el hombro y siguió adelante. Cuando un rayo de luna cayó sobre su sombra mientras se alejaba presuroso, por su vestimenta reconoció que era un soldado turco. Atónita, vio lo que le había dado: era el vestido azul que llevaba Hagop, manchado con su sangre y sudor, y una cantimplora de piel de cabra medio llena. Marine aspiró el olor de su hijo y se puso a llorar. No sabía qué pesaba más en ese llanto: la insoportable pérdida de su hijo o el descubrimiento de un corazón humanitario en medio de toda la hostilidad.

En ese viaje por el infierno, a Marine la violaron más de una vez varios soldados y estuvo al borde de la muerte. También a Hosanna la violaron, el segundo día, pero el frágil cuerpo de la joven no lo pudo soportar. El corazón se le detuvo frente a los ojos de Qayah. La parte inferior del vestido estaba levantada y le tapaba la cabeza, así que Qayah no pudo verle el rostro en el momento en que feneció. Sólo vio las piernas abiertas y la sangre que chorrreaba entre ellas, de esa “parte vergonzosa del cuerpo” que su madre siempre les ordenaba a sus hermanas y a ella ocultar.

Esa parte vergonzosa del cuerpo donde empieza la carnicería.

Esa parte vergonzosa del cuerpo donde el sufrimiento y el éxtasis se funden.

Esa parte vergonzosa del cuerpo donde se guardan todos los secretos.

Esa parte vergonzosa del cuerpo donde convergen todos los caminos.

Esa

Parte

Vergonzosa

Del

Cuerpo

Donde

Resucitan

Los

Muertos.

Para Qayah fue un entrenamiento en la pérdida. Uno que sellaría su destino irreversiblemente. Gaghant baba16 y los cuentos de hadas con final feliz habían desaparecido para siempre. Tras muchos días de andar errantes bajo un sol despiadado seguían sin llegar a Alepo, pues los turcos los estaban mandando por senderos difíciles para hacer más duro su trayecto: escogían a propósito rutas indirectas por montañas y páramos para prolongar el suplicio.

Poco a poco la caravana se fue reduciendo a un tercio de lo que era en un principio, perdiendo gente como moscas de los cultivos sobre la marcha. La muerte se había vuelto tan común que ya no provocaba ninguna reacción, ni siquiera lágrimas de las madres. No hay visión más cruel que la de gente que se ha acostumbrado al horror. Despojados de una humanidad cuyo costo ya no podían permitirse, seguían viajando como zombis, arrastrando tras de sí las pesadas sombras de sus martirios.

La sed era peor que el hambre. Era un milagro que los tres hijos restantes de Marine hubieran sobrevivido. La cantimplora que le dio el soldado se agotó muy pronto. “Tzaravem!”,17 imploraban los niños, y Marine deseaba poder cortarse las muñecas y darles a beber su sangre. Pero sabía que la sangre no sacia la sed.

Sólo sacia el odio.

Sus hijos eran los únicos niños que seguían vivos en el grupo, y los adultos se turnaban para cargar a los dos más pequeños cuando estos quedaron exhaustos. Eran los que más preocupaban a Marine. Nerses batallaba, pero la pequeña Qayah era resistente. Rara vez se quejaba. Desde la muerte de Hosanna, era como si se hubiera movido irreversiblemente a otra dimensión: una realidad alterna donde ella era testigo de horrores contra su propia voluntad. Las profundas ojeras bajo los ojos de la niña eran un voraz abismo negro tragándose al pueblo armenio.

A medio camino de Alepo, Marine de repente se detuvo a un lado del camino, sacó sus pechos y empezó a apretarlos frenéticamente, imaginando que podía sacar de ellos leche para sus hijos. Hacía menos de seis meses había dejado de amamantar a Nerses; quizá aún no se había secado por completo.

—La pobre mujer se volvió loca —dijo uno de los deportados.

Un coronel turco vio la escena mientras revisaba las caravanas desfilando a caballo como pavorreal. Andaba a la caza de esclavas sexuales. “Bunu”,18 le dijo a uno de los gendarmes apuntando el dedo en su dirección y el soldado inmediatamente fue y empezó a empujarla con la cacha del rifle. No se resistió. Como si estuviera en una pesadilla, incapaz de salir o de decidir el giro de los acontecimientos.

—Vendrás conmigo —le dijo el coronel con autoridad.

Ella nada más asintió con la cabeza.

\* \* \*

El desierto sirio, lunes 3 de mayo de 1915

Tengo miedo.

Tengo miedo. Tengo hambre. Tengo sed. ¿Dónde está Hagop? ¿Por qué no me está molestando o recogiendo flores para mí como antes?

Por todos lados veo soldados con rifles. A la izquierda, a la derecha, adelante, atrás. Nos gritan. Nos odian. ¿Por qué nos odian? ¿Qué les hicimos? ¿Por qué todo el tiempo les arrancan la ropa a las mujeres y les ordenan que se acuesten? Las mujeres gritan y lloran, pero a los soldados no parece importarles. También a mi madre y a Hosanna les hicieron eso.

¿Por qué Hosanna dejó de moverse? ¿Está dormida? No, no puede estar dormida. Ella nunca se duerme antes que yo.

Mi mamá dijo que Hosanna estaba muerta. Hagop también.

¿Qué significa “muerta”, mayrik?

Los soldados están empujando a los que se rezagan con la parte posterior de sus armas. Caminen. Caminen. Caminen. ¿Estamos en una carrera? Si es así, ¿dónde está la meta?

No creo que haya una meta.

Adiós, Hagop. Adiós, Hosanna.

\* \* \*

El coronel dejó que Qayah se quedara con Marine. Sólo Qayah. Sus otros dos hijos debían continuar el camino a Alepo con el grupo. Le dio a María

el nombre de su pariente, le suplicó que vigilara a su hermanito y le prometió que los alcanzaría, junto con Qayah, en cuanto pudiera. La abrazó largo y fuerte. ¿Sabía en ese momento que nunca más los vería?

Una madre siempre sabe.

¿El poder corrompe a los seres humanos o estos tienen adentro bestias latentes, a la espera de la mínima oportunidad para despertar y empezar a masacrar a los demás humanos? ¿Todo mundo es un asesino disfrazado?

Mientras lloraba y se despedía de sus hermanos, Qayah deseaba poder transformarse en zapato. Un zapato que iría corriendo tras ellos. Un zapato que llevaría a su madre lejos, muy lejos del hombre malvado. Un zapato que simplemente se pondría a un lado del camino y esperaría a que despertara toda la gente durmiente.

Un zapato inanimado que no sentiría nada.

Los horrores que subsecuentemente presenció Marine en la villa del coronel en Adana,19 como golpizas diarias o violaciones sistemáticas, a veces la hacían sentir que estaba pagando ella sola el precio de ser una mujer armenia, aunque en realidad sabía que no era la única que pagaba ese precio tan caro.

Lo único que en aquellos días impedía que se quitara la vida era el terror de dejar sola a Qayah y la posibilidad de reunirse con sus otros dos hijos. A menudo, de noche, cuando el dolor de la vagina lesionada no la dejaba dormir, se imaginaba abrazándolos para que le llegara el sueño. Sabía que tenía que sacar a Qayah de ese horrible lugar donde se maltrataba y se violaba a niñitas de apenas ocho años. Sólo que no sabía cómo.

Como muchas otras esclavas sexuales en esos días, Marine quedó embarazada del coronel y dio a luz a un bebé el 20 de febrero de 1916. Prácticamente se lo arrancaron de la matriz y se lo llevaron de inmediato. Elmas, una de las cocineras del palacio, era una joven turca de buen corazón que se había convertido en su única amiga. A la pequeña Qayah y a ella siempre les llevaba dulces y frutas en secreto. Le dijo a Marine que el bebé era un niño y que le pondrían Asían. Más adelante, esa misma noche, regresó clandestinamente con el bebé, suavemente abrió la blusa de Marine, y puso al recién nacido en el pecho desnudo de su madre. “O kokunu gerektigi”,20 le susurró. El turco era una lengua que Marine, como la

mayoría de los armenios en el Imperio otomano, entendía y hablaba muy bien. “Así nunca te olvidará. La piel de nuestra madre es nuestra única verdadera tierra natal”

El bebé era pelirrojo, tal como su Qayah. Marine sabía que Elmas había corrido un riesgo muy grande y se sentía agradecida. A la pobre mujer podían matarla por mucho menos. Cuando Marine sintió los latidos del corazón del niño sincronizándose con los suyos, no sabía si lo amaba o lo odiaba, si quería que él recordara su olor o si ella necesitaba olvidar el suyo. De todas formas no importaba. Poco después Elmas tuvo que llevárselo. Marine le pidió que pusiera un mechón de su pelo en el relicario de acero que tenía colgado al cuello.

El relicario era un regalo que le dio Nazar pocos meses después de que Marine diera a luz a Qayah, y religiosamente guardaba en él rizos de pelo de todos sus hijos. Aún recuerda cada detalle de su conversación el día que se lo dio. Al principio hizo una mueca, pues esperaba joyería de oro. Después de todo, había dado a luz a un nuevo bebé luego de once años de adversidades. Era casi casi un milagro. Sabía que él no podía comprarle un objeto considerable, como un collar o una pulsera, pero se habría contentado con un simple par de aretes de oro. Con todo, Nazar le aseguró que esa clase específica de acero era mucho más valiosa y que pronto sería más cara que el oro. El día que Qayah nació, él le pidió a su amigo el encantador de serpientes que le trajera algo especial para su mujer de Inglaterra, adonde se dirigía el hombre a bordo de un vapor comercial que exportaba algodón a Europa. El barco saldría de Mersín, surcaría el mar Mediterráneo haciendo paradas en diferentes ciudades europeas, cruzaría el Estrecho de Gibraltar y navegaría el océano Atlántico hasta Inglaterra. Ocho meses después, alrededor de las navidades de 1912, el hombre volvió a Aintab y, orgulloso, le tendió a Nazar una cadena y un relicario de acero.

—Harry, un metalúrgico del que me hice amigo en Sheffield, los hizo especialmente para mí, de un nuevo material que hace poco él inventó. No es cualquier acero: ¡es acero inoxidable!

Nazar repitió fielmente todas las palabras de su amigo:

—Éste es el héroe de los metales, Marine. No sólo, como el oro, no se corroe, sino que durará para siempre, como mi amor por ti.

En cuanto Elmas cortó un rizo del pelo de Asían y lo puso en el relicario, se lo llevó y Marine nunca volvió a verlo. No era consciente de que Qayah, que estaba durmiendo en el suelo junto a ella, estaba despierta, observando y escuchando atentamente, grabando cada detalle de esa escena en su mente.

En sus genes.

Apenas dos días después del parto, a pesar de su agotamiento y el sangrado abundante, Marine trató de escapar con Qayah. El coronel mandó a sus soldados tras ellas y la mataron a las afueras de Adana, después de violarla por turnos.

—¡Corre, Qayah, corre! —le gritaba su madre mientras las bestias arremetían con sus cuerpos contra el de ella. Pero Qayah no conseguía que sus pies corrieran. Sólo se escondió atrás de un arbusto tupido, y lo oyó todo. El ruido del tajo en la tela, las bruscas palmadas sobre la piel desnuda, el golpeteo despiadado, las risas vulgares de los hombres... Y entonces terminó. De repente se fueron y sólo quedó un silencio implacable. Qayah finalmente echó un vistazo. Nunca olvidaría el rostro de su madre tendida en el suelo con los ojos completamente abiertos. Nunca olvidaría sus desnudos pies heridos.

Lo demás tampoco lo olvidaría.

Un comerciante kurdo encontró a la niñita esa misma tarde, acostada junto al cadáver de su madre. Tenía una hija de su edad y se compadeció. Le dio algo de comer, la escondió en un tapete en su carruaje y se la llevó con él a Alepo. Al principio se negaba a apartarse de su madre.

—¿Y si se despierta? —repetía como mantra.

—No se va a despertar, mi niña.

—¿Por qué?

—Porque está muerta.

—¿Qué significa “muerta”?

Tal como su madre, el comerciante no respondió. Pero al final la convenció de irse con él. La niña tapó el rostro de Marine con el vestido de Hagop, la única cosa que la mujer llevó consigo cuando escaparon. Desabrochó la cadena y el relicario de acero del cuello de su madre y los

colgó en el suyo. Cuando llegaron a Alepo el hombre la dejó en un orfelinato.

Qayah nunca olvidaría el nombre del coronel.

Beshir Kizlar Agha 21

\* \* \*

Adana, martes 22 de febrero de 1926

¡Corre, Qayah, corre!

Todo el tiempo me digo eso a mí misma. Sigue corriendo, Qayah. Este camino en algún momento acabará.

La nada: qué dicha debe de ser eso. Sin perros que ladren, sin vientos que aúllen, sin noches salvajes. Ya entendí exactamente qué es lo que siento. No es que anhele mi desaparición. Más bien, mi alma añora su inexistencia preexistente. Siento nostalgia del tiempo en que aún no estaba aquí.

El apacible estado de “no ser” en vez del turbio “dejar de ser”.

La existencia es un constructo insoportable. Envidio lo que no sabe que existe. Esos son los únicos auténticos inocentes: todos los objetos inconscientes, inanimados que nos rodean, la mayoría de los cuales hemos hecho nosotros mismos con nuestras manos y nuestras máquinas. ¡Ay, la serena vida de lo inerte!

¿No podría haber nacido guijarro, caja o cadena de metal?

Y todavía mejores que los objetos son las ideas y los conceptos. Se inventan palabras difíciles, se hacen análisis interminables e incluso se entablan guerras desastrosas por algo tan intangible como la “justicia”, la “libertad” o la “responsabilidad”. La raza humana es una broma. De mal gusto.

Me habría encantado nacer como la idea absurda de “victoria”.

¡Corre, Qayah, corre! Este camino pronto tendrá que deshacerse de ti. Y más vale que dejes de llorar: desde ahora se te llamará huérfana y los huérfanos deben tragarse sus lágrimas. De lo contrario hundirían al planeta entero.

Adiós, mayrik.

\* \* \*

Vartouhi y Grigor eran una amable pareja armenia de mediana edad sin hijos, originaria de una aldea de la región de Moussa Dagh22 Habían logrado escapar a Alepo en 1916 después de un año de privaciones y tortura en Deir El Zor,23 adonde muchos armenios habían sido obligados a ir tras iniciar el genocidio. Vartouhi era costurera y Grigor había montado una tienda de segunda mano en Alepo con el dinero que Vartouhi había logrado

esconderse en el pelo y en la boca el día que los soldados turcos los echaron de su casa a patadas.

La Primera Guerra Mundial había terminado hacía apenas unos meses y la gente se sentía optimista. La pareja llevaba ya un tiempo hablando de adoptar un hijo sobreviviente cuando al fin un buen día decidieron dar el paso y fueron a visitar el orfelinato alemán para niños armenios de Alepo. De inmediato repararon en Qayah. No sólo tenía el pelo de un rojo poco común sino que, de todos los niños, era la única que no estaba jugando. Estaba nomás ahí sentada, observando a los otros con actitud distante.

Los orfelinatos son templos para lágrimas atascadas: eso es lo que pensó Vartouhi cuando entró en ese lugar desolado. Todos los niños parecían tener los mismos ojos hinchados y eso era lo primero, casi lo único, que uno notaba en sus rostros, por lo demás insignificantes. Ojos llenos de preguntas. Preguntas que se retorcían para soldarse como alambradas entre el universo y ellos.

Al principio la pareja pensó que Qayah tenía apenas tres o cuatro años debido a su frágil constitución y rasgos delicados. Era pequeña para su edad y les asombró enterarse de que tenía casi siete.

—Geghetsik aghtchik, inche’h anounet?24 —le preguntó Vartouhi sin esperar respuesta. Muchos huérfanos armenios no recordaban sus nombres, fechas de nacimiento o los lugares de los que provenían. En sus mentes todo el pasado era una bruma.

Algunas personas lo llaman trauma. Sin embargo, lo cierto es que el olvido, si se consigue, puede ser la cura más rápida del sufrimiento. Bórralo todo y vuelve a empezar. Pero ¿cómo puede un muerto viviente olvidar? Sobre todo, ¿cómo puede un muerto viviente volver a empezar? El túnel era inevitable y estaba vigilando a todos esos niños como depredador hambriento acechando la primera oportunidad para emboscarlos y devorarlos.

—Me llamo Qayah Sarrafian y nací en Aintab el 11 de abril de 1912, hija de Nazar y Marine. Mi padre es zapatero y mi madre costurera — respondió orgullo sámente la niñita, tal como su difunta hermana Hosanna le había enseñado a hacerlo desde que aprendió a hablar.

Hosanna solía fastidiar a Qayah por la primera palabra que había dicho. No mayrik o hayrik como casi todos los bebés; ni siquiera Hosanna o kuyrik.25 La primera palabra de Qayah fue lolik.26 Cuando era pequeña le gustaban tanto los jitomates que cada vez que Hosanna tenía que dejarla y empezaba a llorar, le daba uno para mordisquear. Eso la tranquilizaba al instante. Había empezado a hablar antes que todos sus hermanos, apenas a los catorce meses, y cuando cumplió dos años, Hosanna ya le había enseñado a decir varias oraciones completas. Incluso podía formar algunas ella sola.

Qayah sostuvo la desconcertada mirada de Vartouhi sin parpadear. Había en la niña algo inexplicable. Tenía la expresión sabia de una vieja alma que ya no le pedía nada al mundo; como si hubiera vivido y muerto varias veces, le quedara poco aire en el asediado pecho y pocas plumas en sus alas calcinadas.

A la mujer se le puso la carne de gallina cuando oyó las últimas palabras de la huérfana. “Mi madre es costurera” le sonó a mensaje del cielo a la costurera.

—Llevémosla a casa —le susurró a Grigor al oído.

Y fue todo lo que hizo falta. Amor maternal a primera vista. Vartouhi sintió viva la matriz por primera vez en la vida, como si hubiera dado a luz a la niña. Algunas se hacían madres por el florecimiento de la carne, otras por los martilleos del corazón.

La recogieron y se la llevaron a casa, tal como la gente en tiempos de paz recogería a un gatito o a un cachorrito en un refugio. Al cabo de unas pocas semanas de reserva, Qayah se rindió al cariño sincero de la pareja y se abrió a ellos. Menos de seis meses después de su primer encuentro en el orfelinato, empezó a llamarlos mama Vartouhi y baba27 Grigor, sin que ellos hubieran tenido que pedírselo. Pero en vano esperaron a que hablara del pasado. Estaba enterrado muy hondo en una caja herméticamente sellada y esta caja estaba enterrada muy hondo en su memoria y su memoria estaba enterrada muy hondo en el misterioso relicario de acero que tenía colgado del cuello, la única cosa que nunca se quitaba.

De todas formas, no necesitaba una nueva memoria. Sólo necesitaba una nueva historia.

Y un nuevo par de zapatos.

Cuando al final consiguieron expedirle una tarjeta de identidad, decidieron dejar que conservara su apellido, al igual que los nombres de sus padres originales. Sintieron que era lo menos que podían hacer por respeto a su difunta madre y su difunto padre.

Qayah Sarrafian, hija de Marine y Nazar, nacida en Aintab el 11 de abril de 1912.

Un ángel caído entre dos noches interminables.

\* \* \*

Alepo, domingo 9 de marzo de 1919

Entre la vida y yo hay muros que nunca fueron casa, larvas que nunca se convirtieron en mariposas

y una máquina del tiempo descompuesta que siempre nos mantendrá separadas.

Entre la vida y yo hay ríos que nunca confluirán, días en los que la gente habrá desaparecido y un viento circular que disperse nuestras palabras.

Entre la vida y yo están este valle de la muerte

y el cuchillo de la desesperanza

que lentamente talla la cuna de madera

en la que finalmente colocaré mi cansado corazón.

\* \* \*

A Qayah le encantaba la cama que baba Grigor le había hecho, pero no le gustaban los barrotes que añadió a los cuatro lados para evitar que se cayera. Acabó por instalarlos porque la niña tenía un sueño tan turbulento que todas las mañanas sin falta la encontraba acostada en el suelo.

Ella tenía una pesadilla recurrente en la que se veía hundiéndose en el pozo de su abuela. Los fantasmas la asían y la llevaban a una cueva lateral donde estaba su madre sentada en el suelo junto a un niño al que antes no había visto, pelirrojo como ella. Pronto se daba cuenta de que la mujer no era su verdadera madre: se parecía a Marine pero tenía manos negras, como si estuvieran hechas de brea. Ponía esas manos alrededor del cuello de

Qayah y empezaba a apretar. El niño se desternillaba de la risa, brincando y aplaudiendo. Luego Marine le decía: “¡Ven, Asían, ayúdame a matarla!”, y Qayah en ese momento se despertaba jadeando.

También soñaba a menudo con su padre, su abuela, sus hermanas y sus hermanos. No los habían asesinado, no los había perdido para siempre, sino que reían y jugaban con ella. En esas mañanas deseaba no haberse despertado.

Ha estado viviendo con su familia adoptiva por poco más de un año, pero las cosas en Alepo no marchaban muy bien para ellos. Las grandes esperanzas que vinieron con el fin de la Primera Guerra Mundial resultaron meras ilusiones y la gente en todas partes estaba cuesta arriba. La tienda de segunda mano no prosperaba como Grigor había esperado y la familia vivía de los trabajitos de costura irregulares de Vartouhi. Además la salud de Grigor estaba deteriorándose paulatinamente. Había oído sobre el estallido de una epidemia mundial de influenza. Pensaba que podía haberse contagiado, pero se aseguró de no contarles su sospecha a su esposa y su hija. Sentía cómo mermaba su energía lenta pero inexorablemente y se abstenía de abrazar a Vartouhi y a Qayah o de respirar demasiado cerca de sus rostros. “Esta maldita gripa”, decía para tranquilizarlas cada vez que lo oían toser. Para empeorar las cosas, la ciudad no era lo bastante segura para ellos. Los policías y los guardias seguían persiguiendo a los armenios y deteniendo a todos los refugiados sin permiso, para encarcelarlos y mandarlos de vuelta a Deir El Zor.

A Grigor le llegó la noticia de que dos primos suyos habían llegado a salvo a Jerusalén y tomó la decisión de vender la tienda y dirigirse allá con su esposa y su hija adoptiva.

—Por lo menos tendremos familia cerca —le dijo a la reacia Vartouhi —. Todo mundo dice que Jerusalén es una ciudad impresionante, ¡y estarás viviendo en la Tierra Santa!

Sabía que ella no podía resistirse al último argumento, cristiana devota como era. Cada vez que quería convencerla de algo que se resistía a hacer, o ganar una discusión, fingía que un ángel lo había visitado en sueños para decirle esto o aquello. Después de muchos años de matrimonio, había una cohorte de ángeles en su menaje, y Grigor era tan ingenioso que siempre

recordaba los nombres extraños que había inventado para cada uno. Vartouhi nunca sospechó que mentía. No porque fuera ingenua o tonta sino porque era tan auténticamente piadosa que no podía siquiera imaginar que alguien pudiera mentir sobre esos asuntos. El día que por fin reconoció que estaba teniendo problemas para embarazarse le dio por preguntarle cada mañana:

—Y bien, ¿Claramarama —el supuesto ángel de la fertilidad— te dijo si vamos a tener un hijo?

—Todavía no, sirelis.

—¿Puedes al menos preguntarle sobre eso la próxima vez que lo veas?

—Claro que sí. Pero, para que sepas, ayer Parkasina —el ángel de los alimentos— volvió a visitarme y me dijo que debes preparar vospov kufta28 más a menudo.

Evidentemente era el plato favorito de Grigor, y el que a su esposa menos le gustaba. Pero Vartouhi nunca alegaba ni cuestionaba y ni siquiera se preguntaba por qué los ángeles no la visitaban a ella para variar. Al principio, el travieso pero bondadoso Grigor se sentía culpable, pero la seducción de tan fácil método para ganar sin que nadie le diera lata eliminó pronto cualquier remordimiento de conciencia. Grigor también se aseguró de que Vartouhi no le dijera a ningún sacerdote:

—Dijeron que si lo haces dejarán de visitarme.

Y por supuesto, Timazan, el ángel de los viajes, terminó haciéndole a Grigor una revelación sobre su necesidad de ir a Jerusalén, así que la familia tomó el tren una mañana y nunca miró atrás. Cuando llegaron se instalaron en una de las dependencias del Convento Armenio, cerca de la iglesia de Sourp Hagop.29 Finalmente se sintieron a salvo, por primera vez en muchísimo tiempo. Atrás quedaban las terribles bayonetas de los gendarmes. Atrás quedaban los gritos de, Yürümek!30 que los golpeaban como rayos y los llenaban de terror. Sobre todo, atrás quedaban los días de andar por el desierto errantes.

Pero los cadáveres en descomposición ahí estaban y nunca quedarían atrás. Servirían para recordarles eternamente a todos los armenios, vivos o aún por nacer, que este mundo no es sino un corredor de la muerte.

El truco está en olvidarlo.

O en decidir tú misma el momento de la ejecución.

\* \* \*

Alepo, viernes 16 de abril de 1920

¿El sufrimiento es una bendición o una maldición? Seguido me hago esta pregunta.

Pero ¿tiene algún sentido conocer la respuesta? ¿En qué cambiaría esta vuelta del horror? Si la desgracia fuera, en efecto, una bendición, ¿los condenados empezarían a sentirse privilegiados de repente? ¿Alardearía un padre sobre lo afortunado que es por haber perdido un hijo por el hambre?

Y si el privilegio fuera una maldición, ¿los bienaventurados sentirían desconsuelo por haber nacido con tantas ventajas?

La suerte siempre está en nuestra contra. Incluso cuando está de nuestro lado. Porque si somos perspicaces, sabemos muy bien que no durará. Y allí mismo, en medio de nuestra gloria, empezaremos a dejamos llevar por el pánico y a deprimimos por la inevitabilidad de su pérdida.

El miedo de la tristeza tras la dicha. El miedo del desencanto tras la fe. El miedo del fracaso tras la victoria.

He encontrado el remedio perfecto para ese miedo.

¡Ah!, el inconmensurable esplendor de la desesperación total.

\* \* \*

Nunca antes había visto un refrigerador, ni siquiera oído hablar de él. La primera vez que supo de su existencia fue en casa de Negan. Ella había sido su mejor amiga desde que llegaron a Jerusalén, y con frecuencia pasaban las tardes juntas. La madre de Negan era armenia de origen persa, y la niña a menudo hacía alarde de que su nombre, que significa buen destino en persa, era el de una valiente guerrera que luchó contra la invasión árabe de Persia. Pero nunca conoció a su madre, pues había muerto dándola a luz, algo que, junto con la conexión armenia, despertó una complicidad instantánea entre las dos niñas. Shafik, el padre de Negan, estuvo destrozado e inconsolable por mucho tiempo. Había conocido a su esposa cuando los dos tenían diecisiete años, durante uno de los viajes que hizo con su padre a Isfahán, Persia, y quedó perdidamente enamorado.

—No creo poder seguir viviendo sin ella, padre. ¿Podemos traerla a Jerusalén con nosotros?

“¿Y por qué no?”, pensó su padre. Enseguida visitó a los padres de la muchacha, pidió su mano y se la concedieron con bastante facilidad: con el padre había coincidido en viajes anteriores y tenían negocios juntos. La madre de Shafik estaba estupefacta: se había despedido de un esposo y un hijo y apenas dos meses después estaba dando la bienvenida a un esposo, un hijo y una nuera.

Shafik terminó viéndose obligado a volverse a casar, pues necesitaba a alguien que cuidara a sus tres hijas. Su segunda esposa era la típica madrastra malvada y falsa. No ayudaba el hecho de que no hubiera conseguido tener con él a sus propios hijos. Su amargura nutría su perversidad y viceversa.

Ammo31 Shafik, como le decía Qayah, era comerciante: había seguido los pasos de su padre. Un comerciante adinerado, de hecho. Podía estar semanas fuera, o en ocasiones hasta meses. A su regreso siempre llevaba regalos para su esposa e hijas y nunca se le olvidaba llevar también algo para Qayah. “No todos los hombres ricos tienen un alma muerta, mayrik.”

Era alguien instruido y les contaba increíbles historias y hechos acerca del mundo.

Una calurosa tarde de verano, ammo Shafik llevó un contenedor blanco rectangular, lo instaló en la sala, hizo que todo mundo se sentara en el suelo a su alrededor y les mostró lo que hacía.

—¡Es un Frigidaire! —dijo con orgullo al final de la demostración. Qayah no entendió qué quería decir con eso. ¿Cuál era la palabra? ¿Refrigerador o Frigidaire? Pero le daba pena preguntarle a Negan. Le avergonzaba que su amiga supiera leer y ella no. Vartouhi le tenía demasiado apego como para mandarla a la escuela. Qayah hasta tenía que suplicar cada vez que quería ir a casa de Negan. Casi siempre era Negan quien iba a su casa.

Antes de mover el refrigerador a la cocina, Shafik dejó que Negan y Qayah metieran la cabeza. Las dos niñas estaban sorprendidas de la frescura que las invadió.

Ese día, cuando Qayah volvió a casa, estaba impaciente por contarle a baba Grigor del maravilloso invento: a él le encantaba oír sobre las últimas adquisiciones de ammo Shafik. Pero era demasiado tarde: Grigor estaba

muerto; finalmente había sucumbido a las bacterias que lentamente lo habían estado consumiendo durante los últimos cuatro años. No había agarrado la abominable influenza española, como pensó en un principio, sino tuberculosis. En aquellos días ambas eran mortales, pero la tuberculosis era más misericordiosa: le daba a la gente más tiempo.

Vartouhi insistió en enterrar a su esposo en un ataúd blanco, a pesar de la tradición que estipulaba que el blanco estaba estrictamente reservado para los niños muertos, porque eran ángeles.

—Él también era un ángel —declaró—: por eso tantos ángeles lo visitaban: Clamarama, Parkasina, Timazan... Todos.

Las mujeres que lloraban en torno a Vartouhi pensaron que el dolor estaba haciéndola alucinar. Mientras la comitiva se dirigía a la iglesia de Sourp Hagop bajo un implacable sol de agosto, con el féretro blanco posado en los hombros sudorosos de los hombres, Qayah deseó que a su padre adoptivo lo hubieran acostado mejor en el refrigerador, para que no sintiera el calor.

—Pobre baba Grigor. Debe de ser sofocante estar bajo la tierra.

No, Qayah. Pobre de ti, pobres de nosotros: es mucho más sofocante estar sobre ella.

\* \* \*

Jerusalén, domingo 3 de agosto de 1924

A veces me siento afortunada de ser analfabeta. Ya bastante hirientes son las palabras cuando se pronuncian. Escritas podrían ser mortíferas, de eso estoy segura. A los que saben leer no se les permite el gozo de la amnesia: seguirán reuniéndose con su dolor en las memorias escritas de quienes sobrevivieron para contar la historia.

El día que murió mi padre me volví ciega.

El día que murió mi hermano me volví sorda.

El día que murió mi hermana me volví muda.

El día que murió mi madre me volví paralítica.

Ahora estoy esperando que el estruendo de mi cerebro se detenga. Sólo entonces podría olvidar. Sólo entonces tendría el derecho a ser descartada.

Sólo entonces dejaría de sentir tanto miedo y soledad. A lo mejor.

Adiós, baba Grigor.

\* \* \*

No habría pasado, y lo más probable es que nunca se hubieran conocido, si no fuera por el fuego.

Esa tarde, Qayah había ido a entregar el nuevo vestido a Oum Rami,32 uno que encargó para la boda de su hijo: un vestido precioso que Qayah había ayudado a Vartouhi a coser y bordar. La muchacha de diecisiete años se había convertido en una costurera muy diestra. De hecho, muchas de las mujeres ricas del Barrio Cristiano empezaban a preguntar específicamente por Qayah cada vez que querían algo fuera de lo común. Vartouhi se sentía cada vez más recompensada. Había conseguido criar a una joven buena y trabajadora. Grigor habría estado orgullosísimo. Tras su muerte, la madre y la hija tuvieron que arreglárselas solas, y lo hicieron bastante bien gracias a las habilidades de Vartouhi para la confección. Qayah no sólo aprendió esas habilidades sino que las llevó más lejos. Tenía una extraordinaria facilidad para la moda, como si hubiera nacido para infundir vida en cualquier pedazo de tela.

De hecho, así era.

Con todo, el vestido de Oum Rami había tenido sus dificultades. La bajita y regordeta mujer tenía la constitución de una caja cuadrada. No se le veía la cintura por ningún lado, tampoco el cuello: sólo un bloque de carne con lo mismo de alto que de ancho, coronado por una cabeza extrañamente chica... como si la cabeza fuera un pequeño foco enroscado justo en medio de sus anchos hombros. Cada vez que Oum Rami giraba la cabeza a la izquierda, Qayah imaginaba que el foco estaba aflojándose y que la cabeza se caería. Vartouhi estaba desesperada, así que Qayah asumió la difícil empresa. Decidió coserle a la mujer una abaya para disimular la falta de curvas de su cuerpo, con un escote en V para dar la ilusión de que tenía cuello. Compensó la ausencia de un patrón para el corte con un bordado elaborado y colorido que iba de la mitad del escote hasta el dobladillo. Eso dividía a Oum Rami en dos, que era exactamente lo que ella necesitaba, tal como pensaba Qayah divertida mientras trabajaba en el atuendo. Sus esfuerzos fueron recompensados. Cuando la mujer se probó la abaya, estaba extasiada.

—Yeslamu idayki ya binti!33

Qayah iba ya camino a su casa de regreso de la de su satisfecha dienta cuando oyó a gente gritando a la distancia. Ella caminaba a paso rápido, casi militar. Nunca había podido caminar lenta y lascivamente como otras jóvenes. Para ella, caminar era un medio para llegar lo más rápido posible del punto A al punto B y listo.

La vida era lo mismo. Excepto que “lo más rápido posible” estaba tomando más tiempo del que ella en secreto deseaba.

Mientras más se acercaba a su casa más fuerte se oían los gritos de la gente. Primero notó el humo negro y espeso. Luego alcanzó a ver la punta de las flamas. Luego vio las llamaradas saliendo del modesto departamento que compartía con Vartouhi. De inmediato entendió. No hizo preguntas. No lloró. Simplemente se quedó ahí sentada en el suelo polvoriento y tranquilamente observó cómo el fuego se comía a toda la familia que le quedaba. ¿Puede todo esto pasarle a una persona?

Sí, sí puede.

Qayah no se dio cuenta de que estaba temblando. Dos manos delicadas envolvieron sus hombros con una cobija y le dieron unas palmaditas en la espalda. Ella alzó la mirada. Lúe la primera vez que lo vio.

\* \* \*

Jerusalén, viernes 6 de diciembre de 1929

Si todo está escrito, ¿por qué nos tomamos siquiera la molestia de despertar cada mañana?

Si todo está escrito, ¿por qué nos empeñamos tanto?

No viviremos aventuras imprevistas, no sortearemos obstáculos, no aprenderemos de pruebas

y errores. ¿Podemos arrancar una página de ese libro donde todo está escrito de antemano?

¿Podemos cambiar una sola palabra?

Si se pudiera, yo sustituiría muerte con liberación.

Adiós, mama Vartouhi.

\* \* \*

No hubiera pasado, no podía pasar, no debía haber pasado. Y sin embargo pasó.

¿No es el amor el amo y señor de todos los accidentes viales?

Él era judío y los judíos estaban prohibidos.

“Son malos y crucificaron a Jesús”, siempre decía Vartouhi la cristiana devota.

“Son malos y quieren robarse nuestra tierra”, siempre decía ammo Shafik el palestino ferviente.

Pero Avi no era malo. ¿Cómo podría ser malo alguien con esos ojos verde ámbar?

Avi no quería la tierra de nadie. Avi sólo la quería a ella.

“Vrd dvm”,34 le decía a Qayah, y ella se sonrojaba: sus mejillas se ponían tan rojas que hasta sus rizos pelirrojos empezaban a sentir celos. “Skyurri”,35 lo apodó ella por su pelo castaño.

Se encontraban todas las noches clandestinamente en la casita que ella rentó después de que a la vieja casa la consumieran las llamas. La casita era también su taller. Había ahí mucho movimiento, pues tras la muerte de Vartouhi ella había quedado como la única costurera hábil del barrio. Avi llegaba por la noche y entraba a hurtadillas por la ventana trasera que dejaba abierta para él. Todas las noches reían. Y lloraban. Intercambiaban pequeñas historias y grandes secretos. Ella no le ocultaba nada. La noche que le habló de Marine y Asían lloraron el uno en los brazos del otro hasta el amanecer.

También jugaban a la casita. Ella le hacía probarse los vestidos que estaba cosiendo. Él pedía un beso a cambio. Ella le enseñaba armenio, él le enseñaba hebreo.

—Parev.36

—Ma Shlomesh?31

—Yess kezi gesirem.38

Nunca pasó nada sexual entre ellos, ni estuvo a punto de pasar. Como si estuvieran más allá de la carne. Una niñita de dieciocho años y un niñito de diecinueve: dos criaturas atrapadas en una telaraña que no veían. Todavía no.

Shafik, el padre de Negan, que se había convertido en el guardián no oficial de Qayah tras la muerte de Vartouhi, le pedía reiteradamente que se

mudara con ellos, pero ella siempre rehusaba, a pesar de las súplicas de Negan.

Muchas gracias, ammo, pero prefiero quedarme aquí. No quisiera molestarte con todas las dientas que todo el tiempo entran y salen. Además, de todas formas estás a unos cuantos pasos. Es prácticamente como si estuviera viviendo con ustedes.

Negan no entendía. “Pero, Qayah, ¡así seríamos verdaderas hermanas! ¡Podrías dormir en mi cuarto!” No conocía la verdadera razón que frenaba a su amiga y estaba ofendida. Al principio Qayah no se atrevía a decirle. ¿También ella pensaría que Avi era malo? ¿Dejaría de ser su amiga? Pero al cabo de un mes de relación, una fría mañana de enero, Qayah hizo acopio de valor y se lo soltó todo.

—Éste es el mejor día de mi vida —dijo Negan—. Tu felicidad es y siempre será fuente de la mía.

Fue todo. Nada de sentencias. No hicieron falta explicaciones. Amistad pura y verdadera.

Su paréntesis de dicha duró hasta el otoño. Diez meses de timar su dolor y su soledad. Diez meses de olvidar que el tormento siempre regresaría a morderla, que mientras tuviera que inventar la esperanza esta nunca existiría. Una noche de octubre llegó Shafik de improviso para ver cómo estaba. Él nunca iba de noche. Como Qayah no abría la puerta, él se preocupó y la forzó. Los encontró dormidísimos en el cuarto de atrás, acurrucados el uno en el otro. No habían oído que tocaran. Estaban abrazados cara a cara, pegados como las alas de un gran cisne: Qayah era la izquierda y Avi la derecha.

En cuanto Shafik vio a Avi supo quién era. Qué era. Su furia era palpable pero no armó un escándalo ni le dijo a Qayah una sola palabra. Regresó a la sala que servía como área de trabajo, abrió la puerta de la casita, esperó a que el joven saliera y lo siguió tras cerrar la puerta. Se quedaron cinco minutos allá afuera hablando. Shafik era el único que hablaba, Avi nada más oía. Luego Avi se alejó y Qayah no volvió a verlo en dieciocho años. Como si hubiera desaparecido.

Pero siempre esperaba verlo. Durante dieciocho interminables años esperó verlo. Esperar: el más duro de todos los métodos de autopersecución.

A la mañana siguiente, un tranquilo Shafik volvió a tocar la puerta. Negan había pasado la noche con ella, tratando de consolar lo que quedaba de su amiga. Shafik no iba solo; había con él un hombre alto y robusto. Se veía algo viejo.

—Éste es el hombre con el que te vas a casar —le dijo Shafik.

Y eso fue todo. Ahora estaba comprometida con un hombre al que no conocía. Un hombre al que ya detestaba. Un hombre que “la salvaría del escándalo”.

Se llamaba Bassem.

\* \* \*

Jerusalén, domingo 5 de octubre de 1930

Mucha gente habla de libertad. “Queremos libertad.” “Lucharemos por nuestra libertad.” “La libertad lo es todo.”

La libertad es una imposibilidad ridicula, eso es lo que es. Lo mismo que la elección. Nacemos en una caja que no elegimos en una época que se decidió sin que tuviéramos ni voz ni voto, en un lugar del que no sabíamos nada, con características que nosotros no formamos y etnias, religiones y rasgos de carácter que no escogimos.

A algunos nos toca una mala mano en la baraja, a otros una buena o incluso buenísima.

Se llama cinismo y es un rasgo divino. Los seres humanos siempre han creado dioses cínicos. Es una forma astuta de consolarse a uno mismo.

Ammo Shafik una vez nos contó una historia sobre una tierra lejana donde la gente siempre era feliz. Nadie nunca es pobre ni está hambrienta ni le falta un techo. Todos tienen ropa bonita, montones de juguetes, padres amorosos y trabajos fáciles. Decía que esa gente a veces se suicidaba de tan feliz que era. Son felices hasta la desesperación. Cuando oí la historia me enojé mucho con ellos.

Pero luego pensé: a lo mejor esa gente era tan astuta que se iba antes de que la vida fuera cuesta abajo. Una magnífica bofetada al cínico que reparte las cartas.

Cuesta abajo.

Porque, ¿sabes?, la vida va hacia allá sin lugar a dudas.

\* \* \*

Bassem a veces la llevaba a uno de esos viajes cortos, siempre que no tenía largas horas de trabajo arduo por delante, sobre todo después de que dejó la minería y se hizo camionero. A ella le había aliviado enormemente que cambiara de empleo. Cada vez que entraba en una de las minas de piedra caliza de Deir Yassin,39 Qayah pensaba que no volvería a salir. Alguien

terminaría por encontrar sus huesos desperdigados al cabo de varios años de búsquedas infructuosas y se los entregaría en una caja de zapatos. Muchas noches se despertaba gritando, imaginando que había un esqueleto a su lado. Y por mucho que Bassem intentara tranquilizarla, la tenaz ansiedad no se iba. Qayah se quedaba horas mirando fijamente la oscuridad, demasiado asustada para volver a conciliar el sueño. Sólo cuando él le anunció que uno de los habitantes adinerados del pueblo le había ofrecido trabajo de camionero empezaron a desaparecer poco a poco el pánico y el insomnio.

Deir Yassin estaba construida en las faldas de una colina, como a ochocientos metros sobre el nivel del mar. El centro de Jerusalén estaba a menos de cinco kilómetros al este. Entre la aldea y la ciudad había un valle plantado de higueras y huertos de olivos. A Qayah le encantaba el camino en carruaje a las trituradoras de piedra donde Bassem trabajaba. La hacía sentir tranquila y ligera, como si fuera despojándose de sus cargas por el camino. Además le encantaba Deir Yassin: le recordaba a Aintab.

—¿Por qué no nos mudamos para acá? —le preguntó más de una vez.

¡Ah, alejarse, así fueran cinco kilómetros, de esa pérfida mujer! Ya no soportaba vivir bajo el mismo techo que su suegra. Alejarse también de la probabilidad de Avi y de los aguijóneos que sentía en el vientre cada vez que salía de la casa y esperaba toparse con él. Extrañaría muchísimo a Negan, por supuesto, pero ella siempre podría ir a visitarla e incluso quedarse con ellos el tiempo que quisiera. Después de todo, seguía soltera, seguía esperando al amor, esa loca muchacha romántica a la que el categórico no de los treinta y tres años no lograba desanimar.

Pero Bassem siempre ponía objeciones.

—¡Es una aldea de puros musulmanes, Qayah!

—¿Y qué? Tienes muchos amigos musulmanes y a todos les caes bien. Estoy segura de que nos recibirían con los brazos abiertos.

Bassem era muy consciente de la animosidad entre su madre y su esposa. Las dos tenían un carácter sumamente fuerte, demasiado como para siquiera intentar ocultarle su mutua aversión. Cada vez que Qayah proponía la idea de mudarse, él cariñosamente le pellizcaba el cachete y terminaba la conversación diciendo: “Te prometo que lo pensaré”. Pero ella no le creía.

Ni siquiera él lo creía: no se sentía capaz de hacerle eso a Fadwa. Sabía lo apegada que estaba a él.

Los Barakat tenían un pequeño rebaño de cabras que el hermano más chico de Bassem cuidaba. Qayah a menudo le echaba la mano cuando había que ordeñar a las hembras. Después del casamiento Bassem no la dejó trabajar (“La gente pensaría que soy incapaz de mantenerte”) y ella extrañaba crear y coser ropa, pero sobre todo extrañaba sentirse productiva o al menos útil.

Una de las cabras era extraordinariamente fea y repelente y Qayah en secreto le puso Fadwa. La madrastra de Negan también se llamaba Fadwa, así que la cabra se volvió tema de incontables chistes entre las dos amigas.

—¡Hoy exprimí las tetillas de Fadwa!

—¿Las de la cabra o las de tu suegra?

—¿Te has fijado cómo le ha crecido la barba a Fadwa?

—¿A la cabra o a tu madrastra?

Era un juego interminable; un Souk Okaz40 de juegos de palabras. ¿Quién dirá el más chistoso hoy? Cada dicho ingenioso instigaba el siguiente, y las dos jóvenes podían seguir bromeando y riendo hasta que sintieran que había sido suficiente venganza por ese día.

Una tarde de fines de primavera, sentada al lado de Bassem camino a Deir Yassin, Qayah sonreía mientras recordaba los acontecimientos del día anterior. Fadwa (la suegra, no la madrastra ni la cabra) estuvo a punto de descubrirlas mientras hacían despliegue de sus talentos cómicos. “¿De qué tanto se ríen? Suenan como dos gallinas chifladas”, dijo con hostilidad. Negan empezó a farfullar algo, pero Qayah la detuvo. Se quedó ahí parada con rostro impasible y miró a su suegra fijamente a los ojos sin pestañear. Fadwa vaciló por unos segundos y luego se fue del dar.41 Qayah se volteó con Negan y con toda calma le dijo:

—Hoy le arranqué los cuernos a Fadwa.

Negan estuvo a punto de irse de espaldas por la risa.

Cuando llegaron a Deir Yassin, Qayah se sentó a la sombra de un cerezo, en el borde de un pozo que se parecía mucho al de su difunta abuela, a esperar a que Bassem terminara su medio turno de ese día. Una anciana que de repente apareció de la nada se le acercó. Nunca antes la

había visto en los alrededores a pesar de que muchos de los rostros de la aldea ya le eran familiares.

—¿No eres tú la muchacha de los dos nombres? —le preguntó la mujer abruptamente.

Aludía al sobrenombre que le daban a Qayah en el Barrio Cristiano de Jerusalén; así habían llegado a conocerla tras el famoso incidente de la boda. Su segundo apodo era “la hija de la costurera”. Ninguno le molestaba. El primero le recordaba cómo le había plantado cara a Fadwa y el segundo a sus dos madres costureras.

Con todo, Qayah estaba intrigrada. ¿Cómo la había reconocido esa mujer? “Ha de ser el pelo rojo”, pensó. En todos esos años en Jerusalén nunca había conocido a nadie, hombre o mujer, que tuviera el mismo color de pelo. Al-Saherah42 era de hecho su tercer apodo, uno del que no era consciente. La gente le decía así pero sólo a sus espaldas. Nadie se atrevía a decírselo en su cara.

—Sí.

—Pronto darás a luz a una niña.

Así nomás, sin preámbulo alguno. Qayah dio un brinco, asustada, y le dio un vuelco el corazón. Después de trece años de un matrimonio sin hijos, Bassem y ella habían renunciado a la idea de tenerlos. Ella de todas formas no quería. Le tomó a Bassem seis meses de preliminares y convencimiento incesante para poder hacerle el amor. Ella era incapaz de concebir la idea de dar a luz a un bebé por “allá abajo”. El bloqueo psicológico se transformó en una incapacidad física. Pero no podía evitar sentir lástima por su marido. Había sido muy paciente y tolerante con ella. Y aunque él nunca decía nada ni la culpaba, ella en el fondo sabía que deseaba un hijo desesperadamente.

—Min inti? 43

La mujer, que tenía una cara arrugadísima, no hizo ningún caso de la pregunta de Qayah y repitió las mismas palabras exactamente en el mismo tono, como una máquina:

—Pronto darás a luz a una niña.

Luego añadió:

—Pero tienes que jurar algo.

Qayah intuyó que no tendría sentido volver a preguntarle quién era. Sólo dijo:

—¿Qué?

—Debes ponerle Fátima.

Qayah se quedó ahí parada, boquiabierta.

La anciana insistió:

—Júralo.

—Lo juro.

\* \* \*

Deir YassinJueves 17 de mayo de 1945

Ayer tuve otra pesadilla. Ésta la conozco muy bien. Acostumbraba tenerla mucho de niña. Pero esta vez era el niño pelirrojo el que me ahorcaba con las manos y mi madre lo celebraba.

¿Podría la muerte ser otro comienzo? Espero que no. Estoy cansada y necesito un final concluyente.

Estoy cansada, agotada y exhausta. Pero sobre todo estoy temerosa.

A la rorro, niño, a la rorro ya.

Duérmase, mi niño, duérmase, mi amor.

\* \* \*

—¡Por fin! —dijo Fadwa, la madre de Bassem, cuando él, orgulloso, le dio la noticia del embarazo de Qayah—. Ya era hora de que te diera un hijo — añadió con resentimiento—. Sólo ruego que el bebé esté bien, con una matriz tan vieja cargándolo.

—¡Qayah no es vieja, madre! Tiene apenas treinta y tres años. ¡Tú tuviste a mi hermana Hania a los cuarenta y nueve!

Con eso la agarró desprevenida. Sin embargo era cierto. Sí había tenido a su hija menor a los cuarenta y nueve, casi exactamente veinticuatro años antes. Había alardeado de eso reiteradamente para mostrar su extraordinaria fertilidad. El valor de una mujer se evaluaba por su fertilidad. Eso y su capacidad de mantener contento y satisfecho a su esposo. Fadwa se había casado un poco tarde: tenía ya veintiún años; era casi una solterona para los estándares de aquellos días. Quería resarcir a su esposo y vengarse de todos

los que la habían considerado ya no casadera. Su primer hijo, Bassem, había nacido en 1894, exactamente nueve meses después de su boda, y la última, Hania, en 1921. En los veintisiete años entre uno y otra dio a luz a otras cuatro hijas, dos de las cuales murieron poco después de nacer, y cuatro hijos. Diez hijos en total. Estaba muy orgullosa.

A pesar de ser el mayor, Bassem era el último de los hermanos en haberse casado. Tenía treinta y ocho años el día de su boda, dieciocho más que su novia. Cuando su amigo Shafik le dijo que había encontrado a la muchacha perfecta para él, al principio tuvo sus reservas, pero en el instante en que posó la mirada en Qayah fue amor a primera vista. Lo único que le preocupaba era la diferencia de edades.

—Es mejor así —le dijo Shafik—. Tiene varios años por delante para darte muchos hijos sanos y fuertes.

Al final no le dio ninguno.

La madre y la esposa de Bassem no se soportaban, y navegar entre ellas no era fácil, por decir lo menos, sobre todo porque todos vivían bajo el mismo techo, en la vieja casa de la familia. Dictaba la tradición que el primogénito era el que tenía derecho a la casa de sus padres, siempre y cuando ellos vivieran con él y él los cuidara. Qayah tuvo problemas para embarazarse, lo que la hacía un blanco aún más fácil para Fadwa. A su vez, Qayah no perdonaba a la vieja y no perdía oportunidad de exasperarla. Sabía cómo hacerlo. Con los años se volvió experta en apretar los botones de su suegra sin ningún esfuerzo. Pero Bassem las quería mucho a las dos y era lo bastante listo para no sucumbir a sus respectivos chantajes emocionales en la guerra entablada por él.

Fadwa farfulló unas palabras ininteligibles y siguió haciendo la masa para el pan que horneaban cada semana. Tenía tres hijas y cinco nueras, pero a ninguna la dejaba participar jamás en el ritual sagrado. En ninguna confiaba lo suficiente, sobre todo no en hal armaniyeh,44 que era como ahora se refería a Qayah a sus espaldas, con tono despectivo.

—Cómo le pondrás al niño? Debería llevar el nombre de tu padre, Allah Yerhamo 45

—¡Ya tenemos a cuatro Faraj en la familia, Oum Bassem! Todos mis hermanos te han concedido ese deseo. Además todavía no sabemos si será

niño.

—¿Mi deseo? ¿Cómo puedes decir eso? Ya aayb el shoom!46 No es un deseo: es una costumbre sagrada. ¡Y, después de todo, eres el hijo mayor! Pero tienes razón: de todas formas dudo que sea capaz de dar a luz niños. Sigo sin entender por qué, de todas las buenas muchachas palestinas que había por ahí, Shafik tuvo que escogerte a esa armenia por esposa. Evidentemente tiene debilidad por los armenios, ¡ese hombre!

—¿Cuándo dejarás de decirle “esa armenia”? ¿No ha sido ya bastante de este odio arrollador?

Bassem empezaba a exasperarse, pero Fadwa era lo bastante astuta y manipuladora para darle por su lado a fin de que no se distanciara. Respondió con voz reconciliadora:

—Es que nunca responde cuando le digo Qamar.

—¡Es porque se llama Qayah, no Qamar!

—Pero tú me dijiste que era el mismo...

—¡No, madre, no es en absoluto el mismo!

—¡ Olvídalo, ya oyounü47 Hoy es un día glorioso y deberíamos celebrar. Tengo setenta y tres años y ya tengo un pie en la tumba, pero antes de morir cargaré en brazos al bebé de mi hijo mayor. ¿Cómo no celebrarlo? ¿Qué tal si te preparo un mansaf?48

Sabía que era su plato favorito y pensaba que siempre podía conquistarlo con comida, convencida como estaba de que Qayah no podía ni freír un huevo. También sabía cómo usar su vejez para lograr su compasión.

El hombre de cincuenta y un años sonrió.

—¡Vaya que es un día glorioso! ¡Voy a ser padre! Espero que sea niña. Le pondré Qana 49 Ah, y algo más: Qayah y yo nos vamos a mudar a Deir Yassin.

Se puso de pie y salió del cuarto, dejando a su madre estupefacta.

\* \* \*

Jerusalén, sábado 6 de septiembre de 1945

Esta espada linda, que te traigo aquí

es para esta niña que se va a dormir.

En mi sueño sigo viendo caballos salvajes corriendo en un campo. El campo es interminable, no tiene principio ni fin, y los caballos galopan sin parar. De pronto el campo se convierte en un desierto sobrecogedor y todos los caballos se detienen a la vez. Chocan unos con otros y caen en el suelo arenoso. Luego, poco a poco, a uno tras otro, les salen alas y empiezan a volar hacia el lejano horizonte.

No hay zapatos que sobrevivan este viaje. ¿Pueden los zapateros remendar también los pies? Deberían. Cada vez que veo a un limpiabotas lustrando unos zapatos recuerdo a mi padre. Recuerdo a Jesús inclinándose sobre los pies de sus discípulos y lavándolos meticulosamente. Recuerdo a todos los sauces llorones humanos. La gente que necesita doblarse para hacer su trabajo son los anónimos reyes y reinas de esta tierra.

Los colores no son reales. La leche blanca que bebía de los pechos de mi madre era negra. La sangre roja que corre por mis venas es negra.

Mayrik, ¿dónde estás? Ya no quiero ser una bota de grande.

Sólo quiero ser un bálsamo calmante en tus pies heridos.

\* \* \*

Cuando Qayah descubrió que estaba embarazada, apenas unos meses después de su extraño encuentro con la anciana profeta, y le contó a Bassem toda la historia, él se rio de ella.

—¡Por favor! De seguro es una impostora. Es pura coincidencia. ¡Si es niña, quiero que se llame Qana!

Se negó a seguir discutiendo sobre el asunto y ella no insistió. Estaba contentísima porque él finalmente hubiera aceptado mudarse a Deir Yassin, decisión que él evidentemente tomó bajo el influjo de la descarga de adrenalina que tuvo cuando ella le dijo que iba a ser padre. Ella sabía que era su manera de recompensarla y no quería oponérsele por miedo a que cambiara de opinión.

Qana se enfermó al poco tiempo de nacer. No es que estuviera muy enferma, sino que lloraba horas y horas sin razón. La llevaron con tres médicos diferentes pero ninguno entendía cuál era su problema. El cuerpo funcionaba con normalidad y no había ninguna señal de dolencia o infección. Ladwa le echaba la culpa a Qayah:

—Dios te está castigando porque obligaste a mi hijo a irse de Jerusalén a vivir con musulmanes.

Qayah, por su parte, le echaba la culpa a Bassem. Él al principio no hizo caso de las acusaciones de su esposa, pero después de tres meses de noches

en blanco con una bebé que no dejaba de llorar y a la que nada parecía apaciguar, se dio por vencido.

—Mira, si alguna vez tenemos a una segunda hija, le pondremos Fátima. Te lo prometo. Aala sharafi.50 En cuanto Bassem pronunció estas palabras, los accesos de Qana empezaron a decaer y luego cesaron por completo. Menos de dos años después, en marzo de 1948, Qayah descubrió que estaba nuevamente embarazada.

La guerra árabe-israelí no les cayó así nomás. Estaban esperándola: oían sus gruñidos y percibían su hedor mucho antes de que estallara. Inmediatamente después de la masacre de Deir Yassin el 9 de abril de 1948, y la batalla por Jerusalén que le siguió, en las que tantos familiares y amigos suyos perdieron la vida, Bassem tomó la decisión de escapar con su esposa embarazada y su hijita y, al no prever ningún posible fin del conflicto, salieron del país.

Empacaron lo que pudieron de sus vidas y partieron el 23 de mayo de 1948. El día anterior Qayah había recibido la noticia del asesinato de Avi. Estaba de visita con un pariente suyo originario de Alemania. Aron Goldberg era uno de los pocos afortunados que habían sobrevivido a los horrores del Holocausto y tres años antes había logrado llegar al kibutz Ramat Rajel, al sur de Jerusalén. Ése fue el día en que las fuerzas árabes atacaron el asentamiento. Murieron treintaiún jordanos y trece israelíes; Avi era una de las víctimas. Había rehusado categóricamente cargar un arma consigo, ni siquiera para defensa propia, y le dispararon mientras ayudaba a heridos de ambos bandos. Un testigo afirmó que su propio hermano lo había matado: Haim era un despiadado sionista de la línea dura que nunca perdonó a Avi por haber simpatizado con los palestinos y por no luchar por Israel. También Negan murió, apenas unos días antes que Avi: le dio la bala traidora de un francotirador durante los pesados enfrentamientos puerta a puerta entre la Legión Árabe y las fuerzas israelíes en el barrio árabe de Jerusalén.

Dos nuevos cajones en la morgue, dos nuevos pesares que doblar cuidadosamente en el equipaje de Qayah.

\* \* \*

Deir Yassin, domingo 23 de mayo de 1948

Entre yo y mí misma hay una tumba tan tentadora que no sé hasta cuándo podré resistir a su llamado.

¿Cuál es el propósito de todo esto? ¿Hay siquiera un propósito? ¿Qué es peor: la falta de un propósito o su existencia? ¿Qué es más vil: la ciencia o la religión?

¿Cesan las preguntas algún día? ¿O los muertos siguen preguntándose sobre lo que les pasó a quienes dejaron atrás?

Adiós, Negan. Adiós, Avi.

\* \* \*

Primero se instalaron en Marwahín, una pequeña aldea del sur de Líbano, en la frontera con Palestina, donde Qayah dio a luz a su segunda hija. Bassem cumplió su palabra y la anotó como Fátima en el registro civil local. Fadwa no estaba allí para protestar por el nombre musulmán. Había decidido poner el segundo pie en la tumba a la edad de setenta y cinco, y falleció mientras dormía, antes del inicio de la guerra.

—Ya era hora —fue la única reacción de Qayah cuando el consternado Bassem le dio la noticia. Nunca se lo perdonó.

Disfrutaron seis años de una vida relativamente serena en Marwahín. Bassem ayudaba a los agricultores de tabaco en el cultivo y la cosecha, y Qayah poco a poco regresó a sus viejos tiempos de gloria en la costura. Pero tuvieron que mudarse de nuevo tras la muerte trágica de Fátima, que volvió insoportable la vida en Marwahín, sobre todo para Qayah.

Fue el 3 de septiembre del año 1954, el día que Fátima cumplía seis años. Qayah acababa de terminar de hornear el pastel y dejó a las dos niñas solas en la casa para ir a visitar rápidamente a una vecina enferma. Cuando regresó, Fátima estaba quejándose de dolores abdominales. Bassem tardó cuatro días en encontrar, por fin, alguien que le ayudara a llevar a la niña al hospital más cercano, que estaba a dos horas y media en coche. Pero fue demasiado tarde. La chiquita murió en el camino. Después de una autopsia, el doctor les dijo que una aguja emigró a su corazón y le provocó un taponamiento cardiaco y con él la muerte. Qayah había dejado afuera el costurero cuando salió de la casa.

“Esto es mi castigo”, pensó Qayah.

En ese momento llevaba cinco meses preñada. Otra vez. El embarazo había sido un bombazo para los dos, pues ella tenía cuarenta y dos años y Basssem sesenta. Se fueron de Marwahín exactamente una semana después del entierro y Qayah dio a luz a su tercera hija en Beirut durante la Nochebuena. Fue un parto muy complicado y Qayah estuvo al borde de la muerte. Bassem le puso Najat:51 la veía como una salvación a su desconsolada familia.

Pero la salvación era para entonces una estación que Qayah había pasado hacía mucho en ese viaje en el tren del horror que era su vida.

\* \* \*

Marwahín, viernes 3 de septiembre de 1954

¿Alguien más en la faz de la tierra sabe cómo duele percibir el tiempo y el espacio en función de los seres queridos que han muerto?

Hay tantos cadáveres desperdigados tras de mí, enterrados o abandonados, en tantos lugares, que ya perdí la cuenta. El mundo no es más que un enorme cementerio.

Dime, Dios: ¿cuántas veces puede una persona decir: “Perdóname por haberte sobrevivido”?

Adiós, Fátima.

\* \* \*

Bassem logró rentar un departamento barato en un edificio venido a menos en Bourj Hammoud, el principal barrio armenio de Beirut. No fue fácil encontrarlo, pero su esposa Qayah era armenia y los armenios se ayudan unos a otros y se mantienen unidos. Empezó a arreglar zapatos para ganarse la vida. Cada vez que le llevaba de comer al local que había rentado a la vuelta de la esquina y lo veía inclinado sobre un par de zapatos, Qayah se acordaba de su padre Nazar y del tiempo en que todos vivían felices en Aintab. “Me pregunto si las rodillas le siguen sangrando.”

También Qayah trabajaba. El ingreso de Bassem a duras penas cubría las rentas del departamento y el negocio y la pareja tenía dos bocas que

alimentar. Entonces empezó a limpiar casas. Así es como consiguió inscribir a Qana en la Escuela Primaria Armenia del barrio. Su hija mayor podía estudiar ahí sin pagar colegiatura, a cambio de que ella limpiara los salones.

En cuanto a su segunda hija, Najat, estaba enferma; “enferma de la cabeza”, como murmuraban las vecinas de Qayah. Descubrió su situación cuando la niña cumplió cinco años. La había llevado a la Escuela Armenia a inscribirla, igual que a su hermana Qana antes que ella. Un mes después, en enero de 1960, el director la mandó llamar. Le dijo que Najat tenía problemas.

—Aysdegh52 —dijo, apuntando con el dedo al cerebro de la criatura—. Tratamos, pero su hija no responde a ningún empeño por instruirla. O se sienta en la clase sin hacer nada como sonámbula, o se pone completamente frenética. Debería llevarla con el doctor.

Qayah ya había observado que a Najat le daban ataques y tenía oscilaciones de ánimo, pero no sabía tanto como para sospechar que tenía un problema. La niña hablaba, caminaba y no tenía señales evidentes de enfermedad. Qayah solía pensar que su hija menor era simplemente una niña malhumorada, hasta que el director le dio el horrible veredicto que sólo los ignorantes tienen la arrogancia de dar:

—Es retrasada.

Pero el problema de Najat no era del desarrollo sino hormonal y químico. En aquel entonces poca gente entendía la diferencia.

Poca gente todavía hoy.

¿Un doctor? ¡No tenían con qué pagar un doctor! Fue con un boticario y le explicó la situación. Éste estiró el brazo y tomó de uno de los anaqueles una caja de medicinas.

—Esto —dijo con seguridad—. Usted dele esto y estará bien. Un comprimido cada mañana. Poco a poco aumentaremos la dosis.

La caja decía “Veronal”.

Debía decir “Sentencia de muerte de Najat”.

\* \* \*

Bourj Hammoud, domingo 19 de julio de 1964

“Talla, Qayah, talla. Hoy es tu día libre, el día que te toca limpiar tu propia casa y no la de alguien más.”

Pero es inútil. No importa qué tan fuerte cepille el piso, qué bien lave los platos, cuán meticulosamente pase la esponja por el baño y sacuda las repisas, todo sigue sucio. Veo manchas negras en todas partes: en las paredes, en las sábanas, en las cortinas, en mi ropa.

¿Seré yo la suciedad?

¿Será que debo expurgarme a mí misma?

\* \* \*

Cuando su salud empezó a declinar a la edad de cincuenta y ocho, Qayah tuvo que dejar de limpiar casas y volver a coser ropa, a pesar de haber jurado, tras la muerte de Fátima, que no volvería a tocar una aguja. Pero era demasiado pobre para mantener ningún voto. Simplemente no podía permitirse dejar de trabajar. Su esposo se había vuelto vendedor ambulante porque ya no podía cubrir la renta de la zapatería y su hija necesitaba medicación constante.

Era 1970, el año en que Bassem finalmente decidió obtener para su esposa y para él tarjetas de identidad libanesas. Podría haberlas solicitado desde 1958 pero se la pasaba posponiéndolo, pues lo sentía como traición a su amada Palestina. Al final tuvo que ceder porque le dijeron que si lo hacía podía tener derecho a la asistencia médica libanesa. Su hija mayor, Qana, había obtenido la nacionalidad un año antes, cuando se casó con un libanés. Su hija menor, Najat, ya la tenía, pues había nacido en Líbano, igual que su difunta hermana Fátima, que no sólo había nacido sino también había sido enterrada en suelo libanés.

Qayah empezó a preocuparse cuando su esposo escondió los documentos. Al final los encontró metidos en un calcetín y se los enseñó a Qana. Cuando su desconcertada hija le contó que estaba registrada como Qamar Sarraf, Qayah enloqueció. Bassem fingió que no era su culpa, que lo había hecho el empleado por alguna razón y que él no se había dado cuenta hasta que ya era demasiado tarde. Era evidente que mentía. ¿Cómo sabría un empleado administrativo que el nombre de Qayah puede sustituirse con el de Qamar? Estaba segura de que lo había hecho a propósito para por fin concederle a su difunta madre su deseo. Para castigarlo, superó su obsesión

con la limpieza y les ofreció un dulce a unos niños a cambio de cada ratón muerto que le llevaran. Empezó a plantar ratones muertos en los lugares más inverosímiles de su pequeño departamento. Abajo de la ropa interior doblada de Bassem, adentro de una de sus pantuflas, arriba del armario donde guardaba su sombrero... Su esposo era un hombre robusto pero tenía un terror inexplicable a los ratones. Cada vez que veía uno empezaba a graznar como gaviota.

Después de siete días de horror, en el último de los cuales había puesto un ratón abajo de su almohada y él al descubrirlo estuvo a punto de tener un derrame cerebral, decidió que había sido suficiente. Bassem había cumplido su sentencia. Qayah sabía que él nunca había dejado de sentirse culpable con Fadwa desde que se mudaron y se fueron a vivir solos a Deir Yassin. Poco después su madre se había enfermado gravemente y él pensaba que había un vínculo definitivo entre ambos acontecimientos.

“Espero que esa maldita bruja se esté pudriendo en el infierno”

¿Logran los hijos varones dejar atrás a las madres? Nosotras las mujeres seguimos culpando a los hombres de nuestros infortunios pero esos hombres son ante todo nuestros hijos. Hijos de mujeres que los adoran. De mujeres que los tratan a cuerpo de rey. Mujeres que los anteponen. Mujeres que les perdonan todo. Mujeres que les dicen que sí una y otra vez. Mujeres que no dejan de desear tragárselos para que vuelvan a sus visceras y llenen el hueco imposible de llenar que ahí dejaron. En el momento del nacimiento las madres se quitan de encima a sus hijas, mientras que a los hijos renuncian a pesar de sí mismas, obligadas sólo por las leyes de la biología.

Dentro de cada hombre que le hace el amor a una mujer hay un niño pequeño tratando de volver a entrar a hurtadillas a la matriz de su madre.

\* \* \*

Beirut, martes 10 de noviembre de 1970

La pobreza es una rompealmas.

La pobreza es una rompealmas.

LA POBREZA ES UNA ROMPEALMAS.

\* \* \*

“Veo rosa. Veo rosa”

Ya no podía más con eso.

De todas formas, hacía mucho tiempo se había decidido. Sólo estaba esperando que la carnada del anzuelo se hiciera irresistible. Ese día se sentía el día perfecto: cuando despertó se le hacía agua la boca con la muerte.

A fin de cuentas era su cumpleaños el día ideal para morir.

Pronto Najat despertaría y Qana llegaría en su visita diaria de primeras horas de la tarde. “Pedkeh Arag Enem”,53 pensó. El día anterior Qana le había dicho que un hombre se arrojó del techo del edificio donde ella vivía con su esposo y su hija. Qayah no se imaginaba haciendo eso: ¡ensuciar la calle con sangre, huesos triturados y carne desnuda! Ella necesitaba una muerte limpia y discreta. Una que no avergonzara a su familia.

Se sentó por un minuto, sin aliento, como últimamente le ocurría a menudo. Había una abeja atrapada en la tapa del frasco de mermelada en la mesa de la cocina. “La tapa debe de estar pegajosa. Debo limpiarla.” Luego se encogió de hombros: “Después, después”.

La abeja batía las minúsculas alas y producía un nervioso zumbido. No sentía ninguna lástima por ella. “Todos estamos atrapados. Deja de quejarte.”

Lúe a la recámara a ver cómo estaba Najat. Seguía dormida, acostada boca arriba, tan quieta como un cadáver con la untuosa y densa cabellera tapándole la cara. Qayah cautelosamente acercó la oreja a la boca de su hija para asegurarse de que aún respiraba. “Estas pastillas están matándola lentamente.” Najat tenía el pelo negro azulado, igual que su hermana Qana. “Tal como su tía Hosanna”, pensó Qayah, y otra pared en su corazón de vidrio se agrietó. Ninguna de sus hijas había heredado sus rizos rojos. El pelo de Látima era castaño. “Mi dulce Látima”, recordó, y el recuerdo apagó la vacilante llama de la última vela de su alma.

“¿Hice mal en decirle a Qana?”, se preguntó.

Ya no importaba. Lo hecho, hecho está. Sentía que su hija merecía saberlo. Qana le había hecho muchas preguntas en el pasado, preguntas que

ella nunca había respondido. Ahora ha respondido todo, incluso lo que no se preguntó.

“Sólo que no le hables a tu padre de Avi. No merece ese dolor.”

Regresó a la cocina y se dirigió al mueble debajo del fregadero, donde guardaba todos los productos de limpieza. Lentamente abrió la puerta con sus ahora constantemente temblorosas manos. Se acuclilló y alcanzó un envase detrás de la botella de detergente.

Era un envase amarillo brillante con garabatos negros.

Decía “Veneno para ratas”.

Decía “Peligro”.

Decía “no ingerir”.

Pero Qayah no sabía leer.

Miró la etiqueta con la calavera y los huesos cruzados.

Fue entonces cuando los vio. Todos estaban ahí, con sus rostros en la caja, sonriendo y saludándola: Nazar, Hagop, Hosanna, Marine, Grigor, Vartouhi, Negan, Fátima...

Y Avi. “Ya morí definitivamente la primera vez que te perdí. Todas las muertes que sufrí antes fueron tan sólo ensayos inevitables. Todas las muertes que sufrí después fueron validaciones innecesarias.”

“Soy el demorado cadáver de sesenta y seis años de una muchacha exánime de dieciocho.”

Se tragó los cristales grises y atravesó al otro lado.

\* \* \*

Beirut, martes 11 de abril de 1978

Finalmente sé lo que significa “muerta”, mayrik. Ya no tengo miedo.

Adiós, Qayah.

I Nombre de pila árabe que significa luna.

O

Diosa hitita de la luna venerada por los armenios de Anatolia durante el Imperio hitita, homologa femenina del dios de la luna Qayuh (Kayuh) o Qashuh (Kashuh o incluso Kaskuh).

PD1: Los hititas, antiguo pueblo de Anatolia, fundaron un imperio centrado en lo que hoy es Turquía de 1600 a 1180 a. C. Los antiguos armenios fueron en un principio adoradores de la naturaleza, pero con el tiempo su fe se transformó en un culto a dioses tomados de culturas vecinas o reinantes. Más adelante la diosa armenia de la luna se convirtió en Anahid, tomada de los persas cuando estos reinaron en la región (550 a 330 a. C.).

PD2: La O sonante es común entre los armenios de Anatolia debido a las influencias turca y árabe, mientras que en el armenio occidental se pronuncia como KoG.

O

Querida en árabe.

^ Monstruo mítico de la cultura árabe.

^ Danza folklórica oriunda de los países del Levante.

^ Literalmente, luna en armenio, nombre de pila común para las niñas armenias.

Caperucita Roja en armenio.

0

Una de las ciudades más grandes del sureste de Turquía, situada a orillas del río Tigris.

^ Abuela en armenio.

^ Fresa en armenio.

II Madre en armenio.

12

Mi amor en armenio.

1 'J

Mi padre en armenio.

^ Mi abuela en armenio.

^ Ciudad siria situada al sur de Antep.

^ Santa Claus en armenio.

^ Tengo sed en armenio.

1 O /

Esta en turco.

^ Importante ciudad del sur de Turquía, al oeste de Antep.

20

Necesita olerte en turco.

91

Título honorífico para un oficial civil o militar en el Imperio otomano.

Montaña en la provincia de Hatay al sur de Turquía.

¿Cómo te llamas, niña bonita? en armenio.

7.S

Hermana en armenio.

O f\

Jitomate en armenio.

22 Papá en turco, usado también por armenios que crecieron en Turquía.

78

Plato tradicional armenio hecho con lentejas rojas.

2^ Santiago en armenio.

¡Camina! en turco.

21

Tío en árabe.

22

Madre de Rami en árabe. En el mundo árabe se tiene la costumbre de designar a las madres en relación con sus primogénitos varones.

22

Que tus manos estén a salvo, hija mía, una forma de dar las gracias en árabe.

24

Rosa roja en hebreo.

25

Ardilla en armenio.

'jr

Hola en armenio.

27

¿Cómo estás? en hebreo.

28

Te amo en armenio.

29

Pequeña aldea palestina a las afueras de Jerusalén.

^ El antiguo mercado bullicioso de Arabia.

^ Patio en árabe.

42

La bruja en árabe.

42

¿Quién eres? en árabe.

^ Esa armenia en árabe.

^ Que Dios lo tenga en su gloria en árabe.

^ Debería darte vergüenza en argot árabe.

47

Mis ojos en árabe, una manera de expresar cariño.

48

Un plato árabe tradicional hecho de cordero que se sirve con arroz o bulgur.

^ Qana Al-Jalil, también escrito Caná, es una ciudad de Galilea. Según el cuarto Evangelio, Jesús hizo allí su primer milagro público: la conversión de gran cantidad de agua en vino durante una

boda. Tiene mucha importancia para los cristianos orientales. Hay especulación acerca de la ubicación exacta de Qana. Algunos estudiosos aseguran que es la aldea de mismo nombre ubicada en el sur de Líbano. Orros aseguran que se refiere a la ciudad de Kafr Kanna, como a siete kilómetros al noreste de Nazaret, en Palestina.

^ Por mi honor en árabe.

^ 1 Salvación en árabe.

52

Aquí en armenio.

Debo apurarme en armenio.

QADAR

(Beirut, 1970)

Nieta de Qayah Madre de Qamar Hija de Qana

La de los ojos que despiertan a la tormenta

La Reina de Corazones es una inconformista y aventurera, con una permanente curiosidad por la vida. Necesita variedad y cambio y dedica abundante tiempo y energía a explorar todas las posibilidades. Es empática y sensual y tiene una inflada expectativa del amor perfecto. Su destino lo gobierna la Emoción.

A la mañana siguiente de mi muerte nos sentaremos en cafés pero yo no estaré ahí.

Yo no estaré.

ETEL ADNAN (poeta libanesa)

Él abrió la puerta precipitadamente y la cerró de nuevo azotándola.

Ella brincó sobresaltada.

Rápido, rápido. Tiró el libro. Respiraba con dificultad. Trató de aplacar un poco su melena indomable.

Él entró. No dijo palabra, ni siquiera volteó a verla. Se sentó en la silla frente a ella, la agarró del brazo, la jaló brutalmente hacia él, la sentó en su regazo, le jaló el pelo, le chupó el cuello, le mordió el labio inferior.

—¡Auch! —gritó ella, y respondió rascándole ferozmente la espalda y mordiéndole el labio superior. Inhaló el mareador aroma de su deseo. Lo recibió dentro de ella lentamente, sin preliminares. Pensó: “Soy la peor”. Sintió: “Aaaah”. Dijo: “Mmmmm”...

¿Cómo pasó tan rápido? Esta toma de poder, esta “invasión”, como ella la percibía. Como ella la vivía. ¿Cómo es posible? Menos de una semana atrás, él, esto, no existía. Y ahora él, esto, ocupaba todo el espacio adentro y alrededor de ella. Ha sido la rendición más rápida de la historia. Ella ni siquiera opuso resistencia.

Como la mayoría de los hijos de la guerra, su vocabulario y su visión del mundo estaban en gran parte influidos por términos bélicos: “invadir”, “ocupar”, “rendirse”.

Pero, sobre todo, “resistir”.

Todo empezó el 14 de marzo del año 2005. Qadar1 estaba ondeando la bandera libanesa y gritando a todo pulmón con la multitud en el centro de Beirut cuando de pronto sintió cómo una mano suave pero firme tomaba el tirante de su brasier negro, que se iba deslizando por el brazo, y volvía a acomodárselo en el hombro. En ese momento volteó y lo vio por primera vez. Él no dijo nada: sólo sonrió y desapareció en la multitud.

Esa misma tarde, cuando ya había terminado la enorme manifestación, fue con un grupo de amigos a tomar una copa en uno de los numerosos bares de Monnot Street2 Whisky en las rocas: ése era su veneno. “El vino es para las mujeres”, decía siempre con cara de asco. Era femenina en muchos sentidos (según los clichés que dictaban lo que es femenino y lo que no) pero algo en ella se rebelaba contra las texturas monocromáticas y anhelaba los matices de la androginia: lo que ella consideraba el ser humano perfecto. Se sintió extasiada cuando un brasileño que hacía terapia de regresión, al que conoció en un avión, le dijo tras tomarla de la mano durante cinco incómodos minutos: “Has tenido numerosas vidas pasadas en las que has sido hombre”. Ella en realidad no creía en esas tonterías pero de todas formas le encantaba cómo eso apoyaba su mitología personal: la fantasía de que ella era uno de esos que representan la dualidad, hombre y mujer, cada uno en su manifestación más fuerte y adecuada.

Ya todos estaban ebrios del entusiasmo que se respiraba por la Revolución de los Cedros. Una formidable ola de cambio había golpeado a Líbano tras el asesinato del primer ministro Rafik Hariri el 14 de febrero. “¡Basta de derramamientos de sangre! ¡Basta de divisiones! ¡Amamos la vida y queremos vivirla, no sólo sobreviviría!”

También “¡Fuera los sirios!”.

La gente había despertado. Despertado por fin.

¿En verdad?

Y ahí estaba él otra vez, de pie en una esquina del mismo bar, mirándola insistentemente en el espejo frente a la barra donde ella estaba sentada. En cuanto sus miradas se encontraron él se acercó. Ella supo apreciar esa urgencia, ese estilo carpe diem de ponerse en acción. Detestaba a esos hombres a los que llamaba “moluscos”, que pasaban toda la noche lanzando miradas y luego rehuyéndolas, viendo fijamente a las mujeres de arriba abajo, sin las agallas para lanzarse al fuego. Nunca le habían atraído los que se dejan ser devorados: ella necesitaba un depredador, alguien que estuviera a su altura. Y ahí estaba él, frente a sus ojos, dándose gusto en esa fase previa al banquete. Esa vez sí habló.

Nada de frases patéticas para ligar, nada de preliminares absurdos. Ningún “¿Cómo te llamas?” o “¿A qué te dedicas?”.

—¿Has leído a Sandra Cisneros?

Si había una manera de captar inmediatamente su atención era ésa.

—No. ¿Debería?

—“Es una mujer de ésas que usan brasier negro / de las que ofrecen / suicidio con cada kamikaze / servido en el azul neón de la noche.”

Recitó los versos con un acento inglés casi impecable y sin énfasis. No soportaba a la gente que declamaba poesía como si fuera Moisés en el Monte Sinaí.

—¿Lo acabas de googlear o tienes el hábito de aprenderte de memoria poemas sobre brasieres?

—Sólo los que mencionan mi color favorito de brasier.

—¡Qué reconfortante! Un hombre obsesionado con el color más que con la talla.

Él se rio. Tenía una risa húmeda que podía irrigar desiertos y convertirlos en el más verde de los bosques.

Desiertos como el de su corazón.

También tenía manos bien parecidas, con dedos elegantes y uñas arregladas. Eso era lo primero que observaba en un hombre. Eso y sus dientes. Los suyos eran de un blanco despampanante, alineados a la perfección entre dos labios carnosos. No demasiado carnosos: sólo lo suficiente.

—Lo que pasó hoy fue magnífico, pero no llevará a ningún lado. Es otro callejón sin salida. Espero equivocarme, pero ya no tengo fe en nuestro pueblo.

También ella pensaba eso. Los libaneses, sobre todo los políticos, la habían decepcionado ya demasiadas veces como para permitirse el lujo de ser optimista. De todas formas estaba tratando de mantener una actitud positiva, de considerar que eso en verdad podía ser una vuelta a empezar para su martirizado país. No tenía de otra.

Después de una hora de estimulantes intercambios sobre lo peligroso que era Hezbolá,3 sobre cómo la poesía nunca moriría y lo sexi que puede ser un tirante de brasier, él dijo, así de la nada:

—Tengo una erección.

Ella no se escandalizó en lo absoluto y desde luego que no se ofendió. Simplemente respondió:

—También yo tengo una erección.

—Me doy cuenta. Te está creciendo una protuberancia en la frente — bromeó él.

No se le ocurrió preguntarle “¿Cómo podrías tener una erección si eres mujer?”. Ni siquiera lo pensó; inmediatamente entendió a qué se refería: a que era sapiosexual, alguien que se siente atraída y excitada por la inteligencia. El clítoris, y el resto de su equipo sexual, se ubicaban en su cerebro. Por eso tan pocos hombres habían podido encontrar su punto G. “Para mí, la G es por materia gris”, le dijo una vez a un pedante sexólogo inglés que estaba tratando de impresionarla con su conocimiento de la fisiología femenina.

Ornar ya intuía eso de ella, por no mencionar que había ideado un halago de doble filo: estaba adulándose a sí mismo tanto como a ella. Arrogante pero astuto. Aquel bien podría ser el momento exacto en que Qadar se enamoró de él, y también la primera razón de su enamoramiento. Dos horas después ya estaba acostada con él en una cama desarreglada dentro de un cuarto desordenado de un caótico departamento en Hamra.4 Nina, su mejor amiga, la miró con cara de desaprobación cuando le dijo que se iba con él.

Nina era de hecho Nazla. Le pusieron así por su abuela paterna pero ella aborrecía terminantemente ese anticuado nombre. “No creo que nunca haya estado de moda. Ni siquiera antes de Cristo”, decía Qadar riendo con picardía cada vez que Nina se quejaba con ella de lo pasado de moda que estaba Nazla.

La primaria había sido una agonía constante para la chiquita, pues los niños se reían de ella todos los días. Nazla El Habla. Nazla El Bassla. Nazla Tala’a.5 Los molestos sobrenombres no dejaban de circular. Todos sus compañeros la molestaban, excepto una: Qadar. Por suerte para Nazla, Qadar era esa niña con la que nadie quería meterse. Al principio del cuarto grado recibió a Nazla en su regazo y desde entonces se volvieron inseparables.

El primer día de secundaria, Nazla decidió que a partir de ese momento se convertiría en Nina. Unas semanas antes su padre le había regalado a su madre un frasco de perfume por su cumpleaños. Se llamaba L’Air Du Temps, de Nina Ricci, y a la niña de diez años le encantaron tanto la fragancia como el sonido del nombre. Qadar, en solidaridad con su amiga, se convirtió en Dina. Nina y Dina eran una unidad indestructible. La primera era la callada y conformista, la segunda la loca y rebelde. Se necesitan de las dos para construir una amistad sólida y duradera.

—¡Dina! ¡Acabas de conocerlo! Va a pensar que eres una fácil.

Qadar suspiró irritada. Ella nunca había entendido y no se sometía a la lógica patriarcal que separaba a las mujeres en dos categorías, “las fáciles” y “las que se hacen del rogar”. Ella lo veía distinto: un hombre le interesaba, o no. No tenía ninguna paciencia con los jueguitos y disimulos. Si el hombre sentía la necesidad de “rogarle” para poder apreciar su compañía, entonces no era su tipo. Por lo tanto, “que se vaya al diablo”. Así de simple.

—Para mí, él es el que está siendo un fácil. Piensa en mí como la cazadora, Nina. ¿Te acuerdas?

—Pero ¿y Louad?

Qadar se alejó. No era ni el momento ni el lugar para esa pregunta.

Los siguientes días, mientras más conocía a Ornar, más se enamoraba de él apasionadamente; también cada día le gustaba más. Ella era de esa clase de personas aventurosas y harakiri que ni tardas ni perezosas pronuncian la palabra amor. Lo hacía demasiado pronto. Quizá porque le daba pánico usarla tan a la ligera: de ese modo la desdramatizaba.

Para Qadar, “amar” casi siempre venía antes de “agradar”. Primero la sacudida intelectual y física, luego la evaluación ética de la persona. Primero el Homo sapiens y el Homo sensualis, luego el Homo moralis. Sabía que a una pueden atraerle la mente y el cuerpo de alguien, sólo para después descubrir que en el nivel humano es un malparido. La gente lista no necesariamente es agradable u honesta.

El ingenio alienta el engaño. Los que son listos y además decentes merecen una medalla en este mundo maquiavélico. Al menos eso pensaba ella.

A Qadar le caía bien Ornar por muchas razones. No sólo era un hombre inteligente y bondadoso envuelto en una fuerte personalidad con inclinaciones absolutas (para ella la mejor combinación), sino que también era un hedonista salvaje que detestaba las palabras, acciones y emociones azucaradas en la cama. El placer venía a través de una ferocidad desenfrenada, no de un dulce romance. El carnaval de los animales de Camille Saint-Saéns, no el Nocturno de Chopin. Además había en él la cantidad justa de cinismo: ni tanto como para resultar insufrible ni tan poco como para sonar naíf. Estaba a medio camino entre inocencia y decadencia, la fabulosa amalgama de un muchacho adorable y un demonio furioso.

Tenía que reconocer que también le caía bien por su nombre y la religión que con éste venía. A pesar de todo lo que se hablaba de una supuesta coexistencia, una mujer cristiana que se enamorara de un hombre musulmán, o viceversa, seguía siendo tabú en Líbano. A Qadar le encantaba romper tabúes, sobre todo por accidente. Rara vez había sido una provocateur a propósito, pero siempre que impugnaba al sistema sin proponérselo, sencillamente por quién era y cómo vivía, lo disfrutaba enormemente. Para ella era como una bonificación, un valor añadido al hecho de ser consecuente consigo misma.

Además la religión le importaba un comino, igual que a ella. “No me gusta perder el tiempo con hipótesis y soy demasiado espontáneo como para andar siguiendo un libreto.”

Descubrió que Ornar todavía podía dar algunas primeras veces, asombroso en un hombre de cuarenta y tantos años. También eso le caía bien de él. Nunca le gustó ser la simple repetición de alguien. O algo. En el mejor de los casos, un estreno después de una cadena de ensayos. Un déjá vu sexual y sentimental. Era inevitable, claro está, pero ella prefería a alguien que pudiera decir después de que hicieran algo juntos, lo que fuera: “Nunca había hecho esto, es la primera vez”. Esto era algo que su amante de cuarenta y cinco años sorprendentemente podía ofrecerle. Y mucho más.

Sin embargo, no todos los “primeros” le atraían. Su primera noche juntos, después de varias vueltas de hacer el amor ávidamente, casi todo el tiempo en un silencio sólo interrumpido por alguna aislada palabra obscena, cuando él le dijo “Eres mi primera pelirroja” le dieron ganas de soltarle una

buena bofetada. Su tono la hizo sentir como una especie de hito en una lista de rarezas sexuales por coleccionar. Pelirroja: hecho. Siguiente objetivo: mujer sin ombligo.

Con todo, contuvo su ego y respondió con voz tranquila:

—Y tú eres mi undécima infidelidad.

Él soltó una fuerte carcajada, demasiado fuerte para ser auténtica. Ella sonrió para sus adentros porque sabía que había logrado devolverle la provocación. Por progresivo que sea un hombre, de todas formas detestará no ser el puntero de una carrera. Los niños tienen que competir, anteceder, ganar. Sobre todo cuando el trofeo es el cuerpo de una mujer. El hombre lleva siglos siendo criado para verlo como un trofeo y a menudo también la mujer misma. Es un instinto que el feminismo nunca logrará matar de una vez y para siempre. Sean cuales sean las leyes, sin importar el grado de evolución de una sociedad dada, adentro de un hombre trajeado y de buenos modales siempre habrá un cavernícola aporreándose el pecho y gritando: “¡Lo logré! ¡Lo logré!” antes de arrastrar a la mujer por la cabellera.

En el siglo xxi el truco está en cuán profundo puede el hombre enterrarlo o qué tan bien puede la mujer domesticarlo.

Los hombres consideran que ser el primer adulterio de una mujer casada es tan significativo como ser la primerísima relación sexual de una virgen. Incluso más. En el caso del adulterio los impedimentos morales y la culpa son más difíciles de superar. Después de todo, es un pecado “oficial” —“No cometerás adulterio”— y conlleva la destrucción de otras personas, mientras que la virginidad es más un constructo social patriarcal. Así, el primer reto es mayor, pero una vez que se da el paso, se vuelve mucho más fácil para el hombre. Y adictivo para la mujer. Una pendiente resbaladiza. Igual que el chocolate.

Qadar bien que lo sabe. Había mentido: cuando llegó Ornar hacía tiempo que había pasado la undécima barra de chocolate Lindt.

—¿Entonces eres una de esas mujeres que cuentan a sus hombres? Dime, ¿llevas un diario secreto con sus respectivos nombres anotados y florecitas y corazoncitos dibujados alrededor?

—No, pero sí tengo un diario secreto con sus respectivos tamaños de pene.

Era como un duelo de espadas entre los dos y ella lo estaba saboreando enormemente. Siempre había querido practicar esgrima, pero aprendió a hacerlo con palabras en vez de sables. Y de todas formas las hojas de las palabras están más afiladas. Ornar frunció el ceño por una fracción de segundo. “Touchél”, pensó ella.

Cuando al fin se presentó después del quinto orgasmo, a Ornar le intrigó su nombre de pila, muy poco común para una libanesa.

—¿De dónde es? ¿Tienes un padre saudí?

—No. ¡Me lo gané!

Él soltó una carcajada.

—Como seguro sabes, antes se pensaba que las mujeres pelirrojas eran brujas. Me pregunto si por eso te elegí a ti: debes de haberme embrujado.

—En primer lugar, yo soy quien te escogió a ti. En segundo lugar, no me importa que me quemen en la hoguera, así que ¿qué esperas?

Una vez había leído que todos los pelirrojos eran descendientes de vikingos. Investigó un poco y se enteró de que, en efecto, en algún momento alrededor del siglo x unos guerreros vikingos habían ido a Turquía. Según se dice, llegaron a Constantinopla (Estambul) con dos mil barcos, pero nunca lograron conquistar la ciudad. Lo que sí hicieron fue infiltrarse en ella y en los alrededores como comerciantes, e incluso dejaron en Hagia Sophia6 marcas enigmáticas que todavía pueden verse. ¿Habrá dejado un vikingo una marca en la vagina de alguna de sus ancestras? ¿Será de ahí de donde viene el pelo rojo rizado que comparte con su abuela materna? Esa rara mutación se había brincado una generación entre ellas. El pelo de su madre era negro azulado y tan liso como una cortina de seda.

En su cuarta noche juntos él le pidió que se quitara el anillo de boda cada vez que estuviera con él.

—Ya intuía yo que debajo de esa corteza de cinismo había un hombre chapado a la antigua —observó socarrona.

Su burla no lo puso incómodo. Era demasiado seguro de sí mismo como para avergonzarse jamás. Simplemente le tomó la mano, él mismo le quitó el anillo y tranquilamente lo puso en el buró.

¿Podría ser que estuviera enamorándose de ella? Y sobre todo, ¿podría ser que ella estuviera enamorándose de él? Se permitió deslizarse hacia el

precipicio de ese pensamiento por un segundo, pero rápidamente descartó la absurda idea y permitió que sus besos la llevaran a otra parte. “¡No, Qadar!”, se reprendió a sí misma.

Pensaba que era inmune al gharam.7 Lo cierto es que lo había deseado inconscientemente con demasiada vehemencia, con demasiada frecuencia y demasiado en vano como para atreverse a esperarlo a los treinta y cinco. Sólo que aún no lo sabía.

\* \* \*

Beirut, domingo 12 de junio de 2005

En el principio fue la comprensión.

La dolorosa comprensión de que el matrimonio de mis padres no era feliz ni de lejos. Era una despiadada guerra psicológica sin tregua que asoló la casa ladrillo por ladrillo. Lo que lo delató ante todo fue algo que estaba más allá de las pruebas tangibles: como un instinto, una sensación abrasadora en la barriga diciéndome todo el tiempo que las cosas no iban bien.

En el principio fue la comprensión (no se caen bien). Luego la negación (lo resolverán). Luego la capitulación (así será siempre). Luego las acusaciones (es culpa de él / de ella). Finalmente vino la más destructiva de todas las etapas: el proceso de ponerse una coraza. Inconsciente. Subterránea. Cruel. Real: el amor duradero es una quimera. El matrimonio apesta. La gente no está hecha para estar con el otro para siempre. El plan B es indispensable.

Y el C, y el D, etcétera.

Hasta hace tres meses, siempre pude irme. Digo “pude”, cuando la expresión correcta debería ser “no pude no”. El terror de ser abandonada era más fuerte que cualquier potencial vínculo y los beneficios que traía consigo. El corazón que yo estaba estirando titubeaba constantemente, temblaba, se replegaba a la primera señal de peligro. Y me aseguré de que mi debilidad de carácter quedara bien escondida, incluso de mí. Usaba “Te amo” de maneras que lo despojaban de todo significado. Me convencí de que “esto” era la libertad, esta incapacidad de comunicarme, comprometerme, ansiar, extrañar, ensalzar. La esclavitud tenía sinónimos específicos: Apego; Implicación; Comunicación; Cercanía; Lealtad; Celos; Unión; Fusión; Posesividad; Apertura; Expectativas. En pocas palabras, cualquier sentimiento que se relacionara, así fuera remotamente, con una verdadera relación amorosa. Y tenía que evitarse a toda costa... Si ponía el cuerno, sólo era prueba de que era libre. Si me iba, desconectada, volteando la espalda, sólo significaba que era un espíritu liberado e indomable.

Pero ahora sé que simplemente estaba aterrorizada.

Es curioso cuántos velos hay para ayudar a ocultar la verdad. Finalmente, cuando llegó el verdadero amor, uno de la clase devastadora, aplastante, inevitable, dejé que el tsunami me barriera, me arrastrara, me atrapara y me volcara. Se sintió como estar metida en una lavadora de ropa con el tambor giratorio a toda su capacidad: enjuaga, calienta, agita, escurre, centrifuga, retuerce...

Mañana debo volver a Alepo. Llevo demasiado tiempo lejos. Lejos de los niños y de la

O

boutique. Pero el asesinato de Samir Kassir hace diez días y la nueva ola de manifestaciones que le siguieron me han impedido irme. El valiente, agudo, impenitente Samir... Otro sueño

libanés ha muerto. No, no ha muerto: lo han asesinado. Uno de los incontables crímenes pasados,

presentes y futuros en Líbano del régimen Ásad^ en Siria.

Todo parecía tan surrealista y absurdo: yo protestando contra los sirios en Beirut, estando casada con un sirio que me esperaba en Alepo. Pero ¿acaso no es así la vida? ¿Impecablemente surrealista y absurda?

Quizá no sólo estaba protestando por la presencia de las fuerzas sirias en Líbano: quizá también estaba protestando contra la presencia de ese esposo sirio en mi vida.

Y, en medio de todo eso, presencié mi muy particular Big Bang.

Ocurrió Ornar.

\* \* \*

Qadar Barsom nació un templado día de septiembre del año 1970. Luqa, su padre, quería ponerle Shapirta, que significa preciosa en su armenio natal, pero Qana, su madre, se negó rotundamente.

—¿Qué clase de nombre raro es ése? Los niños se burlarán de ella.

Luqa se esforzó por vendérselo:

—¡Pero Shapirta se parece mucho más a Rita!

Sabía que a ella le encantaba un famoso poema de Mahmoud Darwish10 llamado “Rita y el rifle”, que él le había hecho descubrir un par de años antes, en una de las incontables cartas que le había escrito. Ella no capitularía. Qana era una mujer fuerte, con la que ningún esposo querría discutir, mucho menos durante el desbordamiento de hormonas de un embarazo. Entonces sugirió Yalda, otro nombre asirio.

—¿Estás tratando de ofenderme a propósito? —objetó Qana. Yalda, de hecho, estaba demasiado cerca de Yaldiz, un nombre turco famoso. La gente libanesa usaba la expresión “Metel Asser Yaldiz” (como el Palacio de Yildiz)11 para referirse a una casa fastuosa.

—Ninguna hija mía tendrá jamás un nombre que suene turco —declaró con firmeza—. Le pondremos Qadar: destino.

Y así terminó la discusión.

Luqa reivindicó el derecho de ponerle a su segundo bebé el nombre que él quisiera, y Qana aceptó de inmediato. Lo que él menos imaginaba era que ella ya había decidido, por los dos, que sólo tendrían un hijo.

Luqa Barson, el padre de Qadar, nació en Achrafieh12 en 1943, pero sus padres eran de Mardin13 y huyeron a Beirut en la segunda década del siglo

xx debido a la persecución otomana. A él le enorgullecía haber nacido el 22 de noviembre de ese año, fecha en que Líbano logró su independencia.

—¡Deja de jactarte de eso! No es como si tú hubieras escogido el día — lo molestaba su madre.

Sus padres, que a diferencia de él no habían nacido en Líbano, obtuvieron la tazkara14 libanesa muchos años después que él. Al principio los asirios y otros refugiados cristianos no tenían la nacionalidad, pero en 1958 Camille Chamoun, entonces presidente de la república, introdujo un decreto para ofrecerla a todos los miembros de algún grupo minoritario si cumplían la condición de diez años de estancia en el país. Los padres de Luqa la cumplían, así que solicitaron la ciudadanía y la obtuvieron poco después.

La madre de Qadar, Qana Barakat, nació en Deir Yassin, Palestina, en 1946. En 1948, cuando estalló con toda fuerza la violencia entre judíos y palestinos, sus padres partieron de Palestina con dirección a Líbano. Primero a Marwahín, en la frontera, y luego a Beirut. En 1961 los padres de Luqa se mudaron a un departamento tres pisos arriba de donde vivían Qana, su hermana Najat y sus padres en Bourj Hammoud. La familia asiría ya tenía una lavandería abajo del edificio, y el trayecto diario desde Achrafieh era cansado para el padre de Luqa, que los últimos tres años había estado teniendo problemas de salud. Qana acababa de cumplir quince años y una apasionada historia de amor se despertó entre ella y Luqa, que tenía dieciocho.

El 13 de abril de 1975 Qana, Luqa y su hija Qadar fueron testigos del inicio de una guerra, una de la clase más vil. No entre turcos y armenios, no entre judíos y palestinos, no entre dos cualesquiera enemigos evidentes en los que el antagonismo, aunque inaceptable, al menos pudiera entenderse.

En esa ocasión ocurrió entre hermanos. El cristiano Caín y el musulmán Abel. El musulmán Caín y el cristiano Abel.

Ambos libaneses. Ambos listos para una orgía de sangre. Ambos alentados por poderes externos.

\* \* \*

Beirut, lunes 19 de enero de 1976

Ayer el día y la noche fueron largos en el refugio, debajo del edificio donde viven amto^ Muña y ammo Naum. Bueno, en realidad no es un refugio sino más bien una bodega húmeda y espaciosa situada en el sótano, donde los ratones y las cucarachas juegan con nosotros a las escondidillas. Ayudó a su proliferación el hecho de que en la planta baja del edificio hay una panadería con normas de higiene muy laxas.

Acostumbraba apresurar el paso cada vez que iba a visitar a mi tía y tenía que pasar por la puerta trasera de la panadería. Siempre estaba abierta y trabajaba ahí un horroroso anciano que nunca perdía la oportunidad de abrirse el cierre de los pantalones cuando yo pasaba por ahí sin mi madre. Rápido cerraba los ojos para no ver nada, pero siempre era demasiado tarde. Amasaba el pan con las mismas manos con que se tocaba. En ocasiones especiales mis padres me compraban ahí bizcocho. Y yo me lo comía. Pocas veces podía darme el lujo de un pastelito relleno de crema y cubierto de chocolate y su atractivo era más fuerte que cualquier repugnancia.

Un día finalmente le conté a mi mamá lo que él hacía y enfureció.

—¿Alguna vez te tocó ese cabrón?

—No, mamá, sólo me mostraba su cosa.

Al instante fue a la panadería, irrumpió en la cocina y le dio de bofetadas, puñetazos, patadas. Quería llamar a la policía, pero el dueño de la panadería, que era sobrino del hombre, le suplicó que no lo hiciera. Prometió que lo llevaría a tratamiento y lo mantendría en vigilancia. Nunca más lo volvimos a ver.

Mientras golpeaba al anciano mi madre gritaba “¡¿Qué te parece esto, Ameen?!” No

entendía por qué; él se llamaba Kevork, no Ameen. Pero Ameen ^ es también lo que decimos al final de una oración. ¿Quizá rezaba mientras lo golpeaba?

Unos días antes, unos informantes nos habían advertido de que se esperaba una escalada en el combate entre falangistas y palestinos, específicamente en la zona de Karantina, muy cerca de donde vivíamos, para que nos diera tiempo de preparamos. La bodega, si bien sórdida, es más segura que nuestro departamento en un quinto piso, ubicado en un edificio que da al de mi tía, donde no hay sótano, y más cómodo que las escaleras donde solíamos dormir cuando los choques se acercaban demasiado. Mi madre empacó algunas cosas junto con su bolsita de cuero negra, la que mantenía escondida en mi clóset.

—Nunca le hables a tu padre de ella. Es para ti, por si algo llegara a pasarme.

Yo también empaqué mis propios tesoros: Martine en el zoológico, el último libro que me

17

había traído mi padre, y dos números de la revista Burda, que tomé de la colección de mi mamá.

—¿Para qué necesitas esto? —me preguntó perpleja.

—¡Me encanta ver las fotos!

—Está bien, pero asegúrate de no romper ninguna página. Me gusta conservarlas en buen estado.

A mi madre le gusta conservar todo en buen estado. A veces creo que preferiría que yo fuera una estatua. “¡No pises aquí! ¡No toques eso!” Trapea el piso de la casa cada dos horas. Ve cosas que nadie más ve: pisadas en los azulejos, marcas de dedos en las paredes, polvo abajo del polvo. También mi abuela es así, pero ella me deja tocar y hacer lo que quiera. “Déjala, no pasa nada”, le dice a mi madre cada vez que me lavo las manos y no me las seco enseguida. Mi madre rápidamente venía a secar las gotas de agua que habían escurrido de mis dedos al suelo. Luego me secaba las manos apretándolas tan fuerte que a veces sentía que quería romperlas.

Esta mañana, al despertar y salir del refugio, iba cruzando la calle con mi madre cuando me tropecé con algo y estuve a punto de caerme. Al principio no me di cuenta de lo que era. Luego, cuando me agaché para recoger el libro y las revistas, miré más cerca y me di cuenta de que era

el brazo de un hombre. Un brazo completo, sin el resto del cuerpo. Había sangre seca en el punto donde tendría que haber estado unido al hombro y unos pedacitos de carne habían quedado

1 8

colgando. En la mano faltaba un dedo, el meñique, el dedo para el singuf singuf. Sabía que era un brazo de hombre por el vello.

Enseguida vi el reloj. Curiosamente estaba intacto y se veía nuevecito. Era un Casio plateado con números en lugar de las habituales manecillas para los minutos y las horas como el de mi padre. Se lo había dado uno de sus clientes ricos el año anterior. Estaba muy orgulloso de él. Me enseñó a contar hasta doce y a reconocer los números para poder leer la hora.

Me gustó mucho el reloj, así que me arrodillé y lo tomé. Lo tomé amablemente: di las gracias antes de apretar el paso para alcanzar a mi madre.

—¿De dónde sacaste esto? —me preguntó ella más tarde.

—Me lo encontré.

No quería que me pegara, así que mentí. De todas formas no era una mentira: sí me lo encontré.

¿Está triste el brazo del hombre? ¿Alguien lo recogerá para volverlo a colgar en su hombro?

\* \* \*

Qadar llegó a acostumbrarse a los pleitos entre su madre y su padre. La guerra que presenciaba adentro de la casa era tan salvaje como la de afuera. ¿Quién iba a pensar que un tórrido romance como el suyo (ocho años de noviazgo y de deseo mutuo, según le contó su padre) se convertiría en un auténtico infierno? Se acostumbró, pero poco a poco esos pleitos la fueron pudriendo por dentro, como fruta infestada de gusanos. No soportaba los gritos constantes de su madre y la permanente cara de enojo de su padre, que se echaran mutuamente la culpa, los días o a veces semanas de silencio hostil en la casa usándola a ella de mensajera. Dinero. Casi siempre era por dinero.

—El frío y la pobreza son la causa de todos los males —oyó decir a su abuela una vez.

Al principio Qadar pensaba que todos los matrimonios eran así, pero la primera vez que fue a casa de Nina y vio cuán enamorados seguían sus padres al cabo de trece años de una vida en común quedó impactada. Pronto absorbió el impacto, lo superó y lo racionalizó.

—Deben de ser la excepción que confirma la regla —le dijo a Nina—. El matrimonio mata al amor. Ya sea la rutina mortal, los calcetines sucios en el suelo, las cuentas por pagar, las colegiaturas de los niños o las pequeñas

rencillas que poco a poco van creciendo hasta convertirse en montañas insalvables.

Este escepticismo frente a las relaciones había vuelto a Qadar alguien muy pragmática, mientras que Nina creció para convertirse en una romántica incorregible. El pragmatismo y el romanticismo las destruirían a ambas de manera similar.

Las relaciones no toleraban ningún a priori. Ni optimismo ni pesimismo. Solamente cierras los ojos y das el salto.

—El matrimonio es como una sandía —le decía su madre con amargura —. No sabes si va a estar buena hasta haberla partido y para entonces ya es demasiado tarde.

El matrimonio de sus padres resultó ser una sandía particularmente inmadura. Recuerda vividamente uno de sus primeros pleitos. Tenía seis años. Era un caluroso día de verano y estaban comiendo en casa de su abuela. Bassem, su abuelo, había ido a jugar backgammon a un café cercano, como todos los domingos.

Estaban hablando de Bachir Gemayel, miliciano que se oponía a los sirios. Su madre lo aborrecía tanto como lo admiraba su padre. Los asirios habían sido de los primeros en alistarse en las milicias cristianas y Luqa tenía muchos primos y amigos en las falanges. Estaba por alistarse también pero Qana se oponía terminantemente. Además Luqa odiaba a los sirios en cuerpo y alma. Estaba convencido de que el gobernante sirio, Háfez al- Ásad, estaba usando el pretexto de “intervenir para poner fin a la guerra” sólo para ocupar Líbano. Los oficiales sirios sostenían reiteradamente que Líbano era parte de Siria y que el ejército sirio no necesitaba pedirle permiso a nadie para entrar a Líbano. El sistema educativo sirio les enseñaba a los niños que Líbano era un barrio sirio. Eso indignaba a Luqa.

Lo que empezó como una discusión entre los dos se convirtió en un enfrentamiento con todas las de la ley. Los insultos y las acusaciones atravesaban la mesa como si fueran balas.

—Y de todas formas todos nuestros problemas son culpa de los palestinos. La guerra empezó por ustedes.

—¡No! La guerra empezó porque los libaneses son unos racistas malparidos, egoístas y condescendientes.

“¡Por favor deja de gritar, mamá!”, imploraba Qadar en secreto. Hizo oídos sordos, al igual que su tía Najat. Qayah, que estaba preparando café cuando empezó el pleito y no había puesto mucha atención, hizo todo lo que pudo por tranquilizarlos.

—¡Ya basta, hadjiss\19 ¡Dejen de pelear!

Luego le dijo a Qana:

—Créeme, aghjikes 20 los palestinos no son ningunos santos. Además, cómo se te ocurre a ti pelear por un caudillo... ¿Cómo es que se llamaba?

—Bachir —dijo Qana en tono resentido.

—Sheikh Bachir —acotó Luqa, subrayando el título honorífico del dirigente.

La charola que Qayah llevaba se cayó al suelo y las cuatro tazas de café se hicieron añicos. Najat brincó, sobresaltada. Qana y Luqa dejaron de gritar en ese instante.

La vieja rápidamente los tranquilizó.

—No pasa nada, no se preocupen. Me sentí mareada un momentito. Ha de ser el calor. Kheir, kheir 21

Luego susurró, como para sus adentros:

—Sheikh Bachir, Beshir Kizlar Agha. Todos los Beshir son criminales. Sólo Qadar, que estaba ayudando a su abuela a recoger los pedazos, oyó esa última oración.

\* \* \*

Beirut, martes 11 de abril de 1978

Al principio no vi nada. El sol que invade la cocinita cada tarde era intenso y cegador. Sólo oí a mi madre gritar en cuanto abrió la puerta.

Entonces la vi. Estaba tirada en el piso, con su vestido estampado favorito. La tía Najat estaba arrodillada junto a ella.

¿Por qué estás acostada en el piso, tatiky?

Le encantaba que le dijeran tatiky en vez de teta

No respondió. La tía Najat intentaba sacudirla, pero no se movía. No dijo: “Batchik dour

2i

inzi”, como cada vez que yo llegaba. ¿Estaba enferma?

Había un envase amarillo junto a ella. Deletreé las palabras “veneno para ratas” escritas en negro. Era muy buena para deletrear.

Sabía lo que significaba “rata”. Me chocaban las ratas. Excepto Jerry, estrella de mi caricatura favorita. Jerry era chistoso y malicioso, más astuto que el gato Tom. Lo veía todas las

tardes a las seis y media en nuestra televisión blanco y negro.

De hecho, Jerry era un ratón, no una rata. Mi padre me explicó la diferencia.

—¿Qué significa “veneno”, mamá?

Mi madre no respondió. Volteé y levanté la mirada. Estaba tapándose la cara con las manos. En eso me gritó.

—¡Sal! ¿Sal de aquí en este instante!

¿Yo qué hice? ¿Estaba enferma tatiky por mi culpa?

24

Tante Elham, la vecina de al lado, empezó a golpear la puerta, alarmada.

—¿Están bien?

Mi madre abrió la puerta y me empujó hacia afuera di ciándole:

—¡Que se quede contigo!

Entonces todo se volvió un caos. Desde el departamento de tante Elham oía a otros vecinos farfullar, la sirena de la ambulancia, las indicaciones de los paramédicos. Después todo terminó y todo mundo se fue. Najat y yo nos quedamos esa noche en casa de tante Elham. Mi mamá ni siquiera se despidió de mí.

25

Baba vino más tarde a ver cómo estaba. Dijo:

—Vendremos a recogerte mañana en la tarde. Pórtate bien —y me abrazó fuerte.

Ni él ni tante Elham respondían mis preguntas, pero yo sola entendí todo. Estoy acostumbrada a ver cadáveres.

Adiós, tatiky.

\* \* \*

El infierno tenía una sucursal en Líbano: se llamaba Deir al-Salib (Convento de la Cruz), mejor conocido como el “Asfouriyeh”, es decir, el manicomio.

Primero fue un monasterio, construido alrededor de 1919, convertido en santuario en 1937, convertido en hospital psiquiátrico / infierno en 1951.

Eran principios de agosto del año 1982. Bassem había muerto a los ochenta y ocho años tranquilamente, mientras dormía, y Najat se había vuelto un problema. Qana no podía dejarla sola en la casa. Su problema psicológico había empeorado desde el suicidio de Qayah. Casi no comía y pasaba horas mirando fijamente la pared. Largos años de tomar Veronal y luego Valium la habían destruido poco a poco hasta convertirla en zombi. Un amigo de Luqa le habló a Qana del hospital especializado, ubicado en los suburbios de Beirut:

—Allá cuidan bien a esa gente.

Najat fue aceptada en Deir al-Salib el 18 de agosto de 1982. Ahí descubrió toda una nueva dimensión de la palabra “dolor”: baños de hielo para tranquilizarlos a ella y a los otros pacientes cuando hacían mucho ruido y se agitaban. Sacudidas eléctricas para estimularlos cuando después de los baños de hielo quedaban muy abatidos y apáticos. Un interminable círculo de abuso que en aquellos días se llamaba tratamiento mental acorde a las normas de ese hospital.

Muere, luego resucita. Resucita, luego muere. Una y otra vez hasta que la muerte irreversible se convierte en la mayor esperanza.

Así como las cárceles en Líbano convertían a delincuentes menores o sin antecedentes penales en expertos criminales, Deir al-Salib convertía a la gente con depresión leve o ligeramente ansiosa en gente oficial, clínica, concluyentemente “loca”.

Cuando, poco después de un mes de la admisión, Qadar fue con su madre a ver cómo estaba Najat, la joven de veintiocho años se veía de setenta, y muy probablemente así se sentía. Al principio no podía hablar. Sólo lloraba, abrazando fuerte a Qadar y apretándole la mano a Qana. Lloró treinta y cuatro minutos sin parar. Qadar los contó en su reloj Casio. Su amiga Nina siempre se burlaba de ese reloj y decía que era demasiado masculino, pero Qadar estaba apegada a él. El Casio en su muñeca y el relicario de acero en el cuello eran las dos cosas que nunca se quitaba.

Como la monja que había llevado a Najat a la sala de visitas salió unos momentos para contestar una llamada telefónica, su tía les susurró:

—Por favor, sáquenme de aquí. Dakhil ijraykon!26 Ahora tenía pelos negros en la barbilla de toda la cortisona que le estaban dando. Hasta la voz le había cambiado ese mes: se había vuelto profunda y ronca, como si estuviera levantándose de una tumba. La tumba en la que se había convertido su alma.

Qadar nunca olvidaría esa voz mientras viviera.

Tener que escuchar a Qana explicarle a su hermana por qué tenía que quedarse ahí fue insoportable. ¿Cómo podía su madre ser tan insensible? Prácticamente le dijo a Najat que ya no había sitio para ella “allá afuera”. Mientras se despedían de ella y prometían volver pronto, Qadar decidió que

ella no volvería a ir. No podía. La perseguían los gritos que había oído y los cuerpos convulsionándose que vio fugazmente en ese horrible lugar.

Un día, muchos años después, se arrepintió vividamente de su debilidad y egoísmo. La vergüenza de no haber visitado a Najat se convirtió en algo más difícil de soportar que oír los llantos y ver las convulsiones. Peor que los ojos vacíos que una vez había visto allí.

¿Estaban vacíos esos ojos, o habían sido “vaciados”? Qadar a menundo soñaba que las monjas y las enfermeras usaban cucharas para sacarles a los pacientes la vida por las cuencas oculares.

Cuando salieron del hospital miró el rostro de su madre: estaba imperturbable. Como si no sintiera nada. Amor, compasión ni culpa. “¿Está hecho de piedra su corazón? Es más, ¿tiene corazón?”

—¿Cuándo saldrá de aquí?

—No lo sé.

—¿No puede venir a vivir con nosotros?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no. Deja de hacer tantas preguntas.

De esa manera abrupta terminaba su madre cualquier conversación con ella. Qadar estaba acostumbrada.

—¿Por qué tatiky se suicidó? ¿Por qué duermes en mi cama y no con baba? ¿Por qué no puedo tener un hermano?

—Deja de hacer tantas preguntas.

Desde que cumplió cuatro años, Qadar empezó a pedirles a sus padres un hermanito. Concretamente un niño varón, aunque también con una hermana se habría conformado. Su padre sonreía y decía “inshallah” 27 Su madre no hacía caso de su súplica. Siempre era lo mismo, hasta que un buen día Qadar dejó de pedirlo.

El taxista que los llevó a su casa de regreso de Deir al-Salib les dijo que había habido una explosión en las oficinas centrales del Partido de las Lalanges en Achrafieh y que se rumoraba que Sheikh Bashir Gemayel podía haber muerto.

Más tarde, por la noche, se confirmó el rumor cuando se encontró el cadáver bajo los escombros.

\* \* \*

Beirut, martes 14 de septiembre de 1982

“Esa gente.”

¿Quiénes son?

Les dicen lunáticos, chiflados, chalados, dementes, trastornados, locos, maniacos, bipolares, psicóticos, perturbados...

Los no aptos para Su Majestad la Sociedad.

A los que deberíamos ignorar, olvidar, evitar, repudiar, compadecer, rehuir, excluir, apartar. A pesar de que casi siempre nosotros mismos somos uno de ellos.

Más bien porque somos uno de ellos.

“Esa gente”, decimos para mantenerlos en una dimensión aparte. Estamos “nosotros” aquí y “esa gente” allá. Nos convencemos de que estamos a salvo.

“Esa gente”, decimos, tal como decimos “esa enfermedad” para hablar del cáncer. “Ma’a min 28

haydek el marad. No lo nombramos por miedo de que pueda oímos, percatarse de nuestra existencia y venir a buscamos.

Pero lo cierto es que todos somos enfermos mentales. Todos estamos manchados. Desequilibrados, confundidos y hechos un desastre. Nosotros los siete mil millones. En diferente grado.

Uno no puede ser un ser humano viviente sin haber adquirido alguna forma de desorden mental para contrarrestar la brutalidad de este mundo. Para poder justificarla o al menos tolerarla.

Podría ser un desorden evidente, como la esquizofrenia, o uno bien disimulado, como la fe religiosa, la máxima psicosis colectiva.

El desorden es la Cura, no la Enfermedad.

La Cura para la Vida.

\* \* \*

Era sábado y le encantaban los sábados. Era su cumpleaños y le chocaban sus cumpleaños. Su madre había hecho un pastel con forma de anillo. Esa tarde le había puesto trece velitas. Qadar las soplaría y todo habría terminado. La famosa celebración anual del día que nació. Lo único que Qadar esperaba era el nuevo paquete de libros que su padre seguramente le llevaría de regalo más tarde. Le había pedido específicamente uno escrito por su diseñadora favorita, Sonia Rykiel, llamado Et je la voudrais nue (Y yo la quisiera desnuda). Esperaba que su padre conservador no prestara atención al polémico título y la sorprendiera con él esa noche. También esperaba que lo consiguiera: se había publicado en 1979, más de cuatro años atrás.

De Rykiel le gustaba todo: su alborotada melena roja, evidentemente, pero también y sobre todo sus diseños revolucionarios, sus cortes liberadores y su estilo andrógino. La madre de Qadar, Qana, seguía elogiando a Coco Chanel. Claro, Chanel era excepcional, pionera y precursora en muchos niveles, pero era demasiado clásica para el gusto radical de Qadar. Así, cuando leyó un artículo sobre Sonia Rykiel en un número de Elle que le tomó prestado a la madre de Nina sintió que había encontrado a su modelo de conducta. Además, la boutique de Rykiel en París, fotografiada en el mismo número de la revista, tenía una peculiaridad que deslumbró a Qadar: en sus vitrinas, la diseñadora exhibía libros, no nada más ropa. De algún modo había fusionado ambos mundos, y funcionaba. Qadar, que siempre se había debatido entre sus dos intereses, literatura y moda, por fin se sintió tranquila: no tenía que abandonar una por la otra.

Había caído la tarde y Qadar estaba inmersa en una de sus novelas cuando Qana dijo:

—Tengo que ir a un lugar y necesito que me acompañes.

—Oor gertangkor?29

Le hablaba a su madre en armenio. Desde la muerte de su abuela, cinco años atrás, había decidido aprender su lengua. Ya la entendía bastante bien, por haber crecido en una comunidad principalmente armenia. Le tomó sólo seis meses, poco más o menos, hablarlo con soltura.

—Al doctor.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Deja de hacer tantas preguntas. Hakvir.30

De niña Qadar siempre se sintió más cercana a su padre que a su madre. A pesar de que tenía cosas en común con ambos (compartía el amor a la moda con Qana y el amor a los libros con Luqa), su complicidad con su madre se había perdido. En primer lugar, en sus pleitos se veía obligada a tomar partido, así fuera en secreto. Elegir un bando puede evitar que los hijos de matrimonios fracasados se sientan completamente escindidos. Se cría a los niños para que perciban la vida en marcadas dicotomías: correcto y equivocado, negro y blanco. No están preparados para manejar las zonas grises de las relaciones y entender que a veces “nadie está equivocado” o

“los dos están equivocados”. Tiene que haber una víctima y un verdugo. Después, claro está, mucho después, adquieren las herramientas para asimilar lo que pasó y tienen que lidiar con la culpa de haber apoyado a una víctima, o a un verdugo, por encima del otro. Para Qadar era más fácil ponerse del lado de Luqa porque su culpa en los pleitos era menos evidente. Su madre era una gritona, mientras que su padre era un provocador silencioso, taimado.

Tiempo después aprendió que los gritones son los más débiles en la jerarquía de las agresiones.

En segundo lugar, su padre era más bien relajado, mientras que su madre era avasalladora y dominante. “Harás esto, serás aquello.” Qadar a menudo sentía ser la venganza de Qana contra algo, contra alguien. Y si bien ella también era, por naturaleza, bastante dinámica y resuelta, el peso de las presiones y expectativas de Qana a veces era insoportable. O más bien demasiado exasperante. Qadar quería tener sus propias ambiciones, no que estas fueran un reflejo de las abortadas por su madre.

Además Qana era violenta y volátil y sufría de crisis nerviosas y le costaba controlarse, sobre todo después del suicidio de su madre y el intemamiento de Najat. Qadar sabía que azotar a los hijos era un estilo de crianza común (a muchas de sus amigas les daban con el cinturón cuando estropeaban algo), pero ella era una hija obediente y respetuosa. Por lo general era reservada y casi nunca causaba problemas. De todas formas, Qana la golpeaba por las razones más tontas. A veces hasta la despertaba de una bofetada a medianoche si daba vueltas en la cama que compartían. A Qadar le costaba trabajo perdonarla. Tenía un espíritu rebelde y su madre era la única que la fracturaba. Reiteradamente.

Mientras caminaba con Qana, los pensamientos de Qadar se dirigieron a la novela que esa mañana había estado leyendo, o más bien releyendo. Era Mujercitas, de Louisa May Alcott, una de sus incuestionables favoritas, y probablemente era la centésima vez que la leía. Adoraba sobre todo al personaje de Jo, que era rebelde y le encantaba la literatura. Leer libros y hacer bosquejos de sus vestidos eran la medicina de Qadar, y sumergirse en Mujercitas siempre la hacía sentirse considerablemente mejor. Su padre

solía decirle: “La escuela es fundamental, pero los libros son los verdaderos maestros”.

Su padre era sobre todo autodidacta e intelectualmente mucho más maduro de lo que su título indicaba. Asistió a la escuela pública de manera irregular, pero su verdadero conocimiento provenía de un primo de su padre, que resultó ser excelente tutor. No sólo le enseñó a leer, escribir y calcular tanto en asirio como en árabe, sino que le dio poemas para aprenderse de memoria e ideas filosóficas para detenerse a pensar en ellas. El primo era un viejo y excéntrico sacerdote retirado que nunca salía de su casa sin sombrero y bastón. Pasaba las mañanas pintando y las tardes dando paseos con la mano izquierda tras la espalda, moviendo constantemente los dedos entre las cuentas de su masbaha.31

Desde que Luqa cumplió siete años visitó a Aboona32 Gewargis dos veces por semana a primeras horas de la tarde y tomaba clases de todo: historia, geografía, literatura, filosofía, ciencias... En menos de cinco años, Luqa acumuló más conocimiento que un estudiante de secundaria para los estándares de aquellos días. Tres años después obtuvo su título de secundaria y continuó su educación en los libros, mientras ayudaba a su padre enfermo a dirigir la lavandería que tenía en Bourj Hammoud.

“Hosseh” 33 la voz de Qana, inusualmente baja, asustó a Qadar. Habían llegado a su destino. Subieron al primer piso de un edificio decadente de dos plantas. Por todos los rincones de las escaleras goteaba agua apestosa y había cucarachas por doquier. La puerta principal de la clínica estaba abierta. Entraron a un cuarto desaseado con sillas beige de plástico y una perturbadora luz neón. No había nadie ahí, ni siquiera una secretaria. El macabro pasillo llevaba a otro cuarto con la puerta cerrada. “Espérame aquí. Terminaré aproximadamente en una hora.”

Qana tocó la puerta. Alguien abrió. Qadar oyó la voz de un hombre pero desde el ángulo donde estaba sentada no alcanzaba a verlo. Su madre entró y la puerta rápidamente se cerró tras ella. Siguieron cinco o diez minutos de silencio. Luego empezaron los gritos.

Horrorosos. Temibles. Espeluznantes.

Como gritaría, si pudiera, un venado al que un león estuviera devorando.

Como rugiría la muerte si alguna vez se anunciara.

Qadar se levantó, corrió hacia la puerta y la abrió apurada. Vio lo que ninguna criatura de trece años debería ver jamás. Qana estaba desnuda de la cintura para abajo con las piernas abiertas. El hombre, que parecía más carnicero que médico, quizá por las manchas de sangre en la bata blanca, estaba doblado entre sus muslos y meneando una especie de aguja gigante en sus entrañas. La sangre escurría a una cubeta de plástico verde oscuro.

—¡Sal! ¡Sal en este instante! —su madre siguió gritando desesperada incluso después de que hubiera salido.

Sabía muy bien lo que estaba pasando. Lo había estudiado en la clase de biología. “Podría haber tenido al hermano que siempre deseé. Esto nunca se lo perdonaré. ¡Nunca!”

Ya había demasiado que perdonar.

En el camino de vuelta a casa, sin apenas poder caminar y recargándose en su hija, Qana volteó hacia Qadar y le dijo en un tono seco:

—No le cuentes esto a tu padre.

\* \* \*

Beirut, sábado 24 de septiembre de 1983

“No quiero un pastel de cumpleaños, madre. Sólo quiero que me dejes de pegar.”

¿Alguna vez se lo diré en voz alta? Sabe perfectamente cómo chantajearme.

“Por ti toleré lo intolerable.”

Cada vez que dice eso quiero gritarle en la cara: “¡Ojalá no lo hubieras hecho! ¡Por hacerlo me arruinaste la vida! ”.

Es en esos momentos cuando siento que tengo todo el derecho de odiarla.

Pero entonces pasa muchas noches seguidas sin dormir doblada en su máquina de coser Mercedes para hacer una copia exacta del vestido que no pudo comprarme o el que yo misma dibujé. Y me siento una mierda cuando lo uso: siempre se siente como usar un ataúd. Un ataúd en el que yace mi autoestima, asesinada por mi culpa o más bien por mi chantajeada conciencia.

La palabra “sacrificio” puede ser una herramienta de terrorismo psicológico, una de las peores prácticas para dañar y autodañarse que existen.

No recuerdo qué me hizo merecer los golpes de ayer. Tengo los ojos hinchados de tanto llorar. La gente en la calle se me quedaba viendo.

Ah, ¡sí! Me cayó jugo de cereza en el uniforme.

Una vez leí sobre una especie de monos pequeños llamados tamarinos bigotudos que se encuentran sobre todo en Brasil. Al parecer, a las madres de esta especie se les conoce por sus tendencias infanticidas. Les dan manotazos despiadados a sus bebés o los tiran al suelo desde árboles altos.

“Deja de pegarme. Deja de pegarme.”

Y hoy, esto. Este crimen infame.

¿Era yo la herramienta de su venganza contra mi padre? No deja de decir que la ha decepcionado. ¿Defraudar a alguien no es una forma de traición?

Por eso es malo tener grandes expectativas en un matrimonio. El matrimonio es la guillotina de los sueños. Mejor desencantarse de antemano.

También he leído Medea de Eurípides, la obra sobre la princesa griega que mata a sus hijos sólo para volver con su esposo. Mi maestra francesa no me creyó cuando le dije que la había leído.

—No es para gente de tu edad. ¿Le entendiste?

¡Por supuesto que le entendí! ¡ Soy la hija de Medea, Mademoiselle Alice!

\* \* \*

Él le tocó la barbilla con suavidad y ella automáticamente abrió la boca.

—¿Me va a doler?

Él sonrió. Ella sabía que sonaba como niña chiquita pero les tenía terror a los dentistas.

A los dentistas, a los ginecólogos y a las cucarachas.

—Sólo recuéstate y relájate. Te prometo que no sentirás nada.

Fueron las primeras palabras que le dijo en la vida. Su acento sirio la golpeó como una bomba. No combinaba con sus rasgos delicados, había una disonancia flagrante. Aunque con el tiempo había aprendido a no generalizar sobre los sirios como hacía su padre, seguía costándole trabajo perdonar a su régimen dictatorial por lo que le hizo a su país. Ellos y otros, claro está.

“Bueno, también nosotros tenemos buena parte de la responsabilidad — pensó—. Muy probablemente la más grande.” Se esforzaba mucho en ser justa. La guerra civil (muy incivil) libanesa había terminado oficialmente dos meses antes, en octubre de 1990. Su reticencia de todas formas no duró mucho. Tenía una voz cálida, hipnotizante, que compensaba el desagradable acento que le traía desagradables recuerdos de la guerra.

Fouad Yaziji era un hombre tranquilo, sereno y paciente, completamente su opuesto. Era la persona menos conversadora que hubiera conocido, y también era predecible y fiable. Si había un antídoto a su agobiante temeridad, él lo era. Se sentía segura con él. Demasiado segura. Poco después empezaron a salir. Al principio clandestinamente, porque ella tenía

pavor de presentárselo a su padre. Fouad habló de matrimonio con ella apenas seis semanas después de su primer encuentro o, mejor dicho, de su primera consulta en la clínica donde él trabajaba. Era de hecho una clínica bastante cara y ella agradecía que sus padres hubieran logrado mandarla ahí a pesar de su difícil situación financiera.

—¿Y si nos casamos?

Soltó abruptamente la pregunta mientras le arreglaba la muela del juicio. “Vaya propuesta”, pensó ella, un poco frustrada. Pero ya no tenía ningún reparo en que él nunca se pusiera romántico, e incluso lo apreciaba por ser tan práctico. Estaba ansiosa por irse de la casa parental, así que inmediatamente dijo que sí. En realidad no pronunció la palabra. No podía, con la boca abierta y la lengua completamente dormida por la fuerte anestesia. Apretó un poquito los ojos y eso fue todo.

Qadar no estaba enamorada de Fouad, pero le gustaba su compañía o, mejor dicho, el efecto que su compañía tenía sobre ella: la tranquilizaba.

—Es el Panadol de mi fiebre —le dijo a Nina cuando le contó de la no propuesta. A su amiga no le convencía la indiferente descripción.

—¡Deberías casarte con alguien a quien ames!

—Sí, en efecto, eso debería, porque a mis padres les funcionó muy bien, ¿verdad? —respondió con sarcasmo—. Gracias, Nina, pero no. El amor es para aquellos a quienes les falta imaginación... o tienen demasiada.

—Terminarás odiándolo por las mismas razones por las que ahora te gusta.

“Ya sé qué hay en esta sandía —pensó Qadar—. Sin grandes expectativas no hay peligro.”

Además Fouad tenía una situación acomodada y eso era una ventaja fundamental. La lavandería de su padre se estaba recuperando poco a poco, pero Luqa pasaba la mayor parte del tiempo leyendo o jugando cartas con sus amigos en la trastienda. Se había vuelto adicto al tarneeb,34 como si Qana y él necesitaran otro motivo para pelearse. La atmósfera de la casa era más sofocante que nunca.

En cuanto Qadar entendió lo que significaba la palabra divorciarse empezó a desear secretamente que sus padres lo hicieran. ¿Saben las parejas que se pelean cuánto daño les hacen a sus hijos? ¿Saben lo egoístas que son

al seguir juntos, usando a sus hijas e hijos como pretexto? ¿Se dan cuenta de que “hasta que la muerte los separe” puede convertirse en un deseo de muerte en las almas de sus hijos? Al diablo con las sociedades hipócritas que prefieren un falso estatus que una separación sana y cuidada, y al diablo con las madres y padres cobardes que se someten a esas normas sociales y religiosas.

La vida es demasiado corta para las convenciones.

El 28 de abril de 1991, apenas cuatro meses después de haberse conocido, Qadar y Fouad ya se habían casado. Al principio los padres de ella se opusieron, sobre todo su padre. Las objeciones de su madre desaparecieron cuando supo de la holgura financiera de Fouad. “Es todo lo que le interesa —pensó Qadar—. Massari, massari,”35 Estaba obsesionada con el dinero.

—¡Eres demasiado joven para casarte! ¿Y qué sabes de este tipo? ¡Prácticamente acaban de conocerse!

Luqa estaba que echaba chispas. Ella, de todas formas, se resistió e insistió hasta que él cedió. Conocía perfectamente la verdadera razón por la que no quería que “este tipo” en particular fuera su esposo: la misma razón por la que ella era reacia a presentarlos. Fouad era originalmente de Alepo, pero sus padres se mudaron a Latakia36 antes de que él naciera. Cuando terminó la preparatoria decidieron enviarlo a la prestigiosa Universidad Americana de Beirut, a pesar de la inestable situación de Líbano. Su escuela de odontología37 era una de las mejores de Medio Oriente y su adinerada familia podía pagarla sin problemas. También tenían buenas relaciones con muchas familias políticas del país, y más de un za ’z'm38 influyente había ofrecido velar por él.

Fouad se graduó en junio de 1989 y decidió seguir viviendo en Beirut a pesar del creciente miedo de sus padres por su seguridad y sus constantes súplicas de que volviera. Apenas unos meses antes, Michel Aoun, comandante de las Fuerzas Armadas Libanesas, había lanzado una “guerra de liberación” contra los sirios y sus milicias libanesas aliadas, y la capital estaba más explosiva que nunca. Su padre amenazó con dejar de enviarle dinero pero él no se rindió. Uno de sus profesores ya lo había contratado para su destacada clínica dental en Achrafieh. Dejó la residencia de

estudiantes de la uab y rentó un departamentito cerca de la clínica. Se había vuelto adicto a Beirut.

El singular magnetismo de Beirut era también su maldición: era la cocaína de muchísimos árabes. Nunca era suficiente, pero también le tenían un resentimiento inconsciente por la manera como los subyugaba y por ser el único sitio colorido en una zona básicamente gris. Si bien públicamente lamentaban su destrucción, muchos dirigentes árabes se frotaban las manos en secreto al sentirse vengados.

Casi siempre envidiamos a quienes amamos demasiado. Los enamorados son pájaros voluntariamente enjaulados, y como tales son los más trágicos y amargados de los prisioneros. No están cautivos porque alguien los haya encerrado: ellos entraron deliberadamente a esa brillante jaula, con una sonrisota, pensando que era un parque de diversiones. Y a menudo se quedan ahí hasta mucho después de que el carrusel ha dejado de dar vueltas.

El matrimonio tuvo lugar en la iglesia Ortodoxa Griega de Mar Nkoula39 en Achrafieh. Fue una ceremonia muy sencilla, a la que sólo asistió la gente indispensable: los padres de la novia y el novio; Nina, que además era dama de honor de Qadar; Fadi, amigo de la infancia de Fouad que viajó de Latakia para la ocasión; algunos familiares cercanos, y otros pocos invitados selectos.

El día de su boda, a Qadar le faltaban dos meses para graduarse de diseño en la Academia Libanesa de Bellas Artes. En aquel entonces en Líbano no había escuelas de diseño de modas propiamente dichas y el programa de diseño de la alba parecía lo más cercano, y lo más provechoso, para su campo de interés. La academia estaba muy por encima de los ingresos de los padres de Qadar, pero su tía Muña era cocinera en casa del decano y le caía bien a su esposa. Cuando vio sus bocetos progresistas y sus excelentes calificaciones, el decano aceptó ofrecerle a Qadar una beca, con la condición de que hiciera algunos trabajitos administrativos cada día después de clases hasta que se graduara.

Antes Fouad le había sugerido que se mudaran a Latakia inmediatamente después de su graduación y ella aceptó. Él había resuelto las diferencias con su padre y ya no estaba contento en Líbano. El odio a los

sirios estaba agudizándose más que nunca, especialmente después de la derrota de Aoun por Siria y su exilio forzado el 13 de octubre del año anterior. Fouad podía sentir el rencor en los más simples detalles cotidianos. Un ceño fruncido por aquí, una poco sutil mirada de desprecio por allá. Además su tío, que también era dentista, había abierto una clínica en Latakia y había estado insistiéndole a Fouad que le ayudara a administrarla. A Qadar, por el otro lado, no le importaba estar lo más lejos posible de su madre. Había oído que Latakia era una ciudad costera encantadora. Sólo impuso dos condiciones: que vivieran en una casa en la playa y que ella pudiera buscar un empleo allá.

—No necesitas trabajar.

—Me conoces. Para mí es una pasión, no nada más trabajo.

—Mashi.40

Fouad detestaba discutir; era otra de las razones por las que Qadar había aceptado con tal entusiasmo casarse con él. Si algo no podía resolverlo pacíficamente, lo despachaba asintiendo. Para ella era muy conveniente. No sospechaba que un buen día el polvo debajo de esas alfombras indulgentes se volvería demasiado espeso para ignorarlo.

Se mudaron a Latakia el Io de julio de 1991 a una casa en la playa, tal como ella quería. Menos de un mes después, Qadar ya estaba trabajando como asistente de diseño con un renombrado estilista sirio. Estaba decidida a empezar su propia línea y a abrir su propia boutique cuando hubiera acumulado suficiente experiencia.

Una boutique donde vendería libros además de ropa, evidentemente.

\* \* \*

Latakia, viernes 6 de septiembre de 1991

—Sólo recuéstate y relájate. Te prometo que no sentirás nada.

La primera oración que me dijo en la vida bien podría ser la síntesis de nuestra vida sexual.

Llevamos más de cuatro meses casados... y todavía nada. No siento nada con él.

De hecho no siento nada por él.

Nina tenía toda la razón. Su aplomo inquebrantable me crispa los nervios.

Lo miro y veo a un hombre intachable. Un hombre al que no se le nota ninguna debilidad,

vulnerabilidad o susceptibilidad.

Miro nuestra vida y veo una vida intachable. Una vida sin preocupaciones, riesgos o incertidumbre.

Pero ¿qué es un hombre al que no se le nota ninguna debilidad?

Sólo un actor.

¿Y qué es una vida sin incertidumbre?

Sólo un escenario. Un tedioso escenario previsible.

Me siento como si me hubieran arrastrado adentro de una película, una que ni siquiera me gusta, y debo sonreír, decir mi parlamento y hacer como si todo estuviera perfecto.

Si por lo menos él fuera más considerado y estuviera más disponible física y emocionalmente... Me hace el amor como si siguiera las instrucciones precisas de algún manual. Luego me da la espalda y se duerme. Ni una sola vez me ha preguntado si lo disfruté, como si fuera evidente que sí. ¿Es egoísmo o negación?

“Le lit est tout le mariage” (“La cama es todo el matrimonio”). Balzac era un genio.

La regla se me ha retrasado mucho. ¿Podré estar embarazada?

¿No debería haber alguna clase de impedimento físico para que una mujer se embarace sin haber tenido un solo orgasmo?

Los dioses, si es que existen, son hombres sexistas.

\* \* \*

Qadar abrió las persianas azules de madera y todos los sonidos y olores de la playa le llegaron al momento. Intensos, seductores y húmedos. Era una tibia mañana de marzo y había una pareja paseando descalza por la orilla del mar con los jeans doblados. De vez en cuando se detenían, se agachaban y dibujaban algo en la arena con los dedos: muy probablemente un corazón, pero las olas arrasaban con él cada vez. Lo que el sol da, el agua lo quita. Qadar siguió sus siluetas hasta que desaparecieron y dejó de oír sus risitas.

Había soñado con esa casa mucho tiempo. Una casa en la costa. De niña les decía a sus amigas: “Un día tendré una casa blanca con ventanas que parezcan cielos infinitos aunque estén cerradas”.

Así es: Qadar había soñado largamente con esa casa. Bueno, no esa casa específicamente, sino una casa, casi cualquier casa, en la playa. Llegar a vivir en una en Latakia, Siria, no era exactamente la manera como había imaginado que su fantasía terminaría por cumplirse. Creció en un hogar cristiano en una Beirut devastada por la guerra, y una niña cristiana que creciera en una Beirut devastada por la guerra normalmente no soñaría con una casa en la playa en Siria, es decir, el “Enemigo”. Ni siquiera soñaba con una en Rawcheh, en la costa oeste, principalmente musulmana, de la capital

(Bayrut El Gharbiyeh, como Qana, su madre, aún insistía en llamarla). Más bien deseaba poder vivir algún día en Jounieh, Jbeil o incluso Amchit, ciudades costeras libanesas predominantemente cristianas.

No fue hasta los veinte años cuando Qadar fue por primera vez a Bayrut El Gharbiyeh. Antes de eso sólo era una foto en una postal o un sitio vago del que su padre a veces hablaba, cuando lo golpeaba la nostalgia. También le hablaba del Cinema Capítol,41 Souk al-Tawileh42 y otros sitios misteriosos con nombres abstractos con los que ella no podía identificarse. Cada vez que Luqa rememoraba el pasado ella se sentía extranjera. Su Beirut no era la de él. La de ella era una ciudad de terror, destrucción y violencia; la de él, una ciudad de libertad, emoción y progresismo. Había una brecha, un filo bien definido entre los dos, sin conexión, sin continuidad. Para el caso, ella bien podía ser de otro país, con una capital totalmente distinta. Cada vez que oía la expresión “París del Medio Oriente”, que es como se conocía a Beirut, le daban ganas de vomitar. A veces envidiaba a sus padres, porque en sus mentes las remembranzas de los días anteriores a la guerra podían aliviar el horror de la posguerra. Siempre podían esperar que llegara el pasado, sobre todo su padre, pero ella no tenía ese consuelo. Con todo, le gustaba esa ruptura entre la concepción que ellos tenían de la ciudad y la que tenía ella. Iba bien con su tendencia exploratoria. “Es una suerte que los recuerdos no puedan exportarse de una generación a la otra”, pensaba con cinismo.

Lo que menos se imaginaba era que los recuerdos, sobre todo los ardientes, se codifican en nuestros genes.

Su amiga Nina, con la que catorce años seguidos fue a una escuela católica dirigida por monjas, solía reírse de ella cada vez que hablaban de sus deseos y planes futuros, sentadas en alguna de las mesas de plástico blanco de la cafetería: “¿Una casa en la playa? ¿Qué clase de sueño es ése? El pelo se te va a poner todo crespo por la horrible humedad”. Pero a Qadar no le importaban ni la horrible humedad ni el pelo crespo: tan sólo tenía la absoluta necesidad de estar cerca del mar. Era una promesa que de niña se había hecho a sí misma, en el balcón del modesto departamento en el que creció, en una de las zonas más pobres de Beirut. Un balcón con vista a

nada más que otros edificios deteriorados picados por las balas y mordidos por los misiles.

Fruncía el ceño cada vez que recordaba su infancia, sobre todo los años de escuela con las monjas. Qadar abrigaba un serio desprecio por las llamadas esposas de Jesús. Los años que pasó entre ellas le hicieron descubrir su duplicidad, su avaricia y su crueldad. Había algunas monjas buenas y compasivas, claro está, pero ésas eran de edición limitada. “¡Esposas de Jesús mon oeil!43 Dios necesita urgentemente un consejero matrimonial”, le decía sarcásticamente a una horrorizada Nina. Su amiga era una devota maronita y la menor irreverencia hacia un símbolo o figura religiosa la espantaba. “Las llamas del infierno”, un perturbador efecto especial del catolicismo, la intimidaban.

—¡Por favor, Nina! Dios tiene cierto sentido del humor, digo yo. ¿Ya viste la nariz de soeur44 Constance?

Qadar echó un último vistazo al Mar Mediterráneo, aspiró su belleza caótica y cerró las persianas pensando: “Esta casa es probablemente lo único que sinceramente me gusta de mi matrimonio”.

“¡Cállate, Qadar! Es un buen hombre y tú eres una escuincla malagradecida!”

Solía tener largas conversaciones consigo misma. Cuando volvió a acostarse, a esperar a que Fouad entrara con la taza de café que acostumbraba llevarle todas las mañanas a la cama, sintió las fuertes patadas del bebé.

—¿Así que ya estás despierto, mi geniecito? —susurró sonriendo. Acarició su barriga y dijo—: Sé que estás impaciente por salir de esta lámpara maravillosa. Un mes más, mi amor, un mes más.

¿Va a ser buena madre? Algo sabía con toda seguridad: jamás le pondría la mano encima a un hijo suyo...

En ese mismo instante entró Fouad. No llevaba ninguna taza de café y estaba inusitadamente colorado.

—La semana entrante nos mudamos a Alepo. Debbi kalakishik45 — dijo, e inmediatamente salió del cuarto sin siquiera verla a los ojos.

Ella pensó: “Lo sabe”.

Era una tibia mañana de domingo en marzo de 1992 cuando Qadar empezó a pagar el precio. El precio de ser una pragmática para las relaciones.

\* \* \*

LatakiaJueves 19 de marzo de 1992

—¿Por lo menos es mío?

Las primeras palabras que me dirige en cuatro días. Acababa de terminar de empacar y de doblar toda la ropa nueva que había cosido para el bebé. Estaba sentada de mi lado de la cama, frotándome la barriga con aceite de oliva. La pregunta seguramente lo consumía desde que se enteró.

—Sí.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque empezó cuando ya sabíamos que yo estaba embarazada.

—TfouAleki

Lo dijo con toda calma, sin levantar la voz, y sin embargo hirió mucho más que un grito, que una bofetada. Yo también me doy asco, pero aquí me he sentido muy sola. Nunca me había sentido tan sola como con él.

Hay gente cuya compañía afda el cuchillo de la soledad.

¡Deja de justificarte, Qadar! Es un buen hombre y tú eres una escuincla malagradecida.

Ya sé que es un buen hombre, lo sé. ¿Pero es suficiente un hombre bueno? ¿Debería serlo?

Si sí, ¿cómo es que tantas buenas mujeres en el mundo nunca son suficientes? ¿Por qué las infidelidades de los hombres son socialmente más aceptables? A menudo se les llama “indiscreciones”, mientras que las de las mujeres llevan el nombre de “traición”.

Por lo visto hay un gen responsable de eso y más hombres que mujeres lo tienen. Apuesto a que la persona que ideó el estudio que lleva a esas conclusiones era un hombre. Un hombre “indiscreto”.

¿Qué define la infidelidad? ¿Y qué importa más, la fidelidad a uno mismo o al otro?

Tantas preguntas con respuestas contradictorias...

Era amigo de Fouad y había sido su padrino en la boda. ¡Vaya cliché! ¿Cómo pudiste?

Pídele que te perdone, Qadar.

¿Hay algo que perdonar? Y de ser así, ¿quisiera que me perdonara?

¿Me arrepiento de haberlo hecho? No. ¿Me siento inmoral? Sí, pero sólo por una cosa: las mentiras. Las mentiras que a menudo vienen cuando una sigue sus impulsos y no sus razonamientos.

Su voz tranquila, otra vez.

—¿Estás enamorada de él?

—No.

47

—Leshlakan, Qadar?

Sí, ¿por qué? Fadi ni siquiera me caía bien. Fuera de la cama era demasiado egocéntrico. Pero también, Fouad era demasiado egocéntrico en ella. Llenaban a la perfección las carencias del otro, pero ninguno llenaba el verdadero vacío en mí.

Camas. 2 por 2 metros de cielo e infierno, donde tantas promesas se hacen y se rompen. Un océano embravecido de arribas y abajos, síes y noes. Fouad era el iceberg de nuestra cama y yo su Titanio. ¿Cuál de los dos hundió al otro?

¿Por qué, Qadar?

No digas que por las relaciones sexuales. Las relaciones sexuales sólo son una manera de ocultar esa búsqueda desesperada de unidad, ese anhelo de olvidar nuestra intrínseca soledad.

Si Fouad fuera un amante considerado, ¿de todas formas lo habría engañado?

Dilo, Qadar, dilo. A que no te atreves.

Sí.

No.

Sí.

Fue la emoción más que el acto mismo. Esa energía embriagadora que hace la vida menos intolerable.

Es culpa de mi madre. Le encantaba amargar a mi padre. Y yo salí igual que ella.

Deja de culpar a tu madre por tus defectos. Ella tiene los suyos y tú tienes los tuyos. Ya no eres una niña.

Crece, Qadar.

¿Tengo que hacerlo?

La respuesta está en tus entrañas.

¿Toda la gente engaña? Existen estadísticas, pero no confio en ellas. ¿Es posible la monogamia? Me refiero a una monogamia voluntaria, no la artificial y forzada del tipo “No puedo hacerle esto”.

El sentimiento de que una persona es completamente suficiente sin necesidad de esfuerzo alguno. Debe de ser mágico, intoxicante. ¿Alguna vez tendré eso?

Leo que los fetos reciben una enorme influencia de las experiencias de sus madres durante la gestación. ¿Significa eso que puedo dar a luz a una adúltera natural? Por suerte es un niño. La vida es más fácil para los hombres infieles en nuestra parte del mundo.

Al diablo nuestra parte del mundo. Hipócrita, criminal, cobarde, injusta.

Fouad ha decidido ponerle Boulos, como su propio padre. Empezó a decirle Boulos ahí en el consultorio del ginecólogo, en cuanto el ultrasonido reveló el sexo del bebé. Estaba henchido de orgullo.

Él sabía que yo deseaba una niña. Para consolarme, dijo que nuestra primera hija llevaría el nombre de mi madre.

—¡Tiene un nombre tan bonito! Algún día visitaremos a Qana juntos. También visitaremos la Tierra Santa, cuando hayamos echado a los israelíes.

Qué poquito me conocía. Qué poquito le había permitido conocerme.

—Prefiero ponerle Qayah, como mi abuela.

Hizo una mueca. No quería que su hija tuviera un nombre no árabe.

—¿Y qué tal Qamar? —dijo—. ¿No me dijiste una vez que es lo mismo? ¿Que así es como registraron a tu abuela en su tarjeta de identidad libanesa? ¡Además rima con Qadar!

Todo es lo mismo, Fouad, y nada lo es.

¿Algún día habrá una Qamar después de esto?

\* \* \*

—¿Qué nombre dijo, nineh48 Elmas?

Amal, socia de Qadar en la boutique que recientemente había fundado en Alepo, y su única amiga en la ciudad, la invitó ese día a la celebración del centésimo cumpleaños de su abuela paterna. La anciana era todo un personaje. Qadar ya la conocía, de una visita anterior a casa de Amal. Era turca de Adana y se había casado con un sirio de Alepo. Sobrevivía a su esposo y a cuatro de sus hijos. Nacida en 1896, había presenciado gran parte de lo que le pasó al mundo en el siglo xx.

Qadar tenía un prejuicio a toda prueba contra los turcos, pero era difícil que Elmas cayera mal. Era increíblemente lúcida para una mujer de cien años. Tenía una memoria extraordinaria y podía recitar el Corán de memoria, además de cientos de poemas. Además era divertida. Después de la acostumbrada partida del pastel, que insistió en hornear ella, sentó a Qadar junto a ella y empezó a contarle la historia de su vida.

—Ven, déjame aburrirte mortalmente —le dijo a la joven—. Es mi cumpleaños y tengo permiso de escoger a una nueva víctima.

La ocasión especial se prestaba para rememorar y Elmas por supuesto que tenía muchos recuerdos. Qadar sonrió. No sabía por qué la había escogido a ella de entre toda la gente que había ido a la fiesta. A lo mejor era una coincidencia.

A lo mejor no.

Pero Qadar sólo estaba escuchando a medias, distraída por sus propios pensamientos sobre la colección del siguiente verano, que debía estar lista desde el mes anterior. Distraída, también, por pensar en el nuevo bebé que estaba creciendo dentro de ella.

—Es una niña —le había dicho el ginecólogo un día antes. De repente, un nombre que resultaba familiar en la historia de la vieja interrumpió sus ensoñaciones.

—¿Qué nombre dijo? —tuvo que repetir la pregunta en voz más alta, pues Elmas tenía problemas de oído.

—Beshir Kizlar Agha, uno de los hombres más despiadados que he conocido, y mira que no han sido pocos.

Ese nombre estaba grabado en las memorias de infancia de Qadar, a pesar de que nunca lo había recordado hasta ese preciso momento. De

pronto tenía otra vez seis años y estaba en casa de su Tatiky, oyéndola farfullar mientras levantaba los pedazos de vidrio: “Todos los Beshir son criminales”.

—¿Quién era, ninehl

Elmas lo contó todo. Los secuestros, los ataques, las violaciones. La historia común de tantas mujeres armenias en 1915. Qadar ya había investigado y leído muchísimos libros sobre el genocidio, pero había en la historia huecos que nadie había conseguido llenar, sobre todo porque su madre Qana contaba muy poco de eso. Escuchar una versión en vivo de alguien que de hecho había presenciado el horror desde el otro lado de la ecuación de poder, y que por lo tanto era lógicamente más creíble que el lado de las víctimas, era inestimable. E inconmensurablemente doloroso. Qadar a duras penas podía contener las lágrimas.

Por mucho que le costara trabajo exonerar a los sirios por lo que hicieron en Líbano y a los israelíes por lo que seguían haciéndole a Palestina, la tierra natal de su abuelo, consiguió tener cierto grado de sentido común hacia los conflictos. Era el régimen criminal de Ásad, no toda la gente siria. Eran los sionistas radicales (y sus sesgados aliados occidentales), no todos los judíos. Con los turcos, sin embargo, era otra historia. Los odiaba rotundamente, con una fuerza absoluta, ilimitada, indomable. Blandía su discriminación contra ellos sin remordimientos.

“Todos los Beshir son criminales.”

¿Habría sido su abuela una de las víctimas de este hombre? ¿Por eso aquel día dijo lo que dijo? No podía ser, las fechas no cuadraban. Ella tenía la tarjeta de identidad libanesa de Qayah: la había robado de la bolsa de cuero negra de su madre. Allí dice que nació en 1912; en 1915 había sido una niña muy pequeña.

Pero era exactamente el mismo nombre: Beshir Kizlar Agha. Quizá se registró mal la fecha de nacimiento de su abuela, igual que su nombre.

—Mi abuela se llamaba Qayah y era armenia. ¿Había una Qayah entre las mujeres raptadas que conoció en el palacio de este coronel?

—No, no había ninguna con ese nombre.

—¿Está segura? A lo mejor la había y usted no la conocía.

—¡Claro que estoy segura! Las conocía a todas. Y no es un nombre común.

Qadar ya estaba empezando a descartar su sospecha, pero entonces, tras un minuto de silencio, Elmas añadió:

—Lahza,..49

—¿Sí? —Qadar apenas si podía respirar.

—Ya lo recuerdo. Había una niña muy linda que se llamaba Qayah. Era hija de una de las prisioneras armenias.

Eso tenía más sentido. ¿Estaba Qadar a punto de descubrir algo importante sobre su abuela? Estaba obsesionada con ella. Le hablaba cada vez que se sentía un poco perdida y necesitaba orientación. Su mala relación con su madre había transformado a Qayah en su verdadera figura materna.

El día anterior a su suicidio, Qayah le dijo:

—Quiero que tú conserves esto. Es la única reliquia que tengo de mi madre.

Era un relicario de acero que siempre estaba colgado al cuello de su abuela. Qadar jugaba con él cuando se sentaba en su regazo. Qayah se lo quitó y lo puso en manos de su nieta.

—¿Cómo se llamaba tu madre, tatiky?

—Se llamaba Marine. Y mi padre se llamaba Nazar.

De pronto Qayah tenía dos años otra vez y fervientemente repetía las palabras que Hosanna le estaba enseñando.

—Me llamo Qayah Sarrafian y nací en Aintab. Mi padre es zapatero y mi madre costurera.

Enseguida se corrigió:

—Era, era. Mi padre era zapatero y mi madre era costurera.

—¡Yo también quiero ser costurera, tatiky! ¡Igual que tú!

—... e igual que tu madre. Es una costurera maravillosa, ¿sabes? ¿No fue ella quien te cosió este vestido precioso?

Qadar hizo caso omiso del último comentario.

—¿Tienes hermanos, tatiky? —Tenía una fijación con los hermanos.

Qayah vaciló y luego dijo.

—Sí, sirelis, los tuve. Dos: Hagop y Nerses. También tuve dos hermanas: María y Hosanna. De hecho, este relicario contiene rizos de su pelo, y también del mío.

—¿Tenían pelo rojo como tú y yo?

—No, hokis.50 Todos ellos tenían pelo negro azulado, igual que tu mamá y Najat.

—¿Y dónde están? ¿Puedo conocerlos?

Qayah se quedó un minuto en silencio y entonces cambió de tema y volvió al relicario.

—Como te estaba diciendo, este relicario es un regalo de mí para ti. De esta manera siempre recordarás a tu tatiky si algo llegara a pasarme. Pero tienes que prometerme algo.

—¿Qué?

—Que nunca lo vas a abrir.

—¿Por qué?

—Porque si lo abres mis hermanos y mis hermanas saldrían volando de ahí y no volveríamos a encontrarlos.

—Te lo prometo, tatiky.

Qana intervino.

—Deja de hablar así, Mayrik. No te va a pasar nada. Salemit Albik.51

Qadar recuerda vividamente los ojos de Qana aquel día. Estaban rojos. Qadar pensó que parecían dos pasitas rojas. Cuando llegaron a casa de su abuela, las dos mujeres estuvieron hablando en voz baja en la cocina mientras Qadar jugaba en la sala con el gato vecino, que seguido entraba a hurtadillas por el balcón. Después, al cabo de una hora, salieron de la cocina y los ojos de Qana estaban hinchados.

Dos semanas después de la muerte de su abuela, Qadar le preguntó a su madre por el relicario.

—¿Dónde está? Tatiky quería que yo lo conservara.

—Aquel día te lo quité, ¿te acuerdas? Lo estoy guardando en un lugar seguro para que no lo pierdas.

—No lo voy a perder. ¡Lo quiero, y lo quiero ya!

Bien puede ser que ésa haya sido la única vez que de verdad le plantó cara a su madre. La voz de Elmas trajo a Qadar de regreso al momento

presente.

—Sí, recuerdo muy bien a Qayah. Su madre trató de escapar y la mataron. Pobre mujer. Pero me dijeron que la niñita sobrevivió.

Elmas se puso triste.

—Cuidé tres años a Asían antes de casarme e irme del palacio. Lloró mucho cuando me fui.

Todo era muy confuso. ¿Quién era Asían? A lo mejor Elmas no era tan lúcida como parecía y estaba mezclando diferentes historias.

—¿Quién es Asían, nineh Elmas?

—El medio hermano de Qayah. El hijo que Marine tuvo de Beshir Kizlar Agha.

Entonces Elmas miró a Qadar y los ojos le brillaron como si la estuviera viendo por primera vez.

—Tanto Qayah como Asían eran pelirrojos, igual que tú.

Qadar corrió al baño y cerró la puerta. Tenía que abrir el relicario, tenía que hacerlo. Su abuela la disculparía.

Sus manos temblaban mientras lo hacía. Había varios rizos adentro, tal como Qayah le había dicho, cada uno atado con un hilo.

Los contó. Eran seis en total.

Seis, no cinco.

Cuatro eran negro azulado y dos eran rojos.

\* \* \*

Beirut, martes 3 de febrero de 2004

¿Cuándo empecé a odiarlo?

Probablemente hace doce años, el día que nació Boulos.

De verdad intenté que funcionara. Cinco años traté. Pero el esfuerzo estaba volviéndose demasiado costoso para mi salud mental y el respeto a mí misma, así que paré. Inmediatamente después de dar a luz a Qayah. Él le dice Qamar a nuestra hija y yo le digo Qayah. Me aseguré de que en su acta de nacimiento aparecieran ambos nombres y él aceptó siempre y cuando Qamar estuviera primero. Qamar Qayah Yaziji. Ahora tengo dos hijos con un hombre con el que no tengo absolutamente nada más en común.

Sólo Beirut me salvó. La ciudad a la que siempre rehusé pertenecer se ha vuelto finalmente mi refugio. Sé que Fouad sospecha por qué me gusta tanto venir aquí. Siempre le digo que tengo que ver cómo están mis padres, que el esposo de Nina volvió a golpearla y necesita mi apoyo, que hay un desfile de modas al que tengo que ir o un posible cliente con el que me tengo que reunir. Pero sé que sabe. Y el hecho de que yo sepa que él sabe me ha liberado de la sensación de

siempre estarle mintiendo. A veces pienso que quiere que le mienta. Estoy segura de que supone que tengo aventuras, pero no.

Tengo experimentos. Buenos experimentos, malos experimentos, experimentos que pueden confesarse, experimentos que no. Experimentos con hombres, experimentos con mujeres. De esta última clase sólo uno, de hecho. Con una sola mujer. Así descubrí que no era lo mío. Quisiera que dejara de mandarme mensajes.

Beirut. La libertad, las posibilidades. El poder de una mujer que quiere intentarlo todo y no se avergüenza.

¿Soy más feliz ahora?

No.

Pero con más frecuencia me olvido de cuán infeliz soy.

\* \* \*

Se arrodilló frente a ella, respiró hondo y dijo:

—Btetjawwazini?52

Fue tan inesperado que tardó un minuto en darse cuenta de lo que en realidad estaba diciendo. De su magnitud. Moría por decir que sí, demonios, sí, a pesar de su escepticismo frente al concepto y a toda la institución. Sin embargo no se atrevía a tomárselo en serio. ¿Y si estaba bromeando? Poco antes le había dicho que nunca le habían propuesto matrimonio. A lo mejor sólo quería reírse de ella. Llevaban juntos ya dos años. Bueno, no del todo “juntos” sino enredados, pues tenían vidas separadas en ciudades y países separados.

A. O., como le decía a su vida antes de Ornar, solía pensar que era la fórmula perfecta. Mientras más distancia haya entre dos amantes, mejor y más duradera será su relación. “Dejad que crezcan espacios en vuestra cercanía. Dejad que los vientos del cielo libren sus danzas entre vosotros.” Citaba a Jalil Gibrán53 para convencer al escéptico.

D. O. todo cambió. ¿Espacios? ¿Qué espacios? Si pudiera coserse a él, no dudaría en hacerlo. Muchas de sus ideas y modos de pensar se habían volteado al revés. Qadar había alcanzado al fin la clase más fundamental de libertad: no mentirse a una misma. “Era una cobarde.” Con él descubrió que una persona puede ser “completamente suficiente sin necesidad de esfuerzo alguno”.

—¿No podríamos habernos conocido antes, Ornar? —le preguntaba a veces con un suspiro.

—El amor no siempre llega en el momento más oportuno, Qadar — respondía siempre y le daba un beso en el hombro.

Eso, junto con el ritual de que él suavemente le quitara los calcetines de algodón cada mañana, era una rutina que le encantaba. Y le asombraba que le gustara tanto, a ella que aborrece rotundamente las palabras previsibles y los comportamientos programados.

Bueno, eso era A. O., evidentemente.

Ornar se quejaba cada vez que usaba las abreviaturas enfrente de él.

—¡Deja de decir A. O. y D. O ! Ya khawta!54 A. O. [B. O.] es acrónimo de olor a sudor [Body Odor], y D. O. [A. O.] significa sólo para adultos [Adults Only],

—Pues tú eres material “sólo para adultos”, ¿no sabías? Deberías traer esa calcomanía en la frente, como las películas pornográficas.

—¿Me oíste?

Seguía de rodillas, mirándola a los ojos con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás. Ella se rio de nervios y le acarició la cabeza.

—Ya estoy casada. Ya akhwat!55

Él pasó por alto su respuesta.

—¿Te quieres casar conmigo, Qadar Barsom?

Él se refería a ella estrictamente por su nombre de soltera, el nombre que también usaba para su línea de ropa. Barsom, no Yaziji. Cuando Fouad vio las etiquetas por primera vez se puso lívido.

Luego Ornar añadió:

—Lo digo en serio.

Había intuido lo que Qadar pensaba. Siempre lo intuía. Eso era embriagador pero también daba miedo. “Tlaa min rassi!”,56 le gritaba a veces, exasperada, pero para ella era enormemente liberador sentir que a él no podía ocultarle nada.

Seguía dudando si tomarlo en serio.

—¡Siempre has dicho que no crees en el matrimonio!

—Y es cierto. Pero sí creo en casarme contigo.

—Está bien.

—¿“Está bien”? ¿Qué clase de respuesta es ésa? No estoy pidiéndote que me dejes amputarte una pierna.

Le encantaba su sentido del humor, sobre todo en los momentos más inoportunos, cuando estaban discutiendo temas críticos o espinosos. Eso atenuaba la naturaleza tensa de Qadar.

—Es decir, ¡sí! ¡sí, bobo! ¡Por supuesto que quiero casarme contigo!

Y luego, con cierta coquetería:

—Ya sé qué ropa de qué diseñadora voy a usar.

—Muy bien. ¿Entonces cuándo lo dejas?

Ni una sola vez dijo el nombre de su esposo. Para referirse a él siempre usaba pronombres.

“¿Cuándo lo dejará?” La pregunta difícil, de frente. Ornar no se andaba por las ramas. No iba a dar rodeos cuando fácilmente podía llegar en línea recta. Ya le había hecho esa pregunta muchas veces. Sin la parte de “casarte conmigo”, eso sí.

—Ya te lo dije: no hasta que los niños hayan crecido.

Se levantó y se volvió a poner los calzones.

—¿Niños? ¿Cuando hayan crecido? ¡Ya crecieron! Estás haciéndoles lo que deseabas que tus padres nunca te hubieran hecho a ti.

—No, es diferente. Su padre y yo no nos peleamos ni nos gritamos.

—¿Y qué? Ellos saben que están distanciados. Los niños siempre saben, por mucho que sus padres intenten ocultárselos. ¡Sólo estás poniéndolos de pretexto, Qadar!

Sabía que tenía razón. Le daba mucha pena retrasar la decisión, ella que siempre alardeaba de ser resuelta y autónoma, que siempre criticaba a quienes se quedaban en un matrimonio fracasado.

Además tenía independencia financiera. Conocía a muchas mujeres que se veían obligadas a tolerar a sus esposos por dinero, pero Qadar con su exitosa línea de ropa ganaba suficiente para vivir sola holgadamente. Hasta su madre le había aconsejado dejar a Fouad. “La vida es demasiado breve, ya binti,”57 Toda la dinámica de su relación con Qana se había invertido después de que se abrieron la una a la otra, después de que finalmente vio muchas cosas que estaba negándose a ver. “Por ti toleré lo intolerable.” Los niños sí educan a sus madres.

—¡Sabes lo malvado que puede ser! Ya no me dejaría verlos.

Ornar no dijo nada; sólo se quedó ahí sentado con expresión huraña.

—Escúchame, habibi,58 Boulos se irá a los Estados Unidos en tres años. Quiere estudiar derecho en la Universidad Duke y estoy segura de que lo van a aceptar. Es brillante, y su padre sin duda puede pagarlo. Pero conozco a Fouad, a su hija no la enviará a América. Una vez lo oí decirle a su madre que quiere que Qayah siga el Programa del Diploma del Bachillerato Internacional como interna en la Universidad Internacional de Beirut porque eso mejorará sus probabilidades de que la acepten en la Universidad Americana de Beirut. “Qamar será dentista, como yo” —Qadar remedaba con rencor a su marido. Ella tenía el sueño de que algún día su hija se hiciera cargo de su negocio de modas, pero era lo bastante prudente para dejar que ella misma tomara la decisión a su tiempo—. Entonces, en cuanto se mude a Beirut le pediré el divorcio y vendré aquí junto con ella. Recuerda esta fecha: 19 de julio de 2012.

—¿Qué fecha es ésa?

—¡Ese día Qayah termina el décimo grado en Alepo y entonces cumplirá los requisitos para entrar al Porgrama del Bachillerato Internacional de Beirut! El primer día de nuestra nueva vida juntos.

—¿Estás loca? ¡Faltan cinco años!

—¿Y qué?

Una vez más, ninguna respuesta. Se preocupó. ¿Tendría prisa porque quería hijos? Siempre decía que no los quería, y hasta tenía toda una teoría sobre la necesidad de que la gente dejara de procrear. Pero quizá había cambiado de opinión también en lo que se refería a eso.

—¿Quieres un hijo? —le preguntó.

—¡Por supuesto que no!

Respiró aliviada.

—¿Entonces cuál es la prisa? No voy a ir a ningún lado. Y paso casi todos los fines de semana aquí contigo, ¿o no?

—Ya estoy harto de ser tu hombre de fin de semana, Qadar.

\* \* \*

Alepo, martes 25 de diciembre de 2007

Es Navidad. Mi madre acaba de llamar. Murió Najat. Ayer se aventó del tercer piso del edificio donde estaba internada en Deir al-Salib. Lo primero que pensé fue: “Por fin podrá descansar”. Terrible pero cierto. Toda su vida ha sido un suplicio constante, sobre todo tras su intemamiento forzado. Veinticinco largos años de cumplir una condena carcelaria por un delito que no eligió cometer: el de nacer diferente.

Mi madre me suplicó que mantuviera el suicidio en secreto; nadie debía saber.

—Mucho menos el padre Marwan —subrayó: el malhumorado sacerdote melquita a cuya parroquia pertenecía, y que iba a presidir la ceremonia fúnebre. Aunque después de casarse con mi padre era oficialmente asiría, siguió asistiendo a misa en la iglesia católica griega cercana. El padre Marwan era estricto y podía negarle a Najat sepultura eclesiástica por haber cometido suicidio. Su predecesor, Aboona Elias, que había oficiado el funeral de Qayah, tenía una actitud mucho más tolerante y abierta. En aquella ocasión les dijo a Qana y Bassem:

—¿Quiénes somos nosotros para juzgar a una hija de Dios?

Yo estaba a punto de decir: “Al diablo con el padre Marwan y cualquiera que considere la desesperanza un pecado mortal”, pero guardé la compostura. No había necesidad de alterar más a mi madre en un momento tan difícil.

¿Por qué tanta gente condena el suicidio y lo considera tabú o señal de cobardía? ¿No se requiere muchísima valentía para decidir uno por su cuenta que “es momento de partir”? No es de ninguna manera menos que la valentía que se necesita para “quedarse a pesar de todo”. La gente tiende a pensar que quienes se suicidan se encuentran en un estado de demencia temporal, que en realidad no son conscientes de lo que hacen, ebrios de desesperación. Pero el suicidio es un acto consciente por excelencia. No puedes suicidarte sin que tu conciencia sea por lo menos tu cómplice de asesinato, si no es que su arquitecto en jefe.

Seguir viviendo es rendirse a un estado del ser para decidir el cual no tuvimos ni voz ni voto. Decidir morir es asumir el reto. Es rehusar una imposición radical más y reivindicar el poder de elección en una existencia en la que básicamente no elegimos nada.

¿Se requiere más valor para azotar esa puerta nosotros mismos o para esperar a que se nos azote en la cara, sabiendo que eso va a pasar sí o sí?

Adiós, Najat.

\* \* \*

Era un caluroso día de finales de mayo del año 2012 y el tiempo en Alepo parecía pesado y espeso, casi como lodo. No fluía; más bien rodaba sobre ella como una roca gigante y le trituraba la espalda una y otra vez.

La guerra civil siria se había desplegado poco más de un año antes. Las manifestaciones pacíficas contra Ásad que habían iniciado en enero de 2011 poco a poco se habían tornado violentas cuando el gobierno empezó a matar a manifestantes desarmados en Daraa59 y otras ciudades. El viernes 22 de abril (llamado el “Gran Viernes”), las manifestaciones se convirtieron en una guerra oficial después de que las fuerzas de seguridad mataron a más de

ciento nueve manifestantes desarmados en veintitantas ciudades a lo largo de Siria y que la oposición empezó a levantarse en armas. “Otro abril, otra guerra”, pensó Qadar. ¿No era curioso que todas las guerras que había presenciado su familia, empezando por su abuela Qayah, hubieran estallado en abril?

Pero Qadar estaba acostumbrada a lo “curioso”. El destino, a fin de cuentas, siempre lo es. Y aceptar la incongruencia como rutina vital era su superpoder.

Últimamente había estado tratando de no hacer caso de las noticias. Tan difícil no era. En una guerra en curso no hay “noticias”. Ya sabía lo que iba a pasar: más gente moriría ese día, más casas serían destruidas, más niños quedarían huérfanos o morirían...

¿Qué estaba haciendo Ornar en ese momento? ¿Volverá a verlo alguna vez? Los últimos cinco años han sido un círculo interminable de rupturas y reconciliaciones. De “No puedo vivir contigo, no puedo vivir sin ti”. Sobre todo lo último. La guerra no estaba facilitando las cosas. Desde el año anterior no ha podido visitar Beirut con la frecuencia con que acostumbraba. El viaje se estaba volviendo cada vez más peligroso. Entonces recordó lo que su querida abuela Qayah solía decir para consolarla en los días tristes: “Nada es eterno, princesa; hay que pasar la página”.

—¿Tú cuándo pasaste página, tatiky? ¿Alguna vez tuviste un descanso?

Sí lo tuvo. Uno que duró diez meses. Qadar recordaba lo que su madre le contó sobre Qayah y Avi. “Vaya que estamos progresando de una generación a otra en el campo del amor —pensó, sarcástica—. Mi abuela lo disfrutó por diez meses, mi madre por tres años, y yo llevo siete hasta ahora. A este ritmo, a lo mejor por ahí del siglo xxn uno de nuestros descendientes conseguirá experimentarlo a plenitud, sin trágicas interrupciones.”

—Afortunadamente Boulos se fue del país hace dos años, o lo habrían obligado a alistarse.

Ha estado insistiéndole a Louad que los saque de Siria.

—¡Esta guerra se está saliendo de control! También nosotros debemos irnos.

Pero él no hacía ningún caso. Apenas el día anterior ella le había dicho:

—¿Por qué no nos vamos a Beirut? Ahí no te costará encontrar trabajo y Qamar podría estudiar en la Universidad Internacional, como siempre has querido.

Dijo Qamar y no Qayah a propósito para seguirle la corriente. Era raro en ella, pero tenía que recurrir a todos los medios disponibles para convencerlo. No funcionó.

—¿Por qué? ¿Para que puedas ver a tu amante más a menudo?

La aborrecía. Aunque habían llegado a un acuerdo tácito de llevar vidas separadas y para entonces él ya tenía una novia oficial, no conseguía perdonar a Qadar. Ella lo había engañado antes. Eso es territorio exclusivo de los hombres y ella se había atrevido a arrebatárselo. Él no quería otorgarle el divorcio. Se lo había pedido por primera vez cinco años atrás, la primera vez que Ornar cortó con ella. Entró en pánico, y el miedo de perderlo superó al miedo de perder a sus hijos. Le contó todo a Fouad. Esa vez él dijo que no, y desde entonces siguió diciendo que no. Era su manera de castigarla. También estaba castigándose a sí mismo, evidentemente, pero prefería aguantar el sufrimiento que darle el gusto de concederle la libertad que tanto quería. Tanto así la aborrecía.

—Talak?60 ¡Ni en sueños!

—Ya veremos cuando tu querida empiece a pedirte un anillo en el dedo.

Ella también lo aborrecía. Pero no nada más eso: además sentía repulsión por él. Se había vuelto particularmente pro Ásad tras el inicio de la guerra civil, al igual que muchos otros cristianos sirios. Estos, una de las minorías religiosas del país, siempre habían estado en una posición precaria, sintiéndose como invitados en su propia tierra, y estaban convencidos de que el régimen antiislamista era su principal protector. Sobre todo entonces, en un país y un conflicto en los que el extremismo islámico crecía a pasos acelerados. Para ellos, la supervivencia importaba más que el hecho de que Bashar al-Ásad fuera un tirano y un criminal de guerra, igual que su padre antes que él.

Entendía de dónde venía la postura de Fouad, pero ella ya no podía respetarlo.

Además, ella era libanesa. Era prácticamente un instinto natural detestar a la dinastía Ásad.

Qadar encendió la televisión, justo a tiempo para volver a ver las perturbadoras imágenes de la reciente masacre de Huía.61 Cadáveres de niños yacían en el suelo, dispuestos como sacos de papas. Muchos canales habían seguido mostrando esa espantosa escena sin parar desde el día anterior. ¿Cuándo dejará de ser primicia el sufrimiento humano? Pero también, ¿debería? Era el eterno dilema moral de los medios de comunicación, entre el deber de exponer una horrorosa realidad y los requisitos de la decencia humana. “Los medios son un vampiro. Chupan la sangre de la víctima hasta vaciarla”, sostienen algunas personas. Pero ¿preferirían vivir en una dichosa ignorancia? Quizá. El engañoso rosa sobre el angustiante negro. ¿No es eso tan sólo una forma de autocomplacencia y falta de carácter ocultos bajo el pretexto de “respeto por la dignidad humana”?

La verdad es que la gente necesita estar más consternada. Más horrorizada. Más sacudida y apartada de su nauseabunda indiferencia. No es un niño de tres años asesinado quien debería disculparse por reventar la burbuja de confort de la gente ilesa. Es ésta la que debería disculparse con él y con toda víctima inocente por haber permitido que eso pasara. Sí, “permitido”: el público siempre es parte de la obra, un cómplice en el crimen. Manifestarse, censurar, objetar y condenar está bien, pero no es suficiente y nunca lo será. Y en vez de culpar a los medios, el “mensajero”, con todo y lo “no inocente” que a menudo es, mejor concentrémonos en lo que realmente está en juego: ¿cómo podemos evolucionar de humanos a humanitarios?

“Maldita la sed de poder que vuelve a un hombre contra otro hombre y a ambos los convierte en animales. No, no animales. Los animales son mejores que esto. Ellos no matan sin una razón fuerte. Nada más matan para alimentarse o para proteger a sus crías. El hombre mata para sostener su ego.” Qadar se clavó las uñas en las palmas de las manos, una de varias prácticas autodestructivas que había adquirido con los años. Mucha gente inocente estaba pagando con su vida el precio de un pecado que no había decidido cometer: el pecado de sus identidades letales.

—¡La guerra es mi destino, tengo que aceptarlo! —dijo entonces en voz alta y lo repitió como un mantra, sólo para experimentar el horroroso

impacto de un enunciado así en sus oídos, piel, pulmones estómago, pelvis... Se había acostumbrado a la sinfonía del combate. Qué escandaloso decir, sentir y pensar eso; sin embargo era cierto. Después de tantos años de entrenamiento y alienación, primero en Líbano y ahora en Siria, efectivamente se ha acostumbrado a la sinfonía del combate. “Ma ’aleich!62 Ya estoy vencida por la guerra”, le decía a Nina, que todas las semanas llamaba para ver cómo estaba pero también para hablar de su marido violento y desahogarse.

Miró el reloj. Eran apenas las once de la mañana y sin embargo se sentía como si hubiera pasado una eternidad desde que se despertó a oír más noticias de masacres y desgracias. No tenía ganas de hacer nada. En esos momentos los libros parecían tan intrascendentes y sus bosquejos tan inapropiados...

—Tengo que salir de este infierno.

Muchas veces pensó en llevarse a su hija y dejar todo atrás. Ya qué importaba el divorcio: se mudaría con Ornar. Los papeles no significaban nada. Un verdadero matrimonio es el compromiso entre dos personas. En su parte del mundo la mayoría de la gente llamaba a eso “vivir en el pecado”, pero a ella le tenía muy sin cuidado lo que la gente dijera o pensara. Con todo, había un obstáculo, uno importante, para ese panorama: tal como la pequeña Qadar con sus propios padres, Qayah había elegido el lado de su padre. Qayah tenía apenas diez años cuando Fouad los sentó a ella y a su hermano y les soltó todo, en respuesta a la demanda de divorcio de Qadar. Así de débil era su esposo, capaz únicamente de formas inferiores de represalia, puros golpes bajos. Boulos, que no se llevaba muy bien con su padre, sólo dijo:

—Ha de ser tu culpa.

Su hija no dijo nada. “De todas formas ya me odia”, pensó Qadar. Sabía que Qayah la responsabilizaba por estar a menudo ausente y por tener un estilo de crianza demasiado relajado. Pero Qadar no era así por indiferencia hacia sus hijos. En primer lugar, quería darles un ejemplo vivo de cómo una mujer debe tener el derecho de cumplir sus ambiciones. En segundo lugar, dado que a ella su madre la asfixiaba, optó por dar a sus hijos más libertad, espacio y privacidad, pues pensaba que era la forma ideal de educar.

Pero no existe una forma ideal de educar. Los hijos necesitan culpar a sus padres y siempre encontrarán razones y maneras de hacerlo, sin importar qué se les haya dado y qué se les haya negado.

Un día, cuando Qayah tenía como siete años, sus reproches pasivo- agresivos hacia su madre se volvieron directos. Muy directos. De la nada, le gritó “Te odio” a Qadar por alguna misteriosa razón que ella nunca conseguía sacarle, y desde entonces siguió diciéndolo con regularidad. Simultáneamente, dejó de responder cuando su madre le decía Qayah (“¡Me llamo Qamar, no Qayah!”).

¿Era ella la Medea de su hija? ¿Se daría cuenta algún día de que Qadar tenía sus razones, para bien o para mal?

¿Era el famoso complejo de Electra, o simplemente las madres son más difíciles de perdonar?

\* \* \*

Alepo, jueves 19 de julio de 2012

Hoy amanecimos con todavía más tragedias. Alepo está en llamas. Están bombardeando hasta escuelas y hospitales. Tanto los rebeldes como las fuerzas progubemamentales están peleando brutalmente por el completo control de la ciudad, y nosotros estamos sitiados entre ellos.

¿Alguna vez has ido a Alepo, Ornar?

Sé que detestas Siria, pero no puedes detestar Alepo. Es imposible detestar una ciudad que ha pasado toda su existencia, una muy vieja (6000 a. C.), resistiendo y luchando, igual que tú.

Tiene el sobrenombre de Halab Al-Shahba’: la Alepo blanca, resplandeciente, enérgica. Elegida como base del dios de las tormentas. ¿Sabes cuántas civilizaciones e imperios han tomado su sol? ¿Puedes imaginar cuántos estratos hay en cada roca, cuántos hombros se han apoyado sucesivamente en sus muros? Alejandro Magno una vez derramó aquí una lágrima. No me preguntes quién me lo dijo. Lo sé y ya.

Hoy amanecimos con todavía más tragedias; hoy, el día que supuestamente empezaría mi nueva vida contigo.

El día que me di cuenta de que eso nunca sucederá.

\* \* \*

Sonó el teléfono. “Debe de ser mi madre”, pensó. Imposible que fuera Ornar: ella era quien siempre le llamaba a él. Tampoco podía ser Nina: ella sólo llamaba una vez a la semana y ya le había llamado el día anterior.

—Me volcó la cafetera en las piernas. Café hirviendo, Dina. Por suerte había servilletas por ahí y conseguí secarlo antes de quemarme seriamente.

—¿Y por fin cuándo vas a dejar a ese cabrón? Te dije que puedes trabajar conmigo.

—¡Me mataría, Dina!

—No, no te mataría. Sólo estás dejando que el miedo se apodere de ti. Cuelga y ve a decirle que ya todo acabó.

Empezó a golpear a Nina dos meses después del regreso de su luna de miel en Chipre. La luna de miel fue un regalo de bodas de Qadar. Era una fría mañana de miércoles en diciembre y Nina había olvidado encender el calentador. No se esperaba la bofetada: le hizo perder el equilibrio y caer al suelo. Confundida, no se levantó de inmediato. Él le dio unas fuertes patadas en el vientre.

—¡Me hiciste bañarme con agua helada,ya sharmoutal63

Otra patada en el vientre. Seguía cubierto con la toalla y caían gotas de agua al piso, pero llevaba puestas sus botas militares negras. Quería lastimarla adrede todo lo que pudiera. El dolor era atroz. ¿Por qué hacía eso? Ella lo adoraba. Había renunciado a todo para estar con él, incluso a su familia.

—Es él o nosotros, Nazla.

—Son ustedes unos esnobs: sólo lo rechazan porque no tiene dinero.

—No, Nazla. Lo rechazamos porque es drogadicto.

—¡Ex! Exdrogadicto.

Se fugó con él el día que cumplió veintiséis años. Sólo Qadar lo sabía.

—Es el amor de mi vida, Dina.

—¿Por qué no encendiste el calentador, ya kalbehl,64 gritó el amor de la vida de Nina.

Tres patadas más. El dolor se había vuelto insoportable. Entonces vio la sangre: una mancha en la piyama, justo entre las piernas.

Era una fría mañana de miércoles en diciembre de 1996 cuando Nina empezó a pagar el precio. El precio de ser una romántica para las relaciones.

Con el tiempo los golpes se volvieron más brutales, con inyecciones de heroína más frecuentes y menos trabajos fijos. Ella nunca supo cómo le

hacía él para conseguir heroína. Ella con frecuencia acababa en el hospital. Al principio, cuando el remordimiento aún tenía un lugar en su intoxicada cabeza, él se disculpaba al día siguiente, incluso lloraba y le pedía perdón. Y ella se lo concedía, por supuesto. “Te prometo que voy a cambiar” Y ella le creía, por supuesto. El amor de su vida. Eso era él.

Cuando Nina al fin se dio cuenta de que nunca cambiaría, se había vuelto demasiado peligroso para dejarlo atrás. —¡Si un día me dejas te juro que te cortaré en pedacitos, ya ahbeh!65

Una vez fue a la Corte Espiritual Maronita a ver si podían ayudarla a divorciarse. Tenía un ojo completamente hinchado y cerrado por la golpiza del día anterior y moretones en todo el cuerpo. El clérigo que la recibió le dijo que fuera paciente y rezara. Le pidió que revisara su conciencia y dejara de hacer lo que fuera que estuviera ofendiendo tanto a su esposo. Luego, cuando ella insistió en querer una anulación, le dijo:

—Está bien, pero tú tienes que ayudarme a ayudarte.

Al principio no entendió. Luego él se levantó, se acercó, se sentó a su lado en el sofá y le puso la sudorosa mano en la rodilla. Para alguien tan devota como ella eso se sintió peor que los golpes. Se levantó asqueada, lo miró con su único ojo abierto y se fue.

A veces (con frecuencia) Nina se sentía agradecida de no tener hijos. De que el monstruo le hubiera imposibilitado tener hijos.

—¿Cuándo, Nina? ¿Cuándo? —preguntaba Qadar sin cesar.

—El 19 de julio de 2012. Yo lo haré cuando tú lo hagas. ¡¿Hermanas en todo, ma hek?\66

19 de julio de 2012. Desde que Qadar le contó de la propuesta de matrimonio de Ornar, empezaron a llamarla su “fecha de liberación” común. Bromeaban y hacían planes para su “fiesta de divorcio”. Esa fecha había sido el día anterior, pero Nina ni siquiera la mencionó en su llamada porque no quería poner el dedo en la llaga. Qadar entendía a su amiga: si tenía algo que decir, lo diría; si no, era inútil preguntarle.

El teléfono seguía sonando. Qadar levantó el auricular. Tenía razón: era su madre.

—Nina está muerta. Ese cabrón la mató anoche.

\* \* \*

Alepo, viernes 20 de julio de 2012

Su voz. Su voz asustada en el teléfono el día anterior...

“¡Me mataría, Dina!”

“No, no te mataría.”

“Cuelga y ve a decirle que ya todo acabó.”

“¡Defiéndete! Cuando lo hagas dejará de amenazarte.”

Qué patéticos son los conceptos y las teorías frente a la cruda y violenta realidad. Es fácil imaginar que sabemos por lo que está pasando alguien y qué debería hacer. Es tan fácil dar consejos...

Tan fácil que llega al punto de funesto.

¿Suspiran los sueños rotos cuando caen al suelo como árboles partidos?

Adiós, Nina.

1 Destino en árabe. Nombre de pila para niñas común sobre todo en los países del Golfo Pérsico.

O

Una famosa calle de bares y clubes nocturnos en Beirut.

0

Literalmente Partido de Dios, un grupo combatiente islámico chií.

4 Importante calle comercial de Beirut.

3 Palabras en árabe que riman con Nazla: la Estúpida, la Cebolla, la Cuesta Arriba.

6 Basílica patriarcal ortodoxa griega.

^ Fuerte amor apasionado.

^ Periodista libanés antisirio (1960-2005).

9 Del difunto presidente sirio Háfez al-Ásad y su hijo Bashar al-Ásad, que asumió la presidencia tras la muerte de su padre en 2000; ambos, dictadores despiadados.

Famoso poeta palestino (1941-2008).

H Un enorme complejo de pabellones y villas del antiguo Imperio otomano en Estambul, Turquía, que el sultán y su corte usaban como residencia a finales del siglo XIX.

12

Uno de los barrios más viejos de Beirut.

12

Ciudad histórica situada en el sureste de Turquía.

I4 Tarjeta de identidad en dialecto libanés.

Tía en dialecto libanés.

16 Amén en árabe.

17

Revista de modas de renombre que se publica desde 1950.

1 8

Gesto común entre niños consistente en enganchar el meñique con el del otro cuando se pelean para indicar que ya no se van a hablar.

19 Por favor en armenio.

20

Hija mía en armenio.

21

Bueno en árabe. La expresión se usa en Líbano cuando pasa algo malo, para expresar el deseo de que algo bueno salga de ahí.

22

Abuela en dialecto libanés.

22

Dame un beso en armenio.

Palabra francesa que los libaneses, sobre todo los niños, usan al dirigirse a una mujer adulta como señal de respeto.

O f\

Se lo suplico en libanés.

27

Si Dios quiere en árabe.

2^ Expresión libanesa para Tiene cáncer.

29

¿Adonde vamos? en armenio.

20

Vístete en armenio.

21

Collar de cuentas tipo rosario en árabe.

22

Título de los sacerdotes en dialecto libanés.

22

Es aquí en armenio.

24

Un sencillo juego de bazas común en varios países del Medio Oriente, sobre todo en el Levante. Puede considerarse una variación de whist o una versión de espadas.

25

Dinero en dialecto libanés.

Principal ciudad portuaria de Siria.

27

En realidad la UAB no tiene una escuela de odontología. Ese detalle se inventó para propósitos ficticios.

2R

Líder u hombre fuerte en árabe.

29

San Nicolás en dialecto libanés.

46 Está bien en dialecto sirio.

41 Uno de los cines más populares en la época de oro de Beirut.

42

Calle comercial en el centro de Beirut, próspera antes de la guerra civil, que se remonta al periodo fenicio-persa y que alguna vez llegó hasta el puerto. Otras calles célebres eran Souk Al-Franj, Souk Al-Saghay Souk Ayyas.

42

Equivalente francés de la expresión “Ni qué ocho cuartos”.

44 Sor en francés.

43 Empaca tus cosas en argot de Latakia.

46 Me das asco en dialecto sirio.

47

¿Entonces por qué? en dialecto sirio.

48

Abuelita en turco.

4^ Un momento en árabe.

36 Alma mía en armenio, otra manera de decir mi amor

31 Manera libanesa de decir Que estés a salvo.

52

¿Te quieres casar conmigo? en árabe.

Escritor, artista y poeta libanés-estadounidense (1883-1931) intemacionalmente reconocido, famoso sobre todo por su libro El profeta.

34 Estás loca en dialecto libanés.

33 Estás loco en dialecto libanés.

3 6 ¡Salte de mi cabeza! en dialecto libanés.

57

Elija mía en árabe.

50

Mi amor en árabe.

39 Ciudad en el suroeste de Siria, ubicada a aproximadamente trece kilómetros al norte de la frontera con Jordania.

66 Divorcio en árabe.

61 Ataque que tuvo lugar el 25 de mayo de 2012 en la villa de Taldou, en la región de Huía, en Siria, serie de poblados al noroeste de la ciudad de Homs. Cuarenta y nueve niños murieron.

No te preocupes en argot libanés.

Puta en dialecto libanés.

64 perra en árabe.

6^ Zorra en árabe.

66 ¡¿Cierto?! en dialecto libanés.

QANA

(Deir Yassin, 1946)

Hija de Qayah Madre de Qadar Abuela de Qamar

La de los brazos que han librado un millón de batallas

La Reina de Espadas es una guerrera valiente, ejemplo palmario de autoridad. Incisiva y resuelta, necesita logros para existir. Sobrecargada en ocasiones y muy exigente consigo misma, no le vendría mal aprender a pasar algunas cosas por alto. Su destino lo gobierna la Voluntad.

r

¿Había caído en verdad el Árbol?

¡Nunca! No con nuestros ríos rojos corriendo eternamente, no mientras el vino de nuestros espinados miembros alimente las sedientas raíces.

FADWA TUQAN (poeta palestina)

—Bettrajjek![1](#bookmark39)

A ella no le gustaba suplicar. El orgullo era su único lujo. Sólo una vez ha tenido que hacerlo, y fue por su hija. Pero esto es igual de crítico. El destino de su hermana estaba ahora en juego.

—De ninguna manera.

—¡Por favor, Luqa! ¡No le queda nadie en el mundo más que yo!

—Dije que no. Una loca es más que suficiente en esta casa. Además, ¿no te habló Daniyel de un hospital especializado?

A Qana le dieron ganas de matar a alguien, pero se tragó tanto el insulto como la furia. Ya se lo haría pagar después. Ella siempre se cobraba sus deudas.

—Ahí los tratan muy mal. He oído historias espantosas sobre ese lugar.

—No es mi problema. Todo lo que sé es que no puede quedarse en mi casa.

“Mi casa”, dice. Ella era la que la limpiaba. La que lavaba, cocinaba, recogía; la que pasaba noches sin dormir pintando las paredes porque no podían pagarle a un pintor; la que subía cinco pisos cargando pesadas cubetas cuando se quedaban sin agua, que era todos los días. Arriba y abajo incontables veces, hasta que los brazos quedaban tan adoloridos que los oía gemir.

Y con todo, era casa de él, no de ellos.

¿En verdad era Luqa tan cruel o estaba tratando de vengarse de ella? Pero entonces, ¿vengarse de qué? Si alguien debía sentir amargura era ella. Él no cumplía ninguna de sus promesas. Ni una sola.

¿Era ella muy demandante, que es de lo que él la acusa todo el tiempo, o era él demasiado pasivo, de lo que ella se la pasa reprochándole?

El matrimonio es el lugar adonde el amor llega para morir. Pero ¿de verdad podía llamar amor a eso que Luqa y ella habían tenido? ¿No es cierto que estaban más enamorados de la idea del amor que el uno del otro? Toda su relación se basaba en imágenes idealizadas del otro, imágenes que, más que reflejar la realidad, sirven para tranquilizar los deseos y vulnerabilidades personales.

Cuando el matrimonio disipó las ilusiones, como hace siempre, finalmente se vieron el uno al otro. Dab el talej w bayyan el khara.[2](#bookmark40) El matrimonio es el mejor truco de desaparecer y luego aparecer que jamás se haya inventado.

Ella era un alma torturada y él estaba desesperado por ser un héroe. O más bien, por convencerse de que era uno: el noble caballero que salva a la pobre damisela. Pero Qana tenía un carácter demasiado fuerte para ese papel, y su feroz talante sólo se reveló plenamente después del matrimonio. Era una leona más que un gatito. Una leona profundamente herida, sin duda, pero no obstante una leona.

Luqa, por otro lado, era un soñador elocuente, y Qana una luchadora de nacimiento. Ya tenía la determinación; sólo necesitaba una mano que la ayudara a levantarse, y dio por sentado que era él. Ella quería ser la inspiración de un triunfador, el viento bajo las alas de un visionario. Entonces ella no sabía que hay una gran diferencia entre las ensoñaciones y las ambiciones: la voluntad de acción, el impulso.

Resultó que Luqa no tenía nada de eso. Era un fatalista. “Si está escrito, va a pasar. Si no, entonces no tiene ningún caso luchar por ello.” La vil excusa de los flojos, en su opinión. Y una vez más, esa verdad desoladora sólo surgió tras su matrimonio.

Mientras más lo empujaba ella a hacer algo, menos obligado se sentía él a siquiera intentarlo. Es la reacción autodestructiva de algunas personas a la presión. En vez de sentirse motivado, él se sentía castrado. La virilidad no es sino una construcción vulnerable. Las erecciones, las físicas y las no físicas, se alimentan de los aplausos, del narcisismo y de la adoración incondicional. Qana era mala porrista: en vez de animar hacía sentir culpable. Ella era demasiado entusiasta; él, demasiado despreocupado.

Cuando se dio cuenta de que con Luqa no había ninguna esperanza, Qana concentró toda su energía en su hija Qadar: “Estudiarás en una buena escuela. Tendrás buenas calificaciones. Irás a la universidad. Serás alguien. Harás dinero”.

Dinero, sobre todo. Mucho. Quienes han sufrido privaciones no se conformarían con menos que el exceso. Necesitan el superávit para sentirse seguros. Con “suficiente” no basta. “Suficiente” es inestable; podría de repente desaparecer. Cualquier golpecito de la vida provocaría un retroceso.

Y retroceder no era opción para Qana.

¡Empuja, empuja!

Yalla yalla![3](#bookmark41)

Para satisfacción de Qana, la fórmula de amor exigente funcionó. Qadar creció para ser alguien que toma y no alguien que recibe. Pero toda esa intensidad hercúlea que seguía invirtiendo en ella tuvo un daño colateral: no le caía bien a su hija. Qadar nunca lo dijo explícitamente, pero Qana lo percibía. Para empeorar las cosas, no era de las madres expresivas y tiernas. Mostraba sus sentimientos con acciones y formas prácticas de atención, no con abrazos, apapachos y palabras dulces. No le importaba que Qadar fuera hostil con ella. O más bien, estaba dispuesta a pagar el precio.

“Un día entenderá. Y si no entiende, tampoco importa. Mientras no tenga una vida como la mía.”

Lo imperativo es conseguir lo que una se propone, no enamorarse. ¿Qué le trajo a Qana el enamoramiento? Únicamente una decepción tras otra. También fue su error. Había puesto todos los huevos en la misma canasta y ahora la canasta se cayó al suelo y todos los huevos están rotos a sus pies. La frustración de Qana la estaba aplastando. Su frustración era ella. Cultivaba el arte del resentimiento. Resentimiento descarnado hacia todo y todos, sin discriminar. Pero no daba por perdido el futuro. El de su hija, porque sabía que el suyo ya se había quedado atrás.

¿Ahora qué iba a hacer con Najat? Imposible dejarla sola en el departamento vacío de sus padres. Aunque su padre había envejecido mucho en los cuatro años siguientes a la muerte de su esposa y estaba muy cansado, se las arreglaba para cuidar a Najat, asegurarse de que comiera y tomara sus medicamentos. Ahora Bassem también había muerto y Najat

estaba tan desamparada como un árbol en el desierto. Qana preguntó entre los vecinos para saber si había un cuarto en renta en el edificio donde Luqa y ella vivían, o si alguien planeaba mudarse pronto. Así Najat estaría cerca y ella podría estar pendiente de ella fácilmente. No había ninguno.

Sólo quedaba un camino, un camino inhumano: Deir al-Salib.

“A lo mejor no es tan malo”, decía para sus adentros, pero sabía que era pura negación. Simplemente estaba tratando de dar salida a su culpa.

Qana estaba consternada. Ya había matado a una hermana y ahora estaba por matar a la segunda.

\* \* \*

Beirut, martes 14 de septiembre de 1982

—A que no te tragas esa aguja.

Fue culpa de esos ojos. Esos encendidos ojos verde ámbar. Todo Marwahín quedaba boquiabierto con ellos. Con ellos y ella y todo lo que tuviera que ver con ella.

“¡Ah! ¡Qué precioso cabello castaño tiene!”

“¿Y por qué le pusieron Fátima?”

“Suena divina cuando habla en armenio.”

Aprendió armenio mucho antes que yo, a pesar de que tenía dos años menos. Teníamos casi la misma estatura. Ella era alta para su edad y yo baja para la mía. Nuestra madre nos cosía vestidos idénticos, pero nunca parecíamos gemelas. Fátima era la “bonita”.

—¿Podrá tu hija ser la damita de honor en la boda de mi hijo? ¿La bonita? —alcancé a oír que la vecina, Oum Raja, le pedía a mi madre. No sabían que yo estaba en el otro cuarto.

—Mis dos hijas son bonitas —respondió mi madre con hostilidad.

Gracias, mamá, pero la vecina tiene razón. Mírame: tengo un pelo negro sin chiste y unos ojos negros sin chiste. Mi piel es del color de la costra del pan mientras que la suya es lechosa. “¡Ah! ¡Qué singular complexión translúcida tiene!”

Fátima era la bonita, innegablemente. Y eso sólo podía significar que yo era la fea.

Una vez oí que los hijos que nacen de un amor verdadero son extraordinariamente atractivos. Mientras más apasionados sean los sentimientos de los padres en el momento de la concepción, más hermoso el bebé. ¿Estaba mi madre más enamorada de mi padre cuando se embarazó de Fátima? Pero eso no tiene ningún sentido. Yo soy la mayor y con el tiempo el amor no se fortalece sino que se marchita.

Estoy en la posición perfecta para saberlo.

Fátima también era la favorita de mi padre. Yo me daba cuenta, a pesar de que él siempre trataba de ocultarlo. Siempre que llegaba de su trabajo en el campo era ella a la que levantaba y besaba primero. Cuando ella estaba por ahí, yo me volvía invisible.

—A que no te tragas esa aguja.

Era su cumpleaños y mi madre le había hecho un pastelote, más grande que el que hizo por mi cumpleaños en marzo. Sólo quería lastimarla un poco, tal como su existencia estaba lastimándome a mí. No sabía que se iba a morir, lo juro.

Esa aguja ha estado implantada en mi corazón desde entonces.

Y hoy... hoy fue el turno de Najat. Otro asesinato. Otra aguja mortal.

Pero no había de otra. Luqa no quería dejarla quedarse en nuestra casa. Perdón, en “su” casa.

—¿Por qué no puede vivir con nosotros? —repetía Qadar cuando salimos del hospital. ¿Qué podía decirle? ¿“Porque tu padre es un cabrón malparido”? De todas formas no me habría creído. Lo adora, es su favorito.

¿Alguna vez seré favorita de alguien?

\* \* \*

Qana Barakat nació en una agradable mañana de marzo del año 1946. Los cerezos empezaban a florecer en Deir Yassin y todo Jerusalén y las colinas a su alrededor estaban de ánimo celebratorio.

A la bebé debían ponerle Fátima. Sus padres llevaban trece años casados cuando su madre quedó preñada de ella. Un día su padre le dijo que era poco menos que un milagro, aunque ella nunca se sintió especial, como un “milagro” debía sentirse. Una anciana había pronosticado su nacimiento e insistió en que Qayah, su madre, le pusiera Fátima a la bebé, pero su madre se negó. Pero a su hermanita sí tuvieron que ponerle ese nombre, para romper una especie de maldición que cayó sobre Qana porque no habían acatado la petición de la adivina.

¿En verdad se había roto la maldición? Los siguientes años de Qana no dejaban de insinuarle que no. A menudo recordaba esa historia, cada vez que veía su vida cambiando de curso frente a sus ojos. Cambiando para mal, claro está. No parecía haber ninguna otra dirección. Su Tierra no era redonda; no había ninguna avenida circular. El único camino era hacia abajo. Y por mucho que ella fuera de un lado a otro y forcejeara como gato ahogándose en una alberca tratando de plantar las uñas en alguna de las paredes, ella seguía resbalando.

Qana siempre ha tenido que sufrir para lograr lo que para otras personas es normal o fácil. Tenía una constante sensación de ser una carga, de ser una persona de más en la vida de todo mundo.

Bassem, su padre, era melquita de Jerusalén, Palestina, y Qayah, su madre, era armenia, originaria del sureste de Turquía. Qana sentía una profunda lealtad por Palestina. No de la clase emocional sino de la ética, igual de legítima. También se relacionaba mucho con la herencia e

identidad armenia de su madre y hablaba el armenio con soltura, a pesar de haberlo aprendido más bien tarde. También en este caso era más como una identificación moral: un tributo a su madre.

Por mucho tiempo no sospechó que en la vida de su madre hubiera un pasado tan oscuro. Ella veía, o más bien sentía, ese abismo sin fondo en el alma de Qayah, pero no sabía cómo se había cavado. Sólo sabía que Qayah nació en 1912 en una pequeña ciudad llamada Aintab donde había estallado alguna guerra y que ella y su padre se habían conocido en Jerusalén en 1930. El tiempo entre los dos puntos era un espacio vacío que no se sentía obligada a llenar, hasta bien entrada en la adolescencia.

Dieciocho misteriosos años. Llegó a llamarlos “los años perdidos de Qayah”, como “los años perdidos de Jesús”.

Pero de niña se hacía muchas otras preguntas. A pesar de sus probas lealtades palestina y armenia, Qana adquirió una fuerte sensación de desarraigo y tenía las interrogaciones existenciales de una criatura que en todas partes se siente fuera de lugar. ¿Quién y qué era ella? Era una niña sin país que extrañaba a su país. No era una alienación poética como la que algunas personas abrazan por elección. En su imagen de sí misma, a pesar de su tarjeta de identidad libanesa, nunca se sintió en verdad libanesa. Era una refugiada, descendiente de refugiados consecutivos. “Refugiado” es ante todo un estado mental, más que una situación. Pocos refugiados tienen la oportunidad o el valor de integrarse e identificarse de verdad con el país receptor. La integración requiere cierto grado de audacia e incluso insolencia hacia los oriundos del lugar. “¡Tengo tanto derecho como tú!” El miedo intrínseco al rechazo, así como la falta de perspectivas, hace que los refugiados se coagulen entre sí y formen comunidades separadas, a menudo desconectadas de la sociedad local.

Qana ha vivido en Beirut desde que tenía ocho años, pero le dijeron que nació en una aldea cerca de Jerusalén llamada Deir Yassin. No tiene un solo recuerdo de ese periodo de su vida. Sus padres huyeron a Marwahín, en el sur de Líbano, inmediatamente después de que estallara la guerra árabe- israelí y en ese entonces ella tenía apenas dos años.

Marwahín: ese lugar sí que lo recordaba muy bien.

¿Cómo olvidarlo?

\* \* \*

Marwahín, viernes 21 de marzo de 1952

Puedo pasar horas viendo a las hormigas. Me asombran. Nunca dejan de moverse, nunca dejan de trabajar, nunca dan señales de agotamiento. ¿Por lo menos duermen?

Cuando crezca quiero ser como una hormiga. Trabajaré sin cesar y haré cosas importantes. Hoy es el primer día de primavera y llevo puesta mi nueva falda roja. Tiene dos bolsillos, uno a cada lado, y los llené de piedritas, que fui tirando tras de mí mientras venía al bosque. Así no

me costará trabajo encontrar el camino de regreso a casa. Tal como hizo Al-Ossaybe’h[4](#bookmark42) Ayer mi padre me contó el cuento.

—¿Existen los monstruos, Baba?

—No, mi amor. Sólo es un cuento de hadas. Los cuentos de hadas no son reales.

Mi madre me había cosido la falda roja cuando cumplí seis años. También hizo una para

Fátima. Nuestro viejo vecino, jeddo[5](#bookmark43) Ameen, vino y se sentó en una roca junto a mí. ¿Cómo me encontró? Debe de haber seguido las piedritas. Me dio una paleta. Siempre me da paletas. Es un señor muy amable jeddo Ameen.

—¡Hola, ya ammoura![6](#bookmark44) —¡Hola, jeddo!

-¿Es nueva esta falda? ¡Qué bonita se te ve!

—Sí. Mi mamá me cosió una a mí y una a Fátima. Pero a Fátima se le ve mucho mejor.

—¡Eso no es cierto! Acabo de ver a Fátima camino hacia acá y a ella no se le ve tan bien.

Yo estaba chupando la paleta. Era sabor fresa, mi favorito. Me sentí encantada.

—¿De verdad?

—¡Claro! Yo nunca te mentiría. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¡Vine a ver a las hormigas! Cerca de la casa no hay suficientes, y cada vez que encuentro unas mi madre les echa queroseno y se mueren. Me encantan las hormigas. ¿No son maravillosas?

—Sí que lo son. Tengo una idea: voy a construir para ti la granja de hormigas más impresionante, tal como la que hice para Youssef.

—¡Oh, muchas gracias, jeddo! Me encantan las granjas de hormigas. ¡Siempre he soñado con tener una, desde que Youssef me enseñó la suya!

Youssef era el nieto de jeddo Ameen. No me dejaba ni acercarme a su granja de hormigas. Sólo me la enseñaba para molestarme. Era malo.

—Tekrame!La voy a hacer todavía más grande que la de Youssef. Pero necesito que me des algo a cambio. ¿Lo harías por mí?

—¡Claro! ¡Lo que sea!

Sacó un pañuelo negro de su bolsillo.

—Vamos a jugar un juego. Es uno muy divertido. Te voy a tapar los ojos con este pañuelo. Luego tú te vas a arrodillar y yo voy a ponerte algo en la boca y tú lo vas a lamer y chupar, tal como estás chupando la paleta.

Me puse nerviosa.

—¿Por qué me tienes que tapar los ojos, jeddo?

[O](#bookmark46)

—Porque ésa es la regla del juego. Igual que ghammida.

Me encantaba jugar ghammida, y era muy buena para eso.

—¿Y esa cosa va a saber feo?

—No, de ninguna manera. Al principio te puede parecer un poco raro, pero pronto te va a gustar.

No me gustó nada. Se sentía viscosa adentro de mi boca, como los caracoles que mi madre nos cocinaba después de la primera lluvia. A mí me chocaban los caracoles. También olía feo. Pero no dije nada porque no quería molestar a jeddo Ameen. ¡Iba a hacerme una granja de hormigas! ¡Más grande que la de Youssef!

En eso empezó a respirar de manera estridente. Me asusté y me detuve.

—Jeddo, ¿estás bien?

Volvió a meterme el caracol en la boca. Yo sentí que me ahogaba.

—Sí, sí, ¡sigue!

Su voz sonaba muy rara. Transformada.

El caracol se hacía más grande y me estaba costando trabajo respirar. En eso escupió un líquido amargo en mi lengua.

—¡Traga, traga!

Entonces tragué. La garganta y el estómago me ardían pero tragué. Me dieron ganas de vomitar pero tragué. No quería molestar a jeddo: ¡me iba a hacer una granja de hormigas!

Por suerte terminó poco después de eso. Me quitó el pañuelo y me levanté.

—Qué niña tan bien portada —dijo, y me dio unas palmaditas en la cabeza. Me regaló otra paleta. Yo estaba orgullosa. Me había escogido a mí para jugar, no a Fátima.

—¡No les vayas a contar a tus padres de esto! Ou’aa![9](#bookmark47) ¡Es nuestro secreto!

—Está bien.

Me sentí especial. Me sentí grande: sólo los grandes tienen secretos.

Seguimos jugando a ese juego, y también otros, hasta el día que nos fuimos de Marwahín: 11 de septiembre de 1954. Recuerdo muy bien la fecha porque mientras nos alejábamos en el taxi finalmente me dejé de sentir sucia y avergonzada.

Jeddo Ameen nunca me hizo una granja de hormigas.

Baba, te equivocabas. Los monstruos sí existen.

\* \* \*

Qana era la única alumna de la Escuela Primaria Armenia de Bourj Hammoud con un nombre que sonara árabe. Y sin embargo sí hablaba armenio (un poco mal al principio pero pronto con soltura), lo que hacía de ella una excepción. A los niños no les gustan las excepciones. A casi todos los educan para sentirse amenazados por cualquier cosa o persona que sobresalga y para unirse en su contra.

“Maten a ese vago insolente —balan los borregos bajando la cabeza—. El rebaño es sagrado.”

Pero lo que defienden no es el rebaño sino su debilidad.

“Spasuhiyin aghjike!”,[10](#bookmark48) le decían a Qana, sobre todo las niñas, para humillarla. Ella tenía el raro don de hacer que otras se pusieran locas de

celos y se convirtieran en bravuconas detestables, hasta las más lindas. Y ella de hecho disfrutaba sus celos. Se alimentaba de ellos como vampiro y obtenía validación. Para ella, la por siempre invisible ella anterior, eso era como un testimonio de su propia existencia. No ayudaba que mientras más se desarrollaba, más atención obtenía de los niños.

Qana era despampanante y creció sin darse cuenta de eso, lo que la hacía más despampanante aún. Tenía un pelo sedoso negro azulado, ojos oscuros que podían comerte viva y una piel moreno claro. No era alta sino más bien bajita, pero lo que le faltaba de estatura lo compensaba con magnetismo. Su carisma la hacía ver gigante. De niña siempre pensó que era sosa, así que inconscientemente cultivó sus recursos femeninos y maquinadores a la perfección, para suplir su imaginada falta de atractivo. El resultado era peligroso: una criatura que, ya desde su etapa adolescente, era Eva y la Serpiente a la vez, el esbozo prometedor de una futura femme fatale. También era precoz, no sólo psicológicamente por haber sufrido abusos sexuales de niña, sino también físicamente. A los doce parecía de diecisiete: su cuerpo estaba completamente armado y listo para la guerra. Era una coleccionista de corazones rotos, como todos los patitos feos, y vaya que los coleccionaba: tenía muchísimos. Pero nunca se sentiría satisfecha. No podía. Más, siempre quería más. Más atención, más admiración, más homenajes y más desesperanzas, para poder sentirse vengada. “¿Qué te parezco ahora, Oum Raja?”

—Spasuhin aghjike! Spasuhin aghike!

—Leretsek![11](#bookmark49)

Qana no era ninguna perita en dulce. No podía ser indulgente o comprensiva aunque quisiera. El enojo vivía dentro de ella como si fuera su casa, y era una experta. Los golpeaba, uno por uno. Los golpeaba por mucho más de lo que estuvieran diciendo o haciendo.

—¡Mi madre es costurera, no criada!

No es que la profesión de costurera indicara una categoría social mucho más alta. De todas formas, para Qana cualquier cosa era mejor que la etiqueta sumisa de “sirvienta”. Cualquier cosa era mejor que ponerse en cuatro patas y limpiar escusados. Pero su madre a menudo aparecía en el

recreo con una cubeta de agua, una barra de jabón y un cepillo, y Qana, mortificada, deseaba poder desaparecer.

“¿Por qué no vuelves a coser como cuando yo era chica?” Muchas veces quiso hacerle esa sugerencia a Qayah, pero nunca se atrevió. Sabía muy bien por qué su madre había dejado de ser costurera: era culpa suya. Sin embargo, deseaba fervientemente que Qayah no tuviera que limpiar su escuela. De todos los lugares de Beirut donde podía trabajar, ¿tenía que escoger ése? Qana no sabía que si podía estudiar en esa institución privada era gracias a que su madre se ponía en cuatro patas ahí todos los días. Qayah nunca se lo dijo.

Las violentas confrontaciones constantes con sus compañeros, que le ganaron el apodo de Gazan,[12](#bookmark50) no duraron mucho. Qana tuvo que dejar la escuela y conseguir trabajo en una fábrica de ropa cercana inmediatamente después de recibir su certificado de educación básica en junio de 1960, con conocimientos rudimentarios de árabe y armenio. Ya tenía catorce años y tenía que ayudar a sus padres. Apenas unos meses antes habían descubierto que su hermana Najat tenía una enfermedad grave.

A Qana le gustaba coser y era muy buena. Había aprendido sola en la vieja máquina Singer de la vecina de al lado, Elham. Desde los doce años se cosía su propia ropa. Con materiales y medios muy humildes, conseguía llamar la atención. No sólo los hombres volteaban a verla: también las mujeres, algo aún más difícil. Siempre usaba algo diferente, singular e ingenioso. Muy pronto, sin embargo, llegó a aborrecer la fábrica de ropa y su empleo ahí. Era un trabajo tedioso y repetitivo. Había decenas de muchachas como ella y todas funcionaban como robots de ocho a cinco, cada grupo con una tarea específica. Ella era parte del grupo que cosía dobladillos. Nada más que dobladillos todo el día. Había soñado con inspiración y glamur, y la fábrica no era inspiradora ni glamurosa. Con todo, hacía lo que tenía que hacer y vivía lo que tenía que vivir. “¡Recuerda a las hormigas, Qana!”, decía para sus adentros cuando los dedos y la espalda estaban muy adoloridos después de horas en la máquina. Le pagaban por pieza. Mientras más piezas hiciera, más dinero llevaría a casa, lo que la obligaba a echarse carreras con las horas. Ya era lo opuesto a lenta, pero el ímpetu del “dinero extra” la hacía trabajar a un ritmo desenfrenado.

Eso le destrozaba los nervios. De no ser por la insistencia de una compañera afectuosa, Somaya la Palestina, como le decía el jefe del taller, nunca habría tomado un solo descanso.

El Ser Humano contra el Tiempo. David contra Goliat, con un final totalmente distinto: uno más realista. Porque aunque derrotes

temporalmente al gigante, seguirás siendo el perdedor del juego. La agilidad no es una pérdida trivial para un ser humano. ¿Y cómo alguien que desde chico ha sido entrenado para correr maratones podría conseguir sentirse ágil? ¿Disminuir la velocidad y vivir el momento?

“Cose. Cose. Cose.” Cose tus heridas, niñita con la falda roja. Cose y trata de olvidar esa aguja que te perfora la memoria como dedo señalador.

Y olvídate de las piedritas. Hagas lo que hagas, nunca encontrarás el camino de regreso a casa.

\* \* \*

Bourj Hammoud, lunes 20 de febrero de 1961

Volví a verlo esta mañana. Nos cruzamos en las escaleras. Yo iba a la fábrica y él iba a abrir la lavandería de su padre. No creo que fuera un accidente, porque ya van cuatro días seguidos que ocurre el mismo “accidente”. Estoy casi segura de que ha calculado mis tiempos y estaba acechando arriba. En cuanto abrí la puerta del departamento y salí pude oír sus pasos al bajar corriendo. Pasó junto a mí, se detuvo, volteó y me tapó el paso.

—Sabah al-Nour[13](#bookmark51) —me dijo sonriendo—. ¿Por fin me dirá cómo se llama, anisa[14](#bookmark52) Qana?

Me reí. Seguro que le había preguntado a algún vecino.

—¡No hasta que me diga cómo se llama usted, myouqr[a15](#bookmark53) Luqa!

Los ojos se le iluminaron. Lo alenté a propósito. Normalmente me gusta molestar a los muchachos. Me encanta ignorarlos y desairarlos hasta que pierden la razón, maduran y el machete puede cortarlos con facilidad. Pero éste era diferente. Decidí que éste merecía una migaja de consolación antes que los demás.

—Ayer le escribí algo.

Me dio un papel doblado.

—¿Qué es?

—Un poema. Pero dudo que sea digno de su majestad.

Con sus halagos daba en el lugar correcto: mi ego.

Ya lo había visto algunas veces en los pasados tres años, sentado atrás del mostrador en el negocio de su padre, leyendo. Siempre tan absorto en el libro que tuviera en las manos que no reparaba en mí, ni una sola vez. Eso me irritaba, pero desde el instante en que me vio por primera vez, un día que iba subiendo unas cajas, ayudando a su familia a mudarse al edificio, inmediatamente me di cuenta de que no iba a olvidarme.

Sé cómo interpretar miradas. La suya decía con toda claridad “Estoy arruinado”.

Ya lo creo que lo estaba.

Siempre se veía misterioso y atractivo. Maduro también. Mucho más maduro que los adolescentes que no dejan de asediarme. Nunca lo he visto de pantalón corto. Siempre lleva camisa blanca y pantalones negros.

—Voy a leerlo. Bueno, ya me voy. Se me hace tarde para el trabajo.

—Espera. Antes de que te vayas...

—¿Sí?

—¿Tengo que seguir topándome contigo o podemos empezar a vernos intencionalmente?

“Ya tuvo su dosis de aliento por el día de hoy. Qué necesidad de enloquecer y darle más. Tendrá que ganárselo”, susurró Qana la Serpiente al oído de Qana la Eva.

—Lo pensaré —dije.

Y luego, al salir del edificio, agregué:

—Mientras tanto, haz que sigan las coincidencias.

Sonreí al decirlo. Mi sonrisa era adictiva. Era el cebo más poderoso. Pero en realidad no lo necesitaba: él ya estaba enganchado.

\* \* \*

Cuando su trabajo utilitario privó a Qana del gozo creativo que solía sentir cuando cosía, el recuerdo de Fátima regresó a su conciencia. El recuerdo de lo que le había hecho. Antes de esa fase, de algún modo había conseguido enterrar el incidente bajo capas de negación y falsas distracciones, pero un día resurgió con toda la fuerza y ya no pudo hacer nada para oponerse. Los traumas siempre hacen eso. A veces Qana se picaba con las agujas a propósito: en los brazos, las manos, los muslos. No se conformaba con un leve pinchazo o una aguja fina, sino que elegía las más gruesas, con las puntas más afiladas. Tenía que sentir el ardor, ver salir la sangre, que gotearan los arrepentimientos. Como si estuviera despejando temporalmente su obstruida memoria.

¿De qué sirven los arrepentimientos? ¿Acaso la mayoría de los errores no son irremediables? Nos engañamos con la literatura que habla de remordimiento y recuperación, pero lo cierto es que una conciencia culpable seguirá resonándonos en la cabeza como golpes de tambor, en los momentos y lugares equivocados.

Ésa es una de las razones por las que lo que ha muerto es más envidiable que lo que aún tiene que morir.

Estaba Qana un buen día inmersa en sus sombríos pensamientos cuando, de la nada, en medio de todo el enojo y todo lo inhóspito, sonrió:

una extraña sonrisa que surgió como una flor morada silvestre entre las ruinas. No sonrió porque estuviera poco a poco volviéndose loca. Tampoco sonrió porque su corazón estuviera convirtiéndose en piedra (¡cómo deseaba a veces que eso pasara!). Sonrió porque se acordó de Luqa. Tenía la sensación de que él era el indicado. Al que había estado esperando. El que haría que todo eso desapareciera. Eso: las ventanas sucias de la fábrica. Su madre implosionando dolor. Su padre disparando agotamiento. Y sus recuerdos venenosos. Y su incapacidad de confeccionar alegría.

Regresó a su libro, el que Luqa le había dado a leer la semana anterior, Al-Ragheef[}6](#bookmark54) de Toufik Youssef Awwad. No era tan difícil como ella había imaginado. Por él había decidido mejorar su árabe, pues era un apasionado de la lengua, y ella quería captar todos los significados que sus cartas comunicaban. Pero su extenuante trabajo nunca le permitía tener ninguna disciplina. Eso era tan propio de ella: dotada para la interrupción, para los esfuerzos incompletos. Era casi un milagro que no hubiera nacido sin una pierna o sin hígado.

Luqa había prometido darle clases privadas:

—Insisto en enseñarte —decía.

Poco después empezó a darle clases vespertinas diariamente. Ella lo esperaba impacientemente en el balcón, tratando de detectar el sonido de la cortina de acero del negocio al cerrarse.

“Wa lakinnakom la takhafun al mawt, bal antum takhafun al hayal”[17](#bookmark55)

\* \* \*

Bourj Hammoud, viernes 24 de enero de 1964

Tiene que haber una primera vez. Siempre.

La primera vez que se rasguña nuestra inocencia. La primera vez que el corazón se cierne sobre nosotros como ratonera. La primera vez que probamos la amargura. La primera vez que optamos por el silencio. La primera vez que descubrimos los finales. La primera vez que nos obligan a entender lo que no queríamos entender. La primera vez que abrimos los ojos y vemos, en verdad, el mundo: su incongruencia, su inestabilidad, lo crudo de su belleza, lo esplendoroso de su primitivismo.

Tiene que haber una primera vez. Siempre.

La primera vez que nos damos cuenta de que todo camino posible es un punto muerto.

\* \* \*

La primera vez que Qana vio, en verdad vio, a Qayah fue con los ojos de Luqa. Más bien, con sus palabras. Ni su madre ni los padres de Luqa hablaban de su pasado en Turquía con sus hijos, nunca. Pero a él su tutor de Mardin le contaba historias sobre lo que les habían hecho a los armenios y otras minorías cristianas como su propia familia en 1915. Entonces una tarde, mientras se tomaban una Kazouza[18](#bookmark56) en un café de Rawcheh, se las contó. Era 1° de febrero de 1964, a un mes de que cumpliera dieciocho años, la fecha en que él planeaba proponerle matrimonio, y quería asegurarse de que aceptara. Intuía que ese conocimiento la acercaría a él.

Qana al principio no lo creía. “No puede ser.” Ya sabía que había habido una guerra, pero eso era demasiado. Demasiado horror. Demasiado dolor. Demasiado de todo.

—Seguramente tu tutor exagera.

Pero al llegar a su casa le hizo a Qayah una pregunta. Luego una segunda pregunta y una tercera. La reacción de su madre fue un silencio total. Un silencio tan fuerte que resultaba ensordecedor. Un silencio que sólo podía significar una cosa: lo que Luqa le había dicho era cierto.

Los siguientes días Qana siguió interrogando a su madre sobre ese capítulo de su vida.

“¿Por qué te fuiste de Aintab?” “¿Cómo es que llegaste a Jerusalén?” “¿Qué les pasó a tus padres?” “¿Tenías hermanos y hermanas?” “¿Cómo era tu vida antes de conocer a baba?”

Nada. Como si esas preguntas fueran más grandes que Qayah. Como si los dieciocho misteriosos años de su vida nunca hubieran existido.

O como si hubieran sobreexistido.

Qana siguió intentando, hasta que al ver a su madre hundirse en una melancolía insondable decidió parar. Con todo, sí consiguió obtener algunas respuestas de Bassem, quien curiosamente no sabía mucho pero de todas formas sabía más que ella: que Qayah era huérfana y había perdido a su familia en Turquía durante el genocidio. Que una pareja armenia la había adoptado en Alepo. Que la pareja se había mudado a Jerusalén cuando Qayah tenía ocho años. Que la madre adoptiva de Qayah era una diestra

costurera llamada Vartouhi, y que su madre biológica también había sido costurera. Que la mejor amiga de Qayah en Jerusalén se llamaba Negan, que significaba “destino” en Persia y que Bassem la había conocido gracias al padre de Negan, Shafik, uno de sus amigos más queridos.

Bassem le dijo a Qana que la mayor parte de esa información provenía de Shafik, quien a su vez la había obtenido de Vartouhi. Qayah nunca habló con él de su pasado. Él no sabía nada de ningún hermano o hermana que ella pudiera haber tenido, pero por su tarjeta de identidad sabía que los nombres de sus padres biológicos eran Nazar y Marine. Eso era todo. Tantos terremotos en tan pocas palabras.

La corazonada de Luqa fue acertada. El inconmensurable descubrimiento aumentó la complicidad de Qana con él. El hecho de que su madre y los padres de él hubieran compartido el mismo sufrimiento le pareció una señal. Luqa y ella estaban unidos por la tragedia: una tragedia que, según intuía, era más oscura de lo que los dos pudieran jamás imaginar, lo que reforzó su superstición de que estaban hechos el uno para el otro. Lo único que no tenían en común era su percepción de Líbano: Qana nunca tuvo ninguna sensación de pertenencia al país, mientras que Luqa tenía un fervor nacional libanés a toda prueba. Él creció con una lealtad casi fanática a la idea de Líbano.

Eso es lo que en el mejor de los casos Líbano era, es y siempre será: una idea.

Muy buena, eso sí.

Luqa le propuso matrimonio a Qana en marzo de 1964, pero una serie de muertes en su familia, empezando con la de su padre, los obligó a posponer la fecha de la boda una y otra vez. Los asirios se tomaban muy en serio el luto. Con todo, a Qana siguieron llegándole poemas y apasionadas cartas de amor por muchos años más. Cuando al fin se casaron, en marzo de 1969, había acumulado seiscientas veinticuatro cartas de Luqa. Seiscientas veinticuatro promesas de adoración eterna. Los vecinos los habían apodado los Qais y Layla del edificio.[19](#bookmark57) Incluso tenían las mismas iniciales, Q y L, aunque invertidas.

Los tortolitos llegaron a algunas conclusiones: sus dos familias, combinadas, habían presenciado la primera Guerra Mundial en 1914, los

genocidios armenio y asirio en 1915, la segunda Guerra Mundial en 1939, la guerra árabe-israelí en 1948 y la crisis de Líbano en 1958. Las guerras, por dentro y por fuera, seguirían uniéndolos incesantemente, creciendo y serpenteando a su alrededor, entre los dos, bajo sus pies, sobre sus cabezas y en torno de sus gargantas como plantas silvestres en la Amazonia.

Ningún vínculo es más fuerte que el pesar, y ninguno que sea más volátil y más fácilmente pueda transformarse en aversión. Ver demasiado tu propio tormento en el rostro de la otra persona puede hacer que a la larga la odies. Lo hará. Pensamos que para sobrevivir necesitamos que nos recuerden quiénes somos, pero a menudo lo que hace falta es olvidarlo, para emanciparnos de ello: para quitárnoslo como una piel arrugada y curtida y volver a empezar.

La vida requiere la capacidad de recomenzarnos incansablemente. El amor también.

No era ningún capricho autoral: Qais y Layla sencillamente tenían que morir.

\* \* \*

Bourj Hammoud, jueves 24 de septiembre de 1970

Ella tiene los caireles rojos de mi madre. Caireles de un encendido rojo vivo. El doctor me dijo que nunca había visto un bebé con tanto pelo. También dijo que nació con los ojos completamente abiertos. Algo muy poco común, observó.

—¿Eso es bueno o malo?

—Ni bueno ni malo; extraño nada más.

Le pondré Qadar. Como la mejor amiga de mi madre en Jerusalén, sólo que en árabe. Ese nombre le traerá buena suerte. Qadar será inteligente y bonita. No bonita como yo, sino mucho más. Nadie nunca se burlará de ella ni la avergonzará: yo no lo permitiré. Será ambiciosa y trabajadora, logrará cosas maravillosas: cosas como esas de las que hablan los periódicos.

Será una valiente abogada que defienda a los inocentes. No, una doctora destacada que salve vidas. No, una brillante ingeniera que construya edificios enormes... ¿Podrá ser astronauta? Oí que un hombre, un estadounidense, viajó el año pasado a la Luna. ¡A la Luna! Dijeron que era un astronauta. A lo mejor un día mi Qadar también viaja a la Luna, ¿por qué no? Cualquier cosa es posible. Yo lo haré posible.

O a lo mejor será diseñadora de modas, con lo que yo siempre he soñado. Una muy talentosa y conocida, como Coco Chanel. Habrá ropa con su nombre y también perfumes. En una pared de la fábrica había un póster de Coco Chanel. Llevaba vestido negro y un collar de perlas. Sonríe pero no demasiado, tal como sonríe la gente rica y segura de sí misma. Sonríen sólo un poco porque pueden hacerlo. Porque cuando tienes dinero no necesitas demostrarles a los demás que eres feliz. Ya lo saben. Y tú lo sabes.

Yo todos los días veía ese póster y pensaba: “¡Qué mujer tan elegante y desenvuelta!”. En ese entonces no sabía quién era. El póster no tenía ningún nombre y pensaba que era la madre del jefe o algo así. Luego, un buen día, vi la misma foto en una revista de modas, con un nombre escrito en letras grandes: “Mademoiselle Coco Chanel”. Fue entonces cuando leí la historia de su lucha y me enamoré de ella. Nació en la pobreza extrema y tuvo una vida difícil. En el orfelinato donde creció le enseñaron a coser. Pero no dejó que se interpusiera ningún obstáculo entre ella y lo que quería. Empezando literalmente desde cero, a base de trabajo se convirtió en una de las diseñadoras más célebres de la historia de la moda. En la entrevista dice: “Mi vida no me gustaba, así que yo creé mi vida”.

Cómo quisiera haber creado la mía.

No siempre basta con la fuerza de voluntad, mademoiselle Coco. Una necesita un empujoncito de la providencia. Un amante rico, por ejemplo.

Pero eso es lo que hará mi Qadar: creará su vida. Será famosa y exitosa. Conocerá a mucha gente interesante hasta que, cuando llegue el momento, se casará con alguien que la aprecie y conozca su valía. Alguien que la cuide y no deje que tenga preocupaciones. Absolutamente ninguna preocupación.

Qadar también viajará. Yo siempre he soñado con viajar. Una prima de Luqa es azafata en Middle East Airlines y se la pasa visitando lugares maravillosos. Me describió París. Parece ser que ahí hay una torre tan alta que puedes verla desde algún lugar muy lejano. Mariam también me contó que París es la ciudad del amor. Romántica y mágica, dijo. Me encantaría ver París algún día. Ahí vive Coco Chanel. A lo mejor cuando Qadar sea famosa y exitosa me lleva.

Luqa ha prometido llevarme, pero algo me dice que no lo hará.

\* \* \*

“Te prometo que siempre te cuidaré. Siempre.”

Y Qana le creyó. Tenía que hacerlo. Pero poco después del casamiento descubrió que sus promesas no eran sino monedas obsoletas. Cada vez que le prometía algo nuevo ella le preguntaba con cinismo: “Wayn bosrofa hayde?”[20](#bookmark58)

Cada vez que ella le informaba de una cuenta por pagar, un electrodoméstico que reparar (nunca reemplazar, eso era imposible), una compra urgente para su hija, él apartaba los ojos de su preciado libro por un segundo y decía:

—Prometo que pronto encontraré una solución. Relájate.

Saldaba una promesa con otra promesa.

¿Dónde vas a encontrar una solución, Luqa? Desde luego que no en los Prolegómenos de Ibn Jaldún.

—Si me relajara nos moriríamos de hambre.

La vida se estaba poniendo dura, sobre todo desde que empezó la guerra. Antes la lavandería difícilmente prosperaba, con los constantes retrasos de Luqa en las entregas y su imperdonable dejadez, que alejaba a la clientela que su padre diligentemente había adquirido con los años. Pero después de 1975 la situación empeoró y los pocos clientes leales que quedaban desaparecieron uno tras otro. ¿A quién le preocupan las camisas arrugadas cuando la gente se está muriendo? Habían decidido enviar a Qadar a una escuela privada un poco cara, y a Qana le costó mucho esfuerzo y sacrificios poder pagar su colegiatura. Ni siquiera puede recordar cuándo fue la última vez que se compró algo que no fuera la revista de modas de cada mes, su único “vicio”: uno que le ayudaba a mantener vivo su sueño secreto y a olvidar que llevaba años usando la misma ropa. No le importaba. No le interesaba tener nuevos vestidos, joyas lujosas, maquillaje de calidad o peinados sofisticados. El futuro de su hija era lo único con lo que no iba a transigir. Un día Qadar se convertiría en lo que Qana no pudo ser. Lo que Qana podría haber sido, si tan sólo...

Si tan sólo. Qana era realista. Sabía que no tenía caso contemplar las maneras en que una vida, la que fuera, podría haber sido diferente “si”.

“Si” estaba estrictamente reservado para gente con dinero, gente que puede darse el lujo de experimentar, que crece sin miedo porque sabe que puede fracasar y empezar de nuevo; gente que, ante todo, nunca ha tenido que suplicar por nada.

Qana nunca olvidará el día en que, después de que hubiera empezado la guerra y su situación financiera se deteriorara, fue a la escuela de Qadar a pedir una reducción en la colegiatura. El día anterior las monjas habían sacado a la niña de su clase e hicieron que se sentara en las escaleras como mendiga porque sus padres aún no pagaban todas las cuotas escolares. Qana aguantaría lo que fuera para que su hija no volviera a ser degradada de ese modo frente a sus compañeras de clases. Se arrodilló frente a sreur Constance, llorando e implorando. Pero, por mucho que rezara, la despiadada monja no le concedía ningún descuento.

—¿Por qué no la cambia a una escuela pública?

Eso fue un duro golpe para el orgullo de Qana. Ella no era una mujer que se mostrara débil o necesitada, ni siquiera cuando así se sentía o cuando

la vida le hacía sentirse así, que era a menudo. Una vez que Qadar se tomó todo el vaso de Mawared[21](#bookmark59) en la casa de la vecina, cuando volvieron a la casa le dio una fuerte bofetada.

—Siempre tienes que dejar un poco, ¡siempre! Ahora van a pensar que no te podemos mantener.

Como mucha gente pobre, tenía mucho amor propio, incuso arrogancia. Su dignidad era sagrada. Entonces empezó a privarse ella de cosas para llegar a fin de mes, sólo que nunca dejó que su hija se diera cuenta.

—¿Por qué ya no tomas leche, mama? —le preguntaba Qadar mientras saboreaba su vaso matutino de Nido.[22](#bookmark60) —Es que ya no me gusta.

—¿Puedo tomar otro vaso, por favor?

—No. Uno es suficiente, o te dolerá el estómago.

A Qadar le encantaba la leche. Mucho después de que Qana empezara a darle alimentos sólidos, ella seguía exigiendo todos los días sus botellas matutinas y vespertinas.

—¿Por qué no la cambia a una escuela pública?

Sí. Eso es exactamente lo que Jesús habría dicho, sreur Constance.

\* \* \*

Bourj Hammoud, domingo 6 de junio de 1976

El domingo es el único día libre de mi padre. A pesar de sus ochenta y dos años, sigue trabajando mucho. Mi madre tuvo que dejar de coser porque ahora sus manos no dejan de temblar y ya casi no ve. Najat necesita Valium. Montones de Valium, y no es barato. Sí contribuyo con algo pero me gustaría poder ayudarles más. No lo saben, pero mi propia situación es ya bastante difícil. La semana pasada tuve que usar parte del dinero de seguridad para cubrir la colegiatura de Qadar. También vendí mi anillo de compromiso. No era necesario, todavía no, pero quería hacerlo. Me recordaba la época en que era crédula y estúpida.

Luqa pasa casi todo el tiempo en la lavandería leyendo libros. Yo me la paso pidiéndole que salga de ahí y busque empleo, pero no me hace caso. Leer es lo único para lo que es bueno. Para eso y para inventarse sentencias pretenciosas acerca de la vida. Un sabelotodo, eso es lo que es.

[23](#bookmark61)

Los libros no quitan el hambre, istez. Los libros no pagan la colegiatura. Levántate, muévete, ¡haz algo!

Hoy fuimos a comer a casa de mi madre. Preparó el plato armenio favorito de Luqa: [24](#bookmark62)

manteh. Ella lo admira y le gusta complacerlo, aunque no lo merezca. Lo tiene en muy buen concepto sólo porque ha leído mucho y yo nunca me quejo con ella de nuestro matrimonio.

Siempre que me pregunta cómo van las cosas le digo “Hamdella! No necesita más preocupaciones.

El radio estaba encendido, como lo ha estado constantemente en toda casa libanesa desde que estalló la guerra. Estábamos a punto de terminar de comer cuando oímos en el boletín informativo una declaración virulenta de Bachir Gemayel. Cinco días antes las tropas sirias habían entrado oficialmente a Líbano para ayudar a los cristianos a poner fin a la guerra. En su declaración, Gemayel protestó contra la intervención siria e incluso amenazó con dimitir de su

sj /T

partido, el Kata’eb,por haber aprobado la entrada del ejército sirio.

—¡Ése sí es un verdadero héroe! —exclamó Luqa en cuanto terminó la declaración de Gemayel.

—No es más que un asesino —protesté.

No podía permitir que dijera esas sandeces y se quedara tan fresco, aunque tuviera que disctir con él enfrente de mi madre y de Qadar, cosa que me había prometido no hacer, pero aborrezco a ese Gemayel. Ha masacrado a muchísimos palestinos. En enero perdí a mi querida amiga Somaya, la dulce y cariñosa Somaya. En cuanto se dieron cuenta de que era palestina por su acento, las Falanges le dispararon cerca de su casa de Karantina cuando salió a comprar el pan. Cuando oí la noticia me dieron ganas de romper mi tarjeta de identidad libanesa. Un mes antes de eso, las mismas Falanges habían cometido otra masacre contra los palestinos, en un día tan horroroso que se le puso el nombre de Sábado Negro. Criminales todos ellos. Los dirigentes se pelean y los inocentes mueren.

Pero Luqa no se iba a callar.

—¡Nunca vuelvas a decirle asesino! ¡Los verdaderos asesinos son los de tu clase!

¿“Mi clase”? Se me puso la carne de gallina de toda la indignación que sentí. No eran sólo esas dos palabras: era su tono al decirlas. Condescendiente, altivo, insultante. Estaba aprovechándose de la ausencia de mi padre para atacar a los palestinos.

—¿De veras? Entonces deberías recibir a los sirios con los brazos abiertos. ¿No vienen a ayudarte a luchar contra “mi clase”?

—Deja de parlotear sobre cosas de las que no sabes nada. Esto es política. Los sirios quieren tomar el poder en Líbano. Todo eso que dicen de ayudar a los cristianos es mentira.

Mi madre se puso de su lado. Yo ya sabía que les guardaba rencor a los palestinos. Un rencor acérrimo, aunque nunca me dijo por qué y ni una sola vez expresó ese resentimiento enfrente de mi padre. Protegía sus sentimientos.

A mí me importaban un comino la política o los sirios o los cristianos. También Líbano me importaba un comino. No era más que otro lugar, y los lugares no importan.

Sólo la gente importa. La gente que se muere cuando sale a comprar el pan para su familia.

La gente que no se sienta a leer mientras su esposa sale a ponerse de rodillas, Luqa.

\* \* \*

—Kaniyeh?[21](#bookmark65) —preguntó, temerosa de la respuesta. La tienda era muy lujosa.

—Sesenta liras —respondió la dependienta en tono seco, mirándola con cierto desdén, como diciendo “Evidentemente esto está por encima de tus

posibilidades”.

Luqa a duras penas ganaba doscientas liras al mes. Qana se quedó ahí, primero viendo fijamente el vestido, luego examinándolo de cerca. Era de piqué blanco, con bordados azules en las mangas y el dobladillo. La dependienta, en tono irritado, le preguntó:

—¿Algo más?

... como para decir: “Fuera de aquí”.

Qana sacó de la tienda a rastras a una inconsolable Qadar.

—Yo te voy a hacer uno todavía más lindo.

Desde que tenía seis años, Qadar no parecía interesarse más que en dos cosas: buenos libros y ropa bonita. Cómo combinaba esos dos intereses era algo que Qana nunca entendió. Siempre había pensado que eran apetitos mutuamente excluyentes: que a las niñas muy lectoras no les importaba su imagen y que a las niñas elegantes no les importaban los libros. Qadar demostró que se equivocaba, como si la niña fuera una perfecta ecuación matemática: la suma exacta de la mitad de su madre y la mitad de su padre. Por suerte, Luqa tenía muchos libros (“demasiados”, decía Qana, rencorosa, entre dientes, mientras sacudía los entrepaños de madera), y él siempre se las arreglaba para llevar más y más libros de sus conocidos. Pero, por el otro lado, la pasión prematura de su hija por la moda estaba resultando bastante costosa.

—¿Qué voy a llevar a la fiesta de cumpleaños de Dodo?

—¿Qué tal ese vestido morado que el verano pasado te compré en Zahar?[28](#bookmark66)

—De ninguna manera. Ése ya me lo puse para la boda de Tima y todo mundo me lo ha visto.

Tenía siete años, por el amor de Dios. ¿Cómo puede una niña de siete años ser tan coqueta? Y conocía del tema. Qué va con qué, qué estampados estaban de moda cada temporada, cómo un corte específico le iba bien a cierto tipo de cuerpo y no a otro y, por supuesto, qué colores debería evitar una pelirroja. Todos los meses hojeaba el último número de Burda incluso antes que su madre.

Qana renunció a su trabajo en la fábrica de ropa cuando se casó con Luqa. Después de nueve años de algo a lo que ella llamaba “esclavitud”, y

mucho después de haberse ido, seguía teniendo pesadillas frecuentes sobre ese lugar. El más recurrente era uno en el que las máquinas de coser se convertían en hormigas gigantes y se la comían viva. Pero ahora deseaba no haber renunciado. Tenía que encontrar una solución, rápido.

Había conseguido ahorrar un poco de dinero del tiempo en que trabajaba, pero lo tenía reservado estrictamente para emergencias. Solía terminar veintidós prendas al día, a veces más, mientras que las otras muchachas entregaban quince o dieciséis en promedio. Le daba a su madre lo que le pagaban por veinte y el resto lo escondía. “Guarda tu piastra blanca para tu día negro.” Qana ahorraba y ahorraba. No podía despilfarrar dinero ni aunque quisiera. El resultado fue una modesta fortuna de mil ciento setenta liras: doscientos sesenta días laborales al año, con el pago por dos prendas cada día, veinticinco qirshs[29](#bookmark67) por prenda, durante nueve años. Lo llamaba su dinero de seguridad y lo guardaba en una bolsita de cuero negro escondida en el clóset de su hija. Ya había usado una parte para cubrir el déficit en las colegiaturas de Qadar a lo largo de los años. Nunca le habló de ese dinero a Luqa, ni siquiera antes de casarse. Algo le decía que era mejor no hacerlo. Y por supuesto ahora no le habló de él. No necesitaba darle más pretextos para sentarse, relajarse y no hacer nada.

Ya antes se había fijado en la máquina de coser. Estaba exhibida en la vitrina de la tienda de Baron Hagop. Una Mercedes de segunda mano. Parecía la solución perfecta. “Podría comprarla con una parte del dinero de seguridad. Así podría ganar un dinerito extra para la educación de Qadar y además podría coserle todos los vestidos que quisiera.”

Entonces la compró. Compró también hilos de todos los colores, una cinta métrica, un buen par de tijeras, agujas y alfileres, un surtido de botones, una tiza de sastre y un dedal. No olvidó agregar dos metros de piqué blanco, el mejor que Baron Hagop tenía, y un carrete de un hilo azul especial, fabricado exclusivamente para bordados. De viscosa, no de poliéster.

“Yo te voy a hacer uno todavía más lindo.”

Ese día, mientras llevaba a su casa la máquina de coser Mercedes, Qana iba sonriendo y pensando: “Además ahora mi Qadar podrá tomarse dos vasos de leche cada mañana”.

\* \* \*

Beirut, martes 11 de abril de 1978

Sabía que iba a hacerlo. Desde ayer que se sentó conmigo y me contó todas las tinieblas que desde hacía mucho habían quedado sin contar entre nosotras. Los dieciocho años perdidos de Qayah ya no están perdidos.

Sabía que iba a hacerlo... desde que le dio a Qadar su relicario, el único tesoro que tenía. El relicario de acero entre las manitas juguetonas de Qadar empezó a resonar. Ding, ding, ding. Sonaba como campana tañendo una despedida. Un adiós suave, que apenas se oía.

Ahora voy a tener que caminar sola con sus fantasmas. Y no puedo mirar atrás porque cerró la puerta tras de mí. Tras de nosotras.

¿Qué tan listas estamos para convertirnos en dueñas de las lágrimas de alguien más? Con frecuencia hacemos preguntas que en realidad no queremos que se respondan. Las preguntas nos alivian. “Lo intentamos.” Pero de vez en cuando las respuestas sí llegan, inesperadas. La lluvia empieza a caer, más lluvia de la que nuestros ojos pudieran jamás absorber, y nos sentimos abrumados por la certeza de que nunca se nos devolverá la inocencia.

Solía pensar que, parar vivir, necesitamos ser veloces. Lo suficiente para cachar la pelota que el mundo no deja de aventarnos y rápidamente volverla a lanzar. Ahora sé que tenemos que fingir que no vimos la pelota. De otro modo el juego no terminaría hasta el día de nuestra muerte.

Sabía que iba a hacerlo. Siempre tuvo esa expresión confusa en los ojos, una expresión que significaba: “Yo aquí no encajo”.

Ahora que te fuiste, mayrik, dime: ¿Alguna vez encajamos en algún lugar?

\* \* \*

Se odiaba, más y más cada día, pero no podía evitarlo. Era como si un demonio la poseyera. Y era el demonio el que golpeaba a su hija, no ella. Luego volvía de su estupor y se daba cuenta de lo que había hecho. No. Ella no: lo que el demonio había hecho. Ella nunca haría conscientemente algo tan espantoso. Qadar era su vida.

En la cabeza de Qana había voces: voces que le gritaban todo el tiempo cosas horribles. Que era una mala madre, una mala hija, una mala esposa. Voces que la hacían sentir desesperanzada, triste, irritable, enojada, agresiva. Voces que la impulsaban a seguir limpiando. ¡Todo está sucio, Qana! ¡Lava! ¡Frota! ¡Trapea! ¡Cepilla! ¡Sacude! ¡Limpia! Voces, también, que le decían que golpeara a su hija. Una vez fue con un doctor. Él al principio pensó que era esquizofrénica. Luego, tras interminables interrogatorios, le dijo que tenía trastorno obsesivo compulsivo.

—Eso es fabuloso —dijo, casi contento—. La esquizofrenia es mucho más complicada y amenazante.

Al ver su sonrisa, Qana se preguntó si debía celebrar el hecho de tener “solamente” toc.

Por lo visto era el toc lo que le hacía tener reiteradas ideas irracionales y violentas, eso que ella llamaba “las voces”. Por lo visto, mientras más combatía ella esas ideas, más fuertes se hacían.

—Pero, doctor, usted no entiende: el viernes pasado estuve a punto de matar a mi hija. Le arrojé la máquina de planchar.

Le dio pastillas. Qana no quería eso: las pastillas habían convertido a su hermana en una muerta viviente.

El doctor también recomendó que fuera con un psicoterapeuta. Para superar el síndrome se necesitaban análisis, orientación, paciencia y un seguimiento constante, dijo.

—Tiene que aprender a combatir lo ilógico con las armas de la lógica. Es un hábito que el terapeuta le ayudará a adquirir con el tiempo. Es el único tratamiento para lo que le pasa.

\* \* \*

Beirut, lunes 26 de septiembre de 1983

“Déjeme decirle qué es en verdad lo que me pasa, querido doctor.

”Soy un fracaso. Estoy casada con un fracaso. De niña abusaron sexualmente de mí. Maté a mi primera hermana. Encerré a mi segunda hermana en un hospital psiquiátrico. Mi madre se suicidó. Hace dos semanas perdí al único hombre sobre la faz de esta tierra que en verdad me ha amado. La semana pasada descubrí que estaba embarazada de su bebé. El sábado pasado asesiné a nuestro bebé. Mi hija lo vio todo. Tuve que llevarla para que me ayudara en el camino de regreso. Me odia y yo también me odio. Eso es lo que me pasa.”

No le dije ninguna de esas cosas en voz alta. Sólo las dije para mis adentros cuando salí de su clínica. La caja de pastillas que me dio la tiré en un bote de basura en la calle.

Un bote de basura que se parece muchísimo a mi vida.

\* \* \*

Era lo más difícil que hubiera tenido que hacer jamás, pero Qana sabía que tenía que hacerlo. Por su hija, no por ella. Ella no buscaba salvación: sólo

quería evitar que Qadar se desecara. Ha sentido el reciente cambio en ella. Algo grande pasó en su vida, algo extraordinario que la ha convertido en una versión de sí misma más suave y ligera. “Debe de ser el amor.” Y Qadar debería agarrarlo y nunca dejarlo ir. Qana lleva mucho tiempo consciente de que el matrimonio de su hija era un fiasco. Y ese día era una fecha significativa: oportuna para la confesión que se ha propuesto hacer.

Era una fría mañana de invierno del año 2005. Qana estaba apurándose para terminar el plato favorito de Qadar, adas b Hamod,[30](#bookmark68) antes de las nueve, hora en que llegaba su hija. Últimamente estaba yendo mucho a Beirut, pero nunca se quedaba en la casa de sus padres.

—Me siento más cómoda en un hotel, madre.

Qana no perdió el tiempo: empezó en cuanto Qadar entró y se sentaron a tomar café.

—Hoy habría sido nuestro vigésimo quinto aniversario.

Qadar miraba a su madre, desconcertada. Qana prosiguió.

—Era bueno y generoso. Siempre nos mandaba gratis los mejores productos de su tienda. Lo básico y lo extra. Decía “Este chocolate es para Qadar”; “A Qadar le encantaría esta marca de helado”.

”Te acuerdas de él, ¿no? A veces tú ibas a su tienda a recoger los productos. Te preguntabas por qué no teníamos que pagarle y yo siempre te decía que le habíamos dado el dinero por adelantado.

”En verdad me amaba, Qadar: tal como yo era. Por fin era la favorita de alguien.

”Lo mataron. Fue el 12 de septiembre de 1983. Los drusos acababan de masacrar a cientos de civiles cristianos y milicianos en la Guerra de la Montaña. En Bhamdoun, en Bireh, en Chartoun y muchos otros pueblos del área de Yábal.[31](#bookmark69) Gargantas degolladas, cabezas que caen como los cocos de las palmeras. Y los milicianos cristianos tomaron represalias, por supuesto. Khaldoun era druso, un druso viviendo en un barrio cristiano. Un blanco muy fácil. Tenía que ser uno de esos circunstantes que pagan el precio por su identidad. Me dijeron que quienes le dispararon fueron dos clientes de su tienda. Antoine, a quien conocía desde los cinco años, y Elie, hijo de la viuda Oum Elie, a quien Khaldoun siempre le daba un descuento de cincuenta por ciento.

”Oum Elie solía decirle a Khaldoun ‘Allah Yehmik!’[32](#bookmark70) para expresar su gratitud.

”El día que lo asesinaron ella bailó y ululó por la calle.

Qana lo confesó todo. Lo que vino antes y lo que vino después. Cómo poco a poco se había visto rodeada por la crueldad. Jeddo Ameen y lo que le había hecho a la pequeña Qana. Fátima y lo que la pequeña Qana le había hecho a ella. La fábrica y cómo ésta le mató el alma. Luqa y cómo acabó con sus aspiraciones. Las revelaciones de Qayah antes del suicidio. Aintab. Adana. Jerusalén. Negan. Avi. Y luego sreur Constance. Y Najat. Y perder el amor después de haberlo encontrado.

El agotamiento, la pobreza, las responsabilidades, las derrotas.

Todo ese peso, ella sola.

—No desperdicies tu vida como lo hice yo.

Un avance informativo en la televisión interrumpió su monólogo. Apareció en la pantalla el retrato de un famoso periodista libanés. Tanto Qana como Qadar alargaron la mano buscando el control remoto.

“Un coche bomba acaba de matar a Gebran Tueni, político antisirio y periodista libanés sin pelos en la lengua, un día después de que volvió de París. Aproximadamente a las nueve de la mañana, un coche Renault con cuarenta kilos de dinamita se hizo estallar por control remoto en la zona de Mkalles mientras el Range Rover blindado de Tueni iba camino a su oficina en el periódico An Nahar en el centro de Beirut. Tueni, de cuarenta y ocho años, miembro del Parlamento con curul ortodoxo en Achrafieh, iba acompañado de Andre Michel y de su chofer Nicolas al-Flouti. Los tres murieron en la explosión. El número total de heridos todavía no se confirma. Tueni era un destacado político opositor y participó activamente en las protestas que siguieron al asesinato de Hariri. Esas protestas han contribuido a que Siria se retire de Líbano.”

Otra pérdida masiva en la historia sangrienta de este país.

Qadar estaba llorando, tanto por su madre como por Gebran. Pero Qana no había terminado. Había algo más que aún tenía que confesarle. Lo más difícil, quizá. Tomó las manos de su hija entre las suyas.

—El bebé era un niño, Qadar.

\* \* \*

Beirut, lunes 13 de abril de 2015

Ya casi no come. Tengo que vigilarla y obligarla a tragar algo de comida para que no se muera de hambre. Tampoco está durmiendo. En la noche Luqa y yo la oímos deambular por la casa agitando las extremidades como sombras de papel. No hace nada en todo el día: sólo se queda sentada junto a la ventana con los ojos vacíos, mirando al frente. O más bien mirando atrás, el rastro de sangre que lleva a ella. Los pasos de la muerte.

Cuando perdemos el tiempo, ¿estamos usándolo? ¿Qué esperar el fin no es también vivir? La vida no discrimina: fluye a partes iguales en el corazón que canta y en el corazón que llora.

De vez en cuando intentaba garabatear algo en un papel y sostenía la pluma como si fuera una pala.

Se había convertido en su propia sepulturera.

¿Es eso siquiera posible?

Por supuesto. Todos lo somos.

Algunos con más prisa que otros, ésa es toda la diferencia.

[1](#bookmark8) Manera libanesa de implorar y decir ¡Por el amor de Dios!

[2](#bookmark9)

Literalmente, “La nieve se derritió y emergió la mierda”, conocido dicho libanés para señalar que la fealdad que estaba oculta bajo una apariencia reluciente ha salido a la superficie.

[3](#bookmark10)

¡Vamos! en dialecto libanés.

[4](#bookmark11) Equivalente árabe de Pulgarcito, el personaje de cuento de hadas.

[5](#bookmark12) Abuelito en árabe.

[6](#bookmark13) Literalmente lunita, como decir mi cielo en libanés.

[7](#bookmark14)

Por nada en dialecto libanés.

[o](#bookmark15)

Escondidillas en árabe.

[9](#bookmark16) ¡No te atrevas! en dialecto libanés.

[10](#bookmark17) Hija de la criada en armenio.

[11](#bookmark18) ¡Cállense! en armenio.

[12](#bookmark19)

Bestia en armenio.

[13](#bookmark20)

Buenos días en árabe.

[14](#bookmark21) Señorita en árabe.

[15](#bookmark22) Señor en asirio.

[16](#bookmark23) La hogaza de pan en árabe. Publicada en 1939, esta novela libanesa clásica gira en torno a Líbano y el mundo árabe durante la Primera Guerra Mundial.

[17](#bookmark24)

Cita de Al-Ragheef: “Pero tú no temes a la muerte: temes a la vida”.

[1o](#bookmark25)

Viejo refresco libanés.

[19](#bookmark26) Famosos amantes árabes, Romeo y Julieta del desierto.

[20](#bookmark27)

Literalmente “¿Ésa dónde me la puedo gastar?”, manera libanesa de decirle a alguien que su promesa no vale nada.

[21](#bookmark28)

Agua de rosas, refresco tradicional en Líbano.

[22](#bookmark29)

Marca de leche en polvo muy consumida en Líbano.

[23](#bookmark30)

Señor en árabe.

[24](#bookmark31)

Plato popular en la cocina armenia (pero también en Turquía), consistente en bolitas de masa rellenas de una mezcla de carne especiada hervidas o cocinadas al vapor.

25

Alabado sea Dios en árabe.

[o f\](#bookmark32)

Las Falanges Libanesas.

[27](#bookmark33)

¿Cuánto es? en armenio.

[2O](#bookmark34)

Famosa boutique de ropa para niños, mujeres y lencería que existe desde 1935, cuando abrió su primera tienda en la calle Souk al-Tawileh en el centro de Beirut.

[29](#bookmark35)

Vieja moneda de Líbano. Antes de la inflación, una lira era equivalente a cien qirshs o piastras.

[30](#bookmark36)

Clásico plato hogareño libanés consistente en una sopa de lentejas cocinadas con acelga y limón.

[31](#bookmark37)

Literalmente, montaña en árabe. Así es como llaman los libaneces a los distritos montañosos, con predominio druso, de Chour y Aley.

[32](#bookmark38)

Que Dios te proteja en árabe.

QAMAR

(Alepo, 1997)

Bisnieta de Qayah Nieta de Qana Hija de Qadar

La que conquistó el fin y sus comienzos

La Reina de Tréboles tiene la lengua afilada que un carácter peleonero normalmente trae consigo. Es impulsiva y testaruda, no tiene pelos en la lengua y les hace saber a los demás exactamente a qué atenerse con ella. Haga lo que haga, no puede escapar de sus karmas pasados. Su destino lo gobierna la Memoria.

Oh, hija mía, ven a que pongamos nuestras heridas al fuego en los manantiales minerales de madres abatidas.

¿Quién dijo que la muerte deteriora a un ser humano?

Tu abuela se ha vuelto estrella en la noche de la muerte.

SANIYA SALIH (poeta siria)

“Yo, Qamar Yaziji, me ofrezco a ti en matrimonio conforme a las instrucciones del sagrado Corán y el sagrado profeta; la paz y las bendiciones sean con él. Prometo, con honestidad y sinceridad, ser para ti una esposa fiel y obediente.”

Se conocieron el 6 de enero de 2014 en un campamento de refugiados sirios en Gaziantep, Turquía. Había llegado ahí con sus padres, Qadar y Fouad, huyendo de la guerra en Alepo. Qamar nunca olvidaría esa fecha. Ese día cumplía diecisiete años: el cumpleaños más deprimente y más memorable que jamás haya tenido.

Lo primero que notó del trabajador social turco, cuando él ayudaba a su grupo a instalarse, fueron sus manos y su voz. Dos manos cansadas y sin embargo poderosas, manos que parecían haber sufrido intensamente pero que aún eran capaces de mover montañas, y una voz profunda y dominante que la dejó sintiéndose indefensa.

No podía sino obsesionarse con esas manos y esa voz. y el hombre que venía con ellas. Decidió que tenía que hablar con él. Tenía que apretar una de esas manos, dejar que su palma sedienta tocara esa piel exhausta, una piel tan empapada de historias que contar. Tenía que sentir a esa voz envolverla en su potente textura y sus tonos brillantes, como alas de carne y hueso que pudieran llevarla volando a cualquier parte. Absolutamente a cualquier parte.

Ese día, apenas cuatro meses y tres días después, se estaban casando. Esas manos y esa voz serían suyas, sólo suyas de ahora en adelante. Habían intercambiado sus votos, a pesar de que no tenían que hacerlo,[1](#bookmark83) pero él quería que fuera así. Habían firmado el contrato matrimonial. Ya era formalmente su esposa, su Halal. El oficiante ya estaba recitando la Fatiha.

“Bismillahi r-rahmani r-rahlm Al hamdu lill ahi rabbi l-’alamln Ar rahmáni r-rahlm Máliki yawmi d-dln... Ameen.”

Era el primer hombre del que se enamoraba y la primera persona en la vida que le mostrara una atención rigurosa. Rigurosa al grado de ser obsesiva. Tal como a ella le gustaba, tal como ella necesitaba para sentirse tranquila. Él no pasaría por alto ni un solo detalle de su tiempo o de sus pensamientos. Físicamente también se sentía tremendamente atraída hacia él. Lo único que no le gustaba de su aspecto era su pelo, pero eso no era importante. “Nadie es perfecto”, se decía a sí misma.

Antes de conocerlo ella creía ser cien por ciento lesbiana, pues hasta entonces se había sentido atraída exclusivamente por muchachas. Muchachas que la habían hecho sufrir y la descuidaban. Las describía como “réplicas de mi madre”. Al final resultó ser bisexual.

—Pero prefiero la palabra pansexual —le dijo un día a su amigo Moodi. Esa mañana había visto en su teléfono un video de YouTube y oyó a una estrella pop definirse así en una entrevista. Para alguien que criticaba la civilización del siglo xxi tanto como ella, Qamar estaba extrañamente enganchada a las herramientas tecnológicas de la época. También, como muchos árabes de su generación, la mayoría de sus nociones y referencias culturales las obtenía del “malvado Occidente”. Producto orgánico de la televisión por satélite, era, en ese sentido, una representación civil de las inconsistencias que el infame Da’esh manifestaba: visiones y métodos arcaicos diseminados con plataformas de comunicación ultramodernas. isil[2](#bookmark84) mostraba una contradicción performativa: sus declaraciones refutaban las condiciones que permitían su expresión y difusión.

Moodi era un joven sirio de Al Raqa,[3](#bookmark85) a quien Qamar conoció su primera semana en el campamento. Era gay, definitivamente cien por ciento, y había optado por alterar su verdadero nombre, Mohammad, que en su opinión no compaginaba con su orientación sexual. La primera vez que chupó un pene y el hombre empezó a gemir “¡Oh, Mohammad! ¡Sí, Mohammad! ¡No pares, Mohammad!”, inmediatamente sintió la urgencia de convertirse en Moodi.

—¡Pensaba que iba a gritar Allahu Akbar[4](#bookmark86) cuando se viniera en mi boca! ¡Qué manera de estropearme la erección! —le confesó a Qamar.

Moodi era divertido y bondadoso.

Estaba exultante cuando ella le dijo que sentía algo por el coordinador del campamento.

—¡Me ganaste, Eva traviesa! ¡Y te atreves a acusarnos de quedarnos con todos los buenos! ¡Estoy bromeando, ya albeh![5](#bookmark87) Me da gusto por ti, amiguita. Pronto descubrirás lo formidable que es que te coja un hombre. Apuesto a que después de eso darás una vuelta en U y te volverás completamente heterosexual.

—A lo mejor soy un hombre gay atrapado en el cuerpo de una mujer lesbiana —bromeó.

Moodi era el único al que le habló de la boda cuando se fijó la fecha. Dijo que quería que fuera su dama de honor.

—No hay damas de honor en las bodas musulmanas, tontita. Quieres decir testigo.

Poco después lo encontraron muerto cerca de la verja del campamento. Completamente desnudo. Lo habían degollado y tenía gran parte de los genitales mutilados. Le habían escrito en la frente las palabras louti hakee[r6](#bookmark88) en rojo oscuro, con su propia sangre. La sangre se había secado y formaba una costra. Qamar fue corriendo con su prometido anegada en lágrimas.

—¡Están diciendo que un miembro de isil escondido aquí lo asesinó!

—En este campamento no hay miembros de isil, sevgilim.[1](#bookmark89) Relájate. Lo más probable es que fuera un amante celoso que quería desviar las sospechas. Así es como muere la mayor parte de esa gente.

A Qamar no le gustó cómo había sonado “esa gente” pero no dijo nada.

—Además, ahora que estás por volverte musulmana, deberías dejar de ser comprensiva con esa anormalidad. Que Alá los ayude a sanar.

Dijo “anormalidad”, la palabra que la había hecho llorar hasta quedar dormida tantas veces en Alepo. Pero lo amaba. “Nadie es perfecto.” La enorme seguridad emocional que sentía con él era mucho más fuerte que cualquier otra cosa. Nunca le confesó que había estado con mujeres; que también ella era “anormal”.

Al día siguiente iban a ir a Estambul.

—Allí nació mi madre. Te va a encantar la ciudad. Tú me la recuerdas mucho: tienes la misma clase de belleza anárquica.

Harán muchas cosas juntos y viajarán a un montón de lugares. Cuando termine el trabajo que tiene que hacer en Estambul, le sacará un pasaporte turco y se reunirán con la familia de ella en los Estados Unidos, donde podrán vivir una temporada. Luego él quisiera regresar a Turquía y fundar su propia ong. Le encanta ayudar a gente necesitada. Eso es lo que dijo, y una voz como la suya nunca podría decir una mentira. Era tan apasionado que ella a veces sentía que estaría dispuesto a morir por una causa en la que creyera. “Qué persona tan noble.” Tendrán hijos, por lo menos cuatro, y ella dedicará todo su tiempo y energía a criarlos y cuidarlos. Luego, quizá cuando ya todos hayan crecido y vayan a la escuela, ella podrá empezar a dedicarse a sus propias pasiones en su tiempo libre.

No era la moda, como su madre habría querido, ni la odontología, como su padre deseaba. El sueño de Qamar era pilotar aviones. De hecho, su sueño original siempre había sido convertirse en astronauta, desde que vio una entrevista con el primer, y único, astronauta sirio, Muhammad Faris, muchos años antes en la televisión siria. Él también era de Alepo y viajó al espacio exterior en 1987. Sabía que era un sueño improbable. Con todo, pensaba que si él podía hacerlo, ella también podía.

Pero eso fue antes de la guerra. Antes de Gaziantep. Y sobre todo, antes de él y esto. Ahora redujo su ambición a pilotar aviones.

—Nuestros hijos tienen que crecer aquí, no en América —le decía él reiteradamente.

A ella le gustaba que fuera un hombre tradicional. Tradicional y religioso. Bueno, a veces demasiado tradicional y demasiado religioso, pero está bien, “nadie es perfecto”, ¿verdad? Ya limará ella las asperezas con el tiempo. Además, para desconsuelo de su padre, nunca ha sido cristiana practicante, así que bien podría convertirse en una buena musulmana. Una tiene que complacer al menos a una versión de Dios. “Por si acaso.”

—¿Te puedes poner el hiyab?[8](#bookmark90) Hazlo por mí —le pidió inmediatamente antes de la ceremonia.

—Haría lo que fuera por ti, mi amor —dijo ella mientras se ajustaba el velo sobre su largo pelo negro—. Absolutamente lo que fuera.

\* \* \*

Gaziantep, viernes 9 de mayo de 2014

No le contaré de la boda ni de Estambul. Se puso histérica el mes pasado cuando le di la noticia de mi compromiso. De todas formas no merece saber nada de mí. Nunca me quiso. Se iba a Beirut y nos dejaba semanas. Y le ha puesto el cuerno a mi padre. No una vez, no dos veces: reiteradamente. Él nos contó y ella nunca lo negó. Además, siempre que estaba en Alepo pasaba todo el tiempo trabajando. Ella y su boutique sacrosanta.

—¡Es fundamental que tengas una carrera, ya binti!

—No, madre. No si tengo que descuidar a mis hijos por ella. No si tengo que hacer que se pregunten por qué no eran dignos de mi atención. No si eso me vuelve incapaz de cocinarles una sola comida o de no querer hacerlo. No si tengo que dejarlos con una niñera que le da más

importancia a la última canción de Kathem Al-Sahe[r9](#bookmark91) que a ellos. Una niñera con la que una noche vio a su padre cogiendo en la cocina mientras su madre estaba en uno de sus preciosos viajes de negocios y de placer.

¿Qué clase de madre es ésa, mamá querida? ¿Nadie te dijo que los regalos caros y los aparatos electrónicos no compensan el abandono? ¿Que dos semanas al año de lujosas vacaciones no pueden reemplazar toda una vida? Al diablo el progreso y la igualdad y Occidente y “la mujer del siglo XX” que estás tan orgullosa de ser. La mujer árabe progresista del siglo XX ha corrido con suerte. Ha tenido una madre chapada a la antigua: una que la bañaba, le daba de comer y le enseñaba a amarrarse las agujetas. Una que se desvelaba para cuidarla cuando se enfermaba. Son los descendientes del siglo XXI de esa mujer los que se fastidiaron, porque tuvieron por madre a una puta egoísta. ¿O es más bien que tú te pasaste con lo de la putería?

Cuántas veces no quise gritarle “¡Sé lo que hiciste en 2004!”, pero nunca me decidí. En vez

de eso escogí “Bekrahik!”[10](#bookmark92) sin las explicaciones. Sentí que eso la haría sufrir mucho más.

Acababa de cumplir siete años y miss Hadia era nuestra maestra de inglés de segundo grado. Fue mi primer enamoramiento, incluso antes de entender lo que era un enamoramiento. Solía escribirle poemas tontos que nunca le mostraba. Me convertí en el primer lugar en inglés sólo para darle gusto. Ella había crecido en el Reino Unido, hija de madre británica y padre sirio, y volvió a Alepo a los veintisiete años para estudiar árabe. Se mantenía enseñando inglés en nuestra escuela. Era rubia. Rubia como una vacilante declaración de amor.

Era jueves. Jueves 22 de enero. Lo recuerdo bien porque no había clases y esa mañana había visto un programa sobre la historia de los aviones en Discovery Channel. Fue entonces cuando descubrí a los que habrían de convertirse en mis héroes: Charles Lindbergh, Antoine de Saint- Exupéry y, por supuesto, la gran Amelia Earhart. El programa se transmitió después de un documental sobre el año nuevo chino, que se celebraba ese día. A Boulos y a mí, mi padre y mi madre sólo nos dejaban ver dos horas de televisión al día, pero cuando ellos no estaban, la niñera nos dejaba ver todo lo que quisiéramos con tal de que no la molestáramos. La nuestra fue una de las primeras casas en Alepo con antena parabólica.

Era temprano por la tarde. Mi madre acababa de regresar del trabajo y estaba en la regadera. Yo estaba en su cuarto de casualidad, probándome algunos de sus zapatos de tacón. Tenía muchísimos. Allí estaba su teléfono. Sonó, así que miré. Vi en la pantalla el símbolo de mensaje nuevo (el sobre cerrado). Chequé el nombre del remitente. Era nada más una misteriosa H.

Algo me impulsaba a abrir el teléfono. Era un Nokia, como el que le habían dado a mi amiga Titi cuando cumplió once años. Ella me enseñó a desbloquearlo y a jugar Snake.

Así que lo desbloqueé. El mensaje estaba en inglés.

“Te extraño. Extraño nuestra breve escapada a Beirut. ¿Cuándo te volveré a ver? Por favor contesta. Tu silencio me mortifica. Te amo, siempre.”

No entendía todas las palabras pero sí sabía lo que significa “te amo”. Anoté en un papel el número que se mostraba debajo del mensaje, borré el SMS y regresé el teléfono adonde estaba, en el buró. El corazón me latía tan rápido que pensé que iba a explotar.

—¿Puedo ir a casa de Titi?

Titi (Tania) era cuatro años mayor que yo. Vivía en la casa de junto y yo pasaba mucho tiempo ahí. Sus padres eran muy ricos y la colmaban de toda clase de juguetes. Tenía la coleccion de Barbies más grande que yo hubiera visto jamás, y me dejaba jugar con ellas.

Mi madre me gritó desde la regadera:

—¡Está bien! Sólo cierra la puerta cuando salgas.

Nunca sospechó nada. Ni ese día ni después.

—Titi, ¿me prestas tu teléfono un momentito?

—¡Claro!

Marqué el número.

—¿Bueno? Bueno, ¿quién habla?

Era una voz de mujer, de tono y acento conocidos.

Era ella.

[1](#bookmark73) Normalmente las parejas musulmanas no recitan votos sino que escuchan las palabras del imán, que

les habla de la importancia del compromiso matrimonial y las responsabilidades de la pareja para con el otro y para con Alá. Les pregunta tres veces a la novia y al novio si aceptan al otro en matrimonio conforme a los términos del contrato tradicional o Nikah. Luego firman y el matrimonio queda sellado. Sin embargo, algunos novios y novias musulmanes sí eligen además intercambiar sus votos.

[2](#bookmark74)

Acrónimo árabe para el grupo salafí yihadista Estado Islámico de Iraq y el Levante (ISIL, por sus siglas en inglés), conocido también como Estado Islámico de Iraq y Siria (ISIS) o simplemente el Estado Islámico.

[3](#bookmark75)

Ciudad en Siria ubicada en la orilla noreste del río Éufrates, aproximadamente ciento sesenta kilómetros al este de Alepo.

[4](#bookmark76) Frase islámica para el Takbir, que se traduce como “Dios es el más grande”.

[5](#bookmark77) Literalmente mi corazón en árabe, manera de dirigirse a alguien a quien se quiere.

[6](#bookmark78) Cochino maricón en árabe.

Mi amor en turco.

[o](#bookmark80)

Velo islámico en árabe.

[9](#bookmark81) Famoso cantante iraquí contemporáneo.

[10](#bookmark82) ¡Te odio! en árabe.

QADAR, OTRA VEZ

—¿Te has vuelto loca?

Qadar no podía creer lo que oía. La irresponsabilidad de su hija estaba alcanzando nuevas cotas. Desde que finalmente huyeron del sitio de Alepo el enero anterior y llegaron a salvo al campamento de refugiados en Gaziantep, su insensatez se había vuelto insoportable. Pero eso ya era mucho más que simple insensatez.

¿Dónde estaba Fouad ahora que lo necesitaba? En cuanto se instalaron en el campamento tuvo que irse otra vez. Primero a Alepo a vender su casa (la única propiedad que le quedaba que no se hubiera visto completamente dañada con el bombardeo) y luego a Beirut a tratar de conseguirles visas para los Estados Unidos. Llevó consigo los pasaportes de su esposa y su hija. Eso de estar sin pasaporte ponía muy nerviosa a Qadar, le hacía sentirse atrapada. Pero no había de otra: él había decidido que irían a Durham, en Carolina del Norte, donde vivía Boulos. Su hijo había terminado la licenciatura y ahora era estudiante de primer año en la Escuela de Derecho de la Universidad Duke, tal como quería. Dos de sus modelos de conducta eran exalumnos de Duke: el periodista Charlie Rose y William Styron, autor de La decisión de Sophie. Boulos incluso obtuvo una beca completa, algo muy oportuno dado que la situación financiera de Fouad había ido de mal en peor desde que empezó la guerra civil en Siria. Había invertido todo su dinero en bienes raíces, y las propiedades que había comprado a lo largo de los años, al igual que su clínica, habían sido destruidas durante los múltiples bombardeos de Alepo.

—Sólo unas cuantas semanas en Gaziantep y nos vamos a Durham — prometió Fouad. Entrarían a los Estados Unidos con visas de turista y luego empezarían con el proceso de inmigración: ése era el plan. Recientemente la administración de Obama había prometido acoger a más refugiados sirios, y Boulos había leído en el periódico que la organización World

Relief en su sede de Durham estaba siendo muy eficiente en la integración de los refugiados.

—Me ofrecieron un trabajo para ti en una clínica dental de un estadounidense libanés en una ciudad cercana llamada Hickory. Es un pueblo precioso con un clima agradable a sólo dos horas en carro de Duke. World Relief seguro que los ayudará a establecerse allí. Y Qamar podría cursar un major en biología en Lenoir-Rhyne[1](#bookmark101) si después planea estudiar odontología.

Evidentemente no iba a ser fácil obtener la B2.[2](#bookmark102) Sin embargo, un influyente político libanés, uno de los viejos amigos Za’im del padre de Fouad, prometió ayudarle, pero había estado fuera tres meses. “La persona a la que llamó no está disponible en este momento.”

—De todas formas nunca ha estado disponible —decía Qadar encogiéndose de hombros cada vez que intentaba llamarle por el celular y oía el mensaje automático. ¿Le habría pasado algo? En ese momento no podía lidiar con esa posibilidad.

“¿Cómo llegamos a este punto?”, se preguntaba a cada rato desde el primer día. Le mortificaba que desde que llegaron a la ciudad no habían tenido con qué rentar siquiera un miserable cuarto. Las rentas en Gaziantep se habían encarecido debido al flujo de refugiados, y Fouad ya casi no tenía dinero en efectivo. Tampoco ella. Tuvieron que regresar a las afueras y quedarse en uno de los campamentos resguardados por el ejército turco.

Si uno mira un campamento de refugiados sirios desde arriba descubre un mar de tiendas blancas que irradian optimismo y seguridad. Todo parece pulcro y organizado, un refugio al que la gente acude para que la salven, le den comida y abrigo y la cuiden. No es precisamente un mundo de ensueño pero se acerca lo suficiente en esas circunstancias difíciles. Uno debe evaluar relativamente un contexto dado: Gaziantep frente a Alepo, no Gaziantep frente a Estocolmo.

Con todo, son las vísceras de un campamento de refugiados lo que revela su verdad. Voltea al revés esas tiendas blancas como si fueran bolsillos, sacúdelas, y caerá la negrura. Verás el lodo en los senderos y en las arterias. Las cuerdas donde la agotada ropa limpia de la gente se cuelga como si fueran residuos de vida. La manchas de lágrimas en las almohadas

usadas. Las escuelas improvisadas donde se supone que un huérfano tuerto debe aprender a contar hasta diez. Las hornillas desgastadas donde las mujeres se turnan para preparar algo que necesitan creer que sabe a café o a esperanza. El frío. El insoportable frío en invierno. Y luego el calor: el intolerable calor de verano. También voltea al revés las caras de los refugiados. Especialmente esas caras. Verás la vergüenza, la desesperación, el asco. Imposible no ver las expresiones de “Desearía mejor haber muerto” o “Desearía no haber nacido jamás”. Un limbo abandonado donde la única herramienta de supervivencia de la gente consiste en pensar que “podría haber sido mucho peor”, en comparar su situación con la de quienes han sido menos afortunados. Por suerte, en un campamento de refugiados uno siempre consigue encontrar a los menos afortunados. Incluso si has perdido a dos hijos y un brazo, habrá por ahí alguien que perdió a toda su familia y las dos piernas. Sólo necesitas acercarte lo suficiente, ser un buen cazador de catástrofes. Porque la tragedia de los demás es tu único consuelo.

Dos colchones sucios, un par de cobijas de lana cruda y algunas tazas de plástico para tomar agua de los garrafones desperdigados afuera: eso era todo lo que Qadar y su hija tenían ahora. Y en medio de esa desolación, la testaruda y beligerante muchacha de diecisiete años le anunció a su madre que estaba comprometida.

—¿Comprometida? ¿Esto es una especie de broma de día de los inocentes? ¿Cómo y cuándo pasó?

—¡Eso no te incumbe!

—A tu padre le va a dar un infarto.

—No es cierto; él sabrá entender.

—¿Entender qué? ¿Que su hija, que sigue siendo menor de edad, ha decidido comprometerse en un triste campamento de refugiados?

—¿Y eso qué? No es que vayamos a vivir en este lugar para siempre.

—Muy cierto, no viviremos aquí para siempre. Nos vamos a ir a los Estados Unidos, ¿recuerdas? ¿Y qué vas a hacer entonces? ¿Quedarte aquí con él?

—Claro que no. Nos vamos a casar y él vendrá con nosotros. Ya lo pensamos todo.

Qadar estaba consternada. Su hija no podía haber sido más ingenua. Pensaba y actuaba como niñita malcriada que se imagina que si quiere algo, puede pasar y va a pasar.

—¿Quién es este hombre? ¿Cómo lo conociste? ¿Cómo se llama?

—¡Ya te dije que no te incumbe!

—¿Ni siquiera puedo saber cómo se llama tu prometido?

—¿Para qué querrías saberlo? ¿Para podértelo robar a él también?

¿Robar qué? ¿A quién? ¿Cómo? Qadar se sentía completamente desorientada. Últimamente había visto a su hija acompañada de un trabajador social, y eso no le hacía gracia. En primer lugar, porque era turco. En segundo lugar, porque se veía claramente mayor que ella: de treinta y tantos años, si no es que más. ¿Sería él el misterioso prometido? Seguro que sí. No hay modo de que sea el único otro tipo con el que se lleva: su amigo perceptiblemente gay Moodi. Demasiado perceptible.

—Dile que se cuide, podrían lastimarlo. Aquí hay muchos cavernícolas —le advertía a su hija.

“¡No por favor! Quien sea, ¡pero no un turco!”, pensaba Qadar. De hecho ella habría preferido morir en Alepo que ir a Turquía, si no fuera por las súplicas de Boulos y porque Fouad aseguraba que pronto se irían a los Estados Unidos. Fouad nunca estuvo de acuerdo con ir a Líbano y ella tuvo que capitular. Su hija ya sabía cuánto despreciaba a ese país y a su gente.

—A lo mejor precisamente por eso se comprometió con alguien de aquí.

“¿Para podértelo robar a él también?”, había dicho. ¿Cómo que también? ¿Qué había querido decir?

—¿De qué estás hablando? ¿Qué son estas tonterías, Qamar?

Hacía tiempo que se había resignado a que su hija rechazara el nombre Qayah. Qadar sólo le llamaba así para sus adentros.

—¡Te odio!

Qamar lanzó la granada habitual y salió furiosa de la tienda, dejando sin responder todas las preguntas, como las plegarias de una madre estéril. Qadar no pudo evitar llorar. Había estado llorando mucho últimamente. Ya bastante emotiva era para ella la experiencia de estar en Gaziantep. “Aintab”, como le llamaban en el periodo otomano. Allí era donde nació su querida abuela. Allí era donde Qayah perdió a su familia, su infancia, sus

sueños, su capacidad de sonreír. En otro escenario, ésa podría haber sido la tierra natal de Qadar, pero ahora tuvo que entrar en ella como mendiga. Tuvo que huir de la muerte desde el otro lado. De Alepo a Aintab. Un perfecto círculo de fuego con una circunferencia de cien años.

Qadar besó el relicario de acero que le colgaba del cuello. “Ayúdame, tatiky.” Ni Boulos ni Qamar han heredado el pelo rojo de su abuela y de ella. Se secó las lágrimas y salió de la tienda para buscar a su hija. Tenía que hablar con ella, intentar que se diera cuenta del gran error que estaba cometiendo. “No te desquites de mí desquitándote contigo.” También quería darle el relicario como gesto de tregua. Aunque a Qamar nunca le importó la familia del lado de su madre y su historia, no podía ser insensible al grado de no apreciar una ofrenda tan preciosa y significativa. Sabía cuánto atesoraba Qadar ese relicario. Nunca se lo quitaba, ni siquiera cuando llevaba a sus hijos a nadar a la playa de Ras al-Bassit, cuando eran pequeños y ella todavía podía salir con ellos. Ras al-Bassit era uno de los sitios más pintorescos del Mediterráneo: una amplia bahía con agua y arena limpias, rodeada de montañas y verdes colinas. Todos los veranos pasaba dos semanas con sus hijos en una cabaña privada, para compensar sus frecuentes ausencias el resto del año.

Qadar se sentía débil y las rodillas le temblaban. Recordó que no había comido nada desde el día anterior. Dio unos pasos más y se tropezó con él: el posible novio turco. En la mano izquierda llevaba una pila de vales de comida. Enseguida se puso la derecha en el pecho:

—Assalamu alaykum![3](#bookmark103) ¿Cómo está, señora Yaziji? Soy el jefe de coordinadores del campamento. Por favor hágame saber si puedo hacer algo para que esté usted más cómoda.

Hablaba en un árabe bastante decente, con un acento apenas perceptible. El árabe clásico, eso sí: no los dialectos sirio o libanés. Sonaba agradable pero algo en sus ojos le preocupaba a Qadar. Le parecían fríos. Fríos y vacíos. Recordó los ojos de su tía Najat: los ojos de un zombi. Y no estrechaba las manos de las mujeres, algo también muy alarmante: posible señal de radicalismo islámico.

—Qué amable.

—Es mi deber, señora Yaziji.

—Qadar, dígame Qadar —no soportaba que le dijeran señora Yaziji: ese nombre representaba todo lo que ella no era.

Él sonrió.

—Es mi deber, Qadar.

—¿Y usted?

—¿Qué conmigo? —se estremeció por un segundo y enseguida comprendió a que se refería.

—Ah, ¡discúlpeme! Beshir. Me llamo Beshir.

Otro mal presagio. “Todos los Beshir son criminales”.

—. Beshir Kizlar, a sus órdenes.

Relámpagos. Carne de gallina. Náuseas. “Por favor, que sea una coincidencia.” Últimamente ha estado suplicando mucho. No sabía a quién, pero de todas formas suplicaba.

—Gracias —un gracias seco, casi inaudible.

Él ya empezaba a darse la vuelta para irse, por haber sentido el cambio de vibra. Qadar reunió toda la valentía que había en ella. “No tan rápido, beshir Efendi”[4](#bookmark104)

—¿Dijo Kizlar? Una vez leí algo sobre cierto Beshir Kizlar Agha, pero no recuerdo qué o dónde. ¿Quizá en un libro de historia?

—¡Ah, debe de referirse a mi tatarabuelo!

Ay, no era una coincidencia. ¿Puede el destino ser más socarrón? Qadar casi pudo oír su desdeñosa risa burlándose de ella: “¡Marioneta desgraciada!”.

—Fue héroe de guerra en el Imperio otomano. A mí me pusieron el nombre de mi abuelo, a quien a su vez le pusieron el nombre en su honor.

Qadar se puso lívida. No pudo evitar arremeter contra él.

—¡¿Héroe de guerra?! Por lo que recuerdo haber leído, era más bien un asesino. Tengo ascendencia armenia, ¿sabe usted?

El hombre volvió a estremecerse, como si vacilara entre sentirse ofendido o avergonzado, si mostrar enojo o empatía. Eligió las disculpas, pero Qadar sintió que era más por cálculo que por remordimiento.

—Lo siento mucho. Tiene razón. Toda historia tiene dos versiones.

—¿No es usted de Adana?

—Sí, ahí crecí, pero mi padre se mudó a Adiyaman[5](#bookmark105) hace once años por trabajo, y nunca nos fuimos.

—¿Y qué hace su padre en la vida? ¿También él es un héroe de guerra? Evidentemente estaba siendo sarcástica pero eso no parecía provocarlo. Él sonrió. ¿Por bondad o por astucia? “¿Estoy siendo paranoica?”

—Los dos trabajamos para Borusan Oto: es parte del negocio de la familia de mi madre. Mi padre era gerente de sus instalaciones en Adana- Mersin. En 2003 lo mandaron a Adiyaman para establecer la concesionaria de BMW para el sureste de Turquía. Yo en esa época acababa de graduarme de administración, así que también participé en el proceso. Pero me tomé 2014 de vacaciones para hacer trabajo humanitario y practicar mi recién aprendido árabe. Borusan es una de las pocas compañías de Turquía con una política de sabático para sus empleados de más de diez años. —otra sonrisa del Efendi—. Y de todos modos no quiero estar en el negocio de carros toda la vida. Un día quisiera seguir mi propia vocación.

Le estaba dando más información de la solicitada. “¿Por qué? ¿Porque no tiene nada que ocultar o todo lo contrario? Los mentirosos también tienden a parlotear.” Las ideas se le agolpaban a Qadar en la cabeza. “Su familia tiene dinero, así que debo de equivocarme al pensar que es extremista. Pero por otro lado Osama Bin Laden era asquerosamente rico y mira lo que hizo.”

Se obligó a dejar de analizar. “Está bien. Ya basta de rodeos. A tomar el toro por los cuernos. Vamos a quitarnos esto de en medio.”

—¿Entonces es usted amigo de mi hija, según entiendo?

Otra vez no pareció en absoluto perturbado, como si estuviera listo para la corrida:

—De hecho quería hablar con usted sobre esto. He querido ir a hacerle una visita como Dios manda, pero Qamar no me dejaba. Me pidió que

esperara hasta que el señor Yaziji volviera de Alepo.

—¿Hablarme de qué? —su actitud se había vuelto a todas luces

agresiva. Ya no había necesidad del jueguito de la amabilidad. Tenía que

alejarlo de su hija, y rápido. Tenía muchas razones para hacerlo. Pero Beshir no se intimidaba con su creciente hostilidad.

—Estoy enamorado de su hija y quiero casarme con ella.

Su tono era respetuoso pero también firme. El tono de alguien que le dice a otro: “Así es como es y no tienes opción”. Qadar, sin embargo, tenía un carácter demasiado fuerte para someterse a ninguna amenaza subyacente. Arremetió contra él.

—¿Casarse con ella? Sí se da usted cuenta de que es demasiado joven para casarse, por no mencionar que usted es demasiado viejo para ella?

—El amor no siempre llega a la hora más oportuna, Qadar.

Otra vez relámpagos y carne de gallina. ¿Por qué tenía que decir eso?

En ese momento Beshir se dio cuenta de que todavía tenía puesto el gorro de lana. Con su tono cortés, acentuado por el árabe clásico que hablaba, dijo:

—Hace tanto frío que me la paso olvidándolo. Por favor disculpe mi grosería.

Rápidamente se lo quitó. Lo último que Qadar vio antes de perder el conocimiento fue su pelo. Un rojo ardiente, puro, profundo, igual que el suyo.

\* \* \*

Aintab, martes 1° de abril de 2014

“La verdad es más extraña que la ficción.” ¡Eso es tan cierto, señor Twain!

Esta noche traté de hacer que Qamar entrara en razón, pero amenazó con suicidarse si yo me interpongo en su camino. Y ahora me quedo con la pregunta más difícil de todas: ¿mi abuela o mi hija? ¿A cuál de las dos Qayahs le debo más? ¿Retribución o absolución? ¿Cuál de los dos cierres está más cerca de la justicia?

Ninguno. El odio extinguiéndose en la venganza es cobardía, y el odio poniendo la otra mejilla es autoengaño.

¿Qué habrías hecho tú, tatiky? ¿Merece su familia un perdón de cien años? Si en este momento le clavara los dientes en el cuello probaría en sus venas la sangre de tu madre o la de sus opresores?

Estoy emparentada con este hombre. Estoy emparentada con este hombre. Tengo que repetírmelo para creerlo. A veces siento que nuestros corazones y nuestras mentes se malinterpretan a propósito los unos a las otras, conspirando contra nuestro bienestar. Una vieja prostituta que conocí me dijo una vez: “Una siempre debe de seguir el instinto. Ni el sentimiento ni la razón: ambos llevan a la ruina”.

No sientas. No pienses. Sólo baila con lo que no conoces.

Lo que no conoces, prójimo, es tu único aliado verdadero: tu salvavidas.

\* \* \*

REUTERS

IDENTIFICADA LA TERRORISTA SUICIDA DE ESTAMBUL

8 DE ENERO DE 2015 / 6:28 PM

ESTAMBUL - La terrorista suicida que se hizo estallar con un chaleco bomba en la ciudad turca de Estambul el 6 de enero, provocando la muerte de un policía y heridas a otro, ha sido identificada, de acuerdo con fuentes oficiales.

Qamar Qaya Yaziji era, según han demostrado los registros de refugiados, ciudadana siria de Alepo. El objetivo de su ataque fue una estación de policía en el barrio turístico de Sultanahmet, cerca de la Mezquita Azul y el museo de Hagia Sophia. Vestida con un nicab, entró a la estación de policía y antes de detonar la bomba les dijo a los agentes que había perdido su cartera. Tenía cinco meses de embarazo, según declaró el patólogo forense. El primer ministro turco, Ahmet Davutoglu, les dijo a los reporteros que la terrorista llevaba otros dos artefactos explosivos, que fueron desactivados sin percances por agentes en la escena del crimen.

Yaziji, de 18 años, cristiana griega ortodoxa convertida al islam, se había casado en marzo de 2014 con el ciudadano turco Beshir Kizlar, conocido con el sobrenombre de Abu Sayyaf El Adanawi. Kizlar era miembro encubierto del grupo terrorista Dokumacilar, vinculado con isil. Por un corto tiempo trabajó como coordinador en un campamento para refugiados de Gaziantep, que es donde la pareja se conoció, declaró a Reuters el gobernador de Estambul, Vasip Sahin. Primero pasaron tres meses en Estambul, de mayo a julio de 2014, antes de entrar a Siria. En Siria, Abu Sayyaf El Adanawi combatió por isil y en noviembre pasado fue asesinado en Kobani, a la edad de 32 años. Yaziji, que en ese momento estaba embarazada, fue vendida como esclava sexual poco después de la muerte de él, para luego escaparse y volver a entrar a Turquía de manera irregular.

Según se dice, el grupo Dokumacilar está formado por aproximadamente 60 o 70 ciudadanos turcos de la provincia de Adiyaman,

ubicada al norte de Gaziantep, que cruzaron la frontera entre Turquía y Siria para incorporarse a ISIL y ser entrenados en sus campamentos.

La madre de la terrorista ha sido localizada e informada. Esta tarde voló de Beirut e identificó los restos destrozados de su hija, sobre todo por un viejo relicario de acero que llevaba colgado del cuello. La mujer no ha hecho ninguna declaración hasta ahora.

Estambul, martes 8 de enero de 2015

Yo vi.

Yo vi a una madre en Armenia bailando alrededor de los cadáveres de sus tres hijos. Los soldados le daban de latigazos. Los soldados le tiraban patadas. Los soldados la sacaban de su casa a empujones, pero ella no se los permitía. No dejaría solos a sus hijos. Siguió bailando por ellos, como hacía cada vez que estaban tristes. Siguió cantándoles canciones de cuna, incluso después de que los soldados le dispararon también a ella. La sacaron a rastras jalándole la larga cabellera negra y la aventaron sobre la pila de cadáveres en la calle. A la madre eso la tenía sin cuidado. En sus sueños, seguía bailando con sus hijos. En sus sueños, sus bebés nunca morirán.

Vi a una anciana con los ojos cerrados descansando en una cama improvisada, en una escuela en ruinas en Palestina. Cuerpos sin vida en su mente, cuerpos sin vida en su corazón, cuerpos sin vida en su pecho, cuerpos sin vida en su hombro derecho, cuerpos sin vida bajo sus párpados arrugados. La anciana tenía los ojos cerrados para apresurar su viaje hacia la nada. Sus ojos estaban cerrados para evitar tener que ver su alma colgando en el tendedero, secándose lentamente junto a la ropa de sus nietos, sí, nietos, esos diablillos que la agarraron por sorpresa y murieron antes que ella.

Vi a niños jugando con pistolas de papel en Líbano. No sabían nada de Play Stations o Nintendos o películas de Walt Disney. Arrancaban hojas en blanco de sus cuadernos y los doblaban una, dos, tres veces para convertirlas en armas. Los niños imitaban la guerra que sonaba en sus oídos. La guerra los aguardaba como ogro, para devorarlos en cuanto crecieran. Cavaban trincheras. Hacían la guardia. Apuntaban, disparaban, caían. Vi a niños matando su infancia y su mañana con pistolas de papel. Y el mundo sonreía como estúpido.

Vi a un hombre llorando frente a su casa destruida en Siria. No decía nada, sólo lloraba. Miraba y lloraba, sentado en una pila de concreto deforme que solía ser el cuarto de su hijo mayor. El cuarto desapareció. El hijo mayor también. La mano del hombre, posada sobre sus lágrimas, temblaba contra su voluntad. Su mano vencida estaba aprendiendo a abandonarse a su oscuro destino. Devorada, domesticada, la mano del hombre no sanará de sus recuerdos.

Vi la Primera Guerra Mundial, vi la Segunda Guerra Mundial, vi las revoluciones iraníes, las revoluciones egipcias, las guerras del Golfo, las guerras de Yemen, las guerras del Kurdistán iraquí, las guerras del Kurdistán turco, las guerras árabe-israelíes. Hermanos matándose el uno al otro y matándose a sí mismos en el otro. Madres mendigando comida. Padres que nunca vuelven a casa. Niños con partes del cuerpo esparcidas, esperando a que las vuelvan a armar adentro de sus ataúdes blancos. Vi hombres y mujeres asesinados, convertidos en una fracción insignificante después de una coma, y dejados atrás. Las bajas se cuentan sólo por cientos, por miles, por cientos de miles, por millones. Los que no llegaron al redondeo son intrascendentes.

Yo vi, yo vi, yo vi.

¿Cuántas otras muertes tengo que soportar, Oscuridad, antes de poder salir al fin del útero de mi madre?

¿Cuántos más de mis nacimientos tendré que llorar antes de poder vivir?

\* \* \*

Otra vez ese cínico crupier. ¿Qué todavía no tiene suficiente?

El interminable juego de póquer, otra vez. El que llevamos cien años jugando.

“La casa siempre gana”, dicen.

En efecto.

Dos muchachas con el corazón roto paradas en los barandales opuestos del mismo puente suicida.

—El odio puede ser mortal —dice Qayah.

—El amor también —responde Qamar.

Y saltan a un tiempo. Las décadas transcurridas entre ellas son una mera ilusión. Es la misma película, ya sea que la veamos en avance rápido o en retroceso rápido. Seguiremos volviendo al punto de partida. Suponemos que hay algo llamado Tiempo bajo la planta de nuestros pies. Que caminamos sobre él y avanzamos. Que el mundo cambia a nuestro alrededor. Pero sólo estamos engañándonos. Lo que llamamos pasado y futuro son puntos muertos. Solamente estamos rotando sobre nuestro propio eje, como bailarinas en la cajita de música, saludando con la mano a una multitud imaginaria, inconscientes de que ya todos nos fuimos,

simples

fantasmas

en

el

pozo

de

alguna

abuela.

[1](#bookmark95) Una universidad en Hickory.

[2](#bookmark96)

Visa temporal de turista para los Estados Unidos.

Saludo formal principalmente islámico.

[4](#bookmark98) Señor en turco.

[5](#bookmark99) Ciudad en el sureste de Turquía aproximadamente a ciento cincuenta kilómetros al norte de

Gaziantep.

NOTA AL LECTOR

Mi abuela sobrevivió al genocidio armenio.

Bueno, casi.

Nació en Aintab (conocida también como Antep o Gaziantep, situada en el sureste de Turquía) de un padre armenio, Nazar, y una madre armenia, Marine. Los Markarian eran una de las muchas familias que en ese entonces formaban la gran comunidad armenia de la ciudad.

Un aciago día de abril de 1915, cuando ella tenía apenas tres años, los soldados otomanos obligaron a sus padres y a cientos de miles de armenios a abandonar sus hogares. Atravesaron a pie el desierto sirio, sin comida ni agua, y a muchas personas las acosaron, torturaron, violaron y masacraron. Hubo más de un millón de muertos. Ella fue una de las sobrevivientes.

“Sobreviviente” es mucho decir. Mi abuela se suicidó en Beirut en 1978. Tenía sesenta y seis años, yo siete. Ingirió veneno para rata. La vi tendida en el suelo de la cocina con espuma blanca saliéndole de la boca. Cada vez que pienso en ella es así como la veo: no estrechándome entre sus brazos, no contándome un cuento, no acariciándome el pelo o llenándome de besos, que es como debería recordarse a una abuela. No, nada más la veo tirada en el suelo, sin vida, y gritando en mi cabeza todas las dolorosas palabras que nunca dijo. Así que, como verán, en realidad no sobrevivió al genocidio armenio. Como a tantas otras víctimas, la mataron, sólo que con un poco de retraso: ese día siniestro le plantaron una bomba de tiempo en el corazón y en el alma. Tic, tac, tic, tac. Explotó décadas después.

Los no muertos de las guerras son cadáveres vivientes o bajas diferidas.

\* \* \*

Mi abuela nació en 1912, mi madre en 1946, yo en 1970 y mi hija mayor en 1992. Soy mitad libanesa, un cuarto armenia y un cuarto circasiana, pero también tengo raíces sirias y palestinas. Cuando descubrí las sangres

diversas que me corren por las venas por fin entendí por qué siempre he estado en guerra conmigo misma, dentro de mí misma. ¿Es coincidencia que los antepasados del hombre al que amo sean turcos de Adana, donde empezaron las masacres? Espero que sí, casi con tanto fervor como quisiera creer que no.

A veces nos imagino a todos juntos, gente de diferentes edades y orígenes étnicos, que veneramos a diferentes dioses y hablamos en distintas lenguas y acentos, atrapados en un largo túnel interminable de conflictos sucesivos. Un crisol condenado llamado Medio Oriente, que ha sido testigo, y sigue siéndolo, de más luchas, adversidades y odio de las que pudieran jamás contarse, de Armenia a Líbano, de Palestina a Siria, por no mencionar Iraq, Kuwait, Egipto, Yemen, Turquía. Y la lista continúa.

Crecí viviendo y viendo tanta violencia y pesar a mi alrededor que a menudo me he preguntado si esta región desahuciada siempre estuvo predestinada a ser una tierra de dolor. Entre los mercenarios de isis que cortan cuellos hoy día y los soldados otomanos que hace un siglo esparcían el horror, ¿algo ha cambiado?

\* \* \*

Crecí en uno de los guetos armenios de Beirut. La casa de mi abuela estaba cerca y yo la visitaba casi todas las tardes con mi mamá. Ella siempre estaba triste, incluso cuando sonreía. sobre todo cuando sonreía, como si sintiera que no tenía derecho a la alegría. Nunca habló con ninguna de nosotras sobre lo que le había pasado durante el genocidio. Entiendo por qué. Para mí sigue siendo sumamente difícil hablar de casi todo lo que viví durante la guerra civil libanesa, que acabó con mi infancia y adolescencia (y con la de incontables personas más), y cuyas réplicas siguen devastando tanto mi tierra natal como mi alma. Nunca les he hablado a mis hijos del horror en las calles, el terror en los refugios, los jóvenes muertos, el estado de constante ansiedad, las heridas abiertas que llevo enterradas como minas.

Después del suicidio de mi abuela le pedí a mi madre que me enseñara armenio. Quería aprender su lengua. Todavía hoy, cada vez que hablo armenio siento su corazón latiéndome en el pecho.

Desde que tengo memoria he soñado con escribir esta novela como homenaje a ella, pero por mucho tiempo me faltó el valor para hacerlo. Parecía un salto a un volcán activo, un salto que no estaba preparada a dar, o quizá no quería hacerlo. ¿Por qué ahora? Porque por alguna misteriosa razón sentí la urgencia que uno por lo general siente justo antes de que se vuelva demasiado tarde.

Así que salté.

\* \* \*

A pesar de mi aprecio por ella, a menudo me ha parecido que la Historia, como estudio del pasado, tiene puntos flacos. En el lenguaje frío de la Historia, las víctimas se convierten en estadísticas, los depredadores en conquistadores, los especuladores en ganadores, los hogares en bloques de concreto, los lugares de origen en pedazos de tierra perdidos o confiscados, y la aflicción en conquista o derrota. Se abandona a los huérfanos, los deudos, las viudas, las violadas, los golpeados, los vejados; a quienes quedaron sin hogar o recibieron una bala, a los desplazados, los heridos, los masacrados, los muertos. Se abandona a las víctimas inocentes de todos los bandos, quienes no tenían ni voz ni voto en las calamidades que aguantaron. Les dicen “daños colaterales” y el gran angular de la cámara de la Historia (¿la escrita por los hombres?) sigue de largo. Según mi criterio, son ellos los verdaderos héroes de la guerra, ésos que sólo podemos ver con el microscopio del corazón, ésos de los que la mayoría de las veces se nos habla en las historias contadas por las mujeres.

De todas formas mi admiración por los combatientes, algunos de los supuestos superhombres de la Humanidad, nació muerta. Tenía a lo mucho seis años la primera vez que vi a uno “en acción”. Estaba atando con una cuerda a nuestro vecino, un musulmán de buen corazón llamado Hussein, a la defensa trasera de su BMW. El hombre seguía vivo, gritando y retorciéndose, cuando el coche empezó a recorrer la calle a gran velocidad. De abajo arriba, de arriba abajo y vuelta a empezar. En algún momento Hussein se calló y su cuerpo se convirtió en un peso muerto arrastrado por el coche. Muchos residentes de nuestro distrito estaban en los balcones de

sus departamentos viendo, como si la tortura fuera un programa de televisión para toda la familia, entretenido e inofensivo. Sentí náuseas, vergüenza e indignación aun sin entender entonces la razón de todo eso. Más adelante lo entendí, y esas sensaciones se justificaron todavía más y se sumaron a un sentido de la responsabilidad. Se convirtieron en combustible de mi lucha permanente contra toda forma de injusticia y prejuicio. El único crimen de Hussein había sido ser musulmán en un suburbio de Beirut donde los musulmanes eran vistos como el enemigo. Estoy segura de que en una dimensión paralela una niña musulmana ha presenciado la misma atrocidad cometida contra un hombre cuyo único crimen fuera haber sido cristiano en el suburbio musulmán de Beirut.

¿Con qué criterios la violencia llegó a considerarse una forma de heroísmo? Más allá de la idea filosófica según la cual el ser humano es intrínsecamente malvado, sería difícil no relacionar esta alabanza de la violencia, al menos parcialmente, con la realidad de que muchos de los dioses de esta tierra están obsesionados con el poder, son vengativos y sanguinarios, y peor aún, se les glorifica por serlo. Obviamente no estoy diciendo que sea culpa de los dioses: no podemos culpar a la criatura por cómo la concibió el creador. Esos dioses no son sino un reflejo de lo peor de nuestra especie: en vez de vencer el miedo, optamos por idolatrarlo; en vez de trascender el lado despiadado de nuestra naturaleza, decidimos justificarlo con modelos divinos. Un ejemplo que salta a la vista es que, en la mitología religiosa dominante de Medio Oriente, es decir, en las tres religiones monoteístas, la raza humana ha presenciado un fratricidio desde sus primogénitos.

Los hijos de Caín y Abel seguirán matandose salvajemente unos a otros hasta que reconozcamos para nosotros una génesis diferente y volvamos a imaginar dioses más humanitarios.

O simplemente ningún dios.

\* \* \*

Aunque este libro ha sido un arduo ejercicio de “predecir el ayer”, me hizo darme cuenta de cómo a veces la imaginación puede ser una biógrafa más

fiel que la memoria. Al menos para mí, las experiencias y los sentimientos humanos son y siempre serán más importantes que los acontecimientos que los detonaron. Las cicatrices pesan más que los cuchillos y les sobreviven. La narración se basa libremente en la historia y geografía de mi familia, pero la mayoría de los acontecimientos vitales, las fechas clave y los pormenores pertenece a la ficción.

Y en todo caso, ¿qué es la ficción sino una realidad pendiente?

Tengo la suficiente integridad intelectual para no pretender que mi opinión sobre los conflictos narrados en estas páginas sea objetiva. De todas formas no creo en la objetividad humana ni tengo mucho respeto que digamos por la idea de neutralidad. He escrito esta novela con mi carne, con mi sangre; he excavado en el pasado y el presente con mis propias uñas inquietas y estoy demasiado metida en las cuatro guerras y sus consecuencias perjudiciales para tener algo mínimamente cercano a una posición “neutral”. Aunque sé que un supuesto hecho es, casi siempre, el hecho de un bando, y aunque estoy bien al tanto de la controversia, los debates y los diferentes y a menudo contradictorios puntos de vista relacionados con la cuestión armenia, la causa palestina y las guerras de Líbano y Siria, con plena conciencia he adoptado una postura frente a todas y cada una de ellas, sencillamente porque esta postura es la historia de mi vida. Las áreas grises de la historia, las aseveraciones y desmentidos, las versiones opuestas de las partes enfrentadas, no me preocuparon nada mientras escribía: sólo las dimensiones humanas y personales. Mientras que las opiniones políticas generales pueden diferir, el sufrimiento individual es el mismo sea quien sea el culpable en cada conflicto y sin importar cuál haya sido su motivación o qué curso haya tomado. Todas las víctimas se parecen: nunca salen victoriosas, ni siquiera cuando pertenecen al bando triunfador. Ven los ojos de las víctimas de sus oponentes en sus propios espejos. Oyen sus gritos y saben que las lágrimas salen del mismo abismo. Se espera que soporten las pérdidas y se mantengan silenciosas, conteniendo adentro el dolor: un dolor que las roe pedazo tras pedazo, como tumor canceroso o posesión demoniaca. En estas páginas quise que dieran rienda suelta a sus palabras como tormenta embravecida y que lograran un

doble exorcismo: para mí mediante sus historias y para ellas mediante la mía.

No soy idealista. Sé que a veces las guerras pueden ser necesarias, inevitables, incluso útiles. Pero nunca pueden ser justas. No puede haber una “guerra contra el terrorismo” porque la guerra también es terrorismo. Y una guerra nunca puede ganarse del todo. No mientras una sola vida inocente se pierda por su culpa. Punto.

\* \* \*

Nunca descubrí la verdadera razón por la cual mi abuela tenía un nombre árabe. Su tarjeta de identidad armenia —un documento al que me aferro como a un tesoro— consigna que se llamaba Jamileh (que en árabe significa bella). Su madre y su padre eran armenios, así que habría sido más lógico que le pusieran Siranush, Siran o Sirun (versiones armenias de Jamileh) o cualquier otro nombre armenio. Al cabo de años de estar preguntando, he obtenido de mis familiares diferentes respuestas, a veces confusas. Uno me dijo que no era raro que los armenios de Turquía les pusieran a sus hijos nombres árabes o turcos. Otro afirmó que el nombre de mi abuela había cambiado en Alepo, adonde huyó junto con los sobrevivientes de su familia cuando empezó el genocidio. Un tercero sostuvo que eso en realidad ocurrió en Beirut, adonde mi abuelo y ella habían llegado a vivir tras muchos años de casados. Al final me reconcilié con el enigma. De todas formas había muchas piezas desconocidas y faltantes en el rompecabezas de la vida de Jamileh, muchos “años perdidos”. Lo que no puedo saber, lo reinventaré.

Pero también, ¿puedo tener algún mérito por “inventar”? No creo. Mi séquito está lleno de mujeres que pelearon en guerras y mujeres que las soportaron con valentía estoica. Mujeres que perdieron el amor y mujeres que perdieron a su familia. Mujeres que se han visto obligadas a elegir entre dos castigos, dos oscuridades, cada uno más sombrío que el otro. La prima hermana cristiana cuyo nombre nunca debe mencionarse porque huyó con un musulmán sirio. La prima lejana palestina que cometió el crimen de

casarse con un druso israelí. La amiga armenia condenada al ostracismo porque se atrevió a enamorarse de un turco.

Hay un poco de Qayah, de Qana, de Qadar o de Qamar en todas nosotras.

También en mí. Especialmente en mí.

Estas memorias familiares inventadas son un homenaje a ellas y a todas las que pagaron, están pagando o pagarán el precio de haber nacido en tierras, religiones y etnias que no eligieron, pues seguiremos pagando hasta el día en que el futuro reembolse todas sus deudas al pasado, en este gran juego de póquer llamado Vida.

Joumana Haddad Beirut, verano de 2017

PERSONAJES PRINCIPALES (En orden alfabético)

Aslan: medio hermano de Qayah, hijo de Beshir Kizlar Agha; 1916-se desconoce.

Avi: amor de Qayah; Jerusalén, 1911-kibutz Ramat Rajel, 1948.

Bassem Barakat: esposo de Qayah; Jerusalén, 1894-Beirut, 1982. Beshir Kizlar: amor de Qamar; Adiyaman, 1982-Kobani, 2014. Boulos: hijo de Qadar; Alepo, 1992.

Fadwa: suegra de Qayah; Jerusalén 1872-Jerusalén, 1947.

Fátima: segunda hija de Qayah; Marwahín, 1948-Marwahín, 1954. Fouad Yaziji: esposo de Qadar; Latakia, 1965-se desconoce.

Grigor: padre adoptivo de Qayah; Moussa Dagh, 1862-Jerusalén, 1924. Hosanna: hermana favorita de Qayah; Aintab, 1900-desierto sirio, 1915.

Khaldoun: amor de Qana; Beirut, 1936-Beirut, 1983.

Luqa Barsom: esposo de Qana; Beirut, 1943.

Marine: madre de Qayah; Diyar Bakir, 1883-Adana, 1919.

Najat: tercera hija de Qayah; Beirut, 1954-Beirut, 2007.

Nazar: padre de Qayah; Aintab, 1873-Aintab 1915.

Negan: mejor amiga de Qayah; Jerusalén, 1912-Jerusalén, 1948.

Nina: mejor amiga de Qadar; Beirut, 1970-Beirut, 2012.

Omar: amor de Qadar; Beirut, 1960.

Qadar: hija de Qana; Beirut, 24 de septiembre de 1970.

Qamar: hija de Qadar; Alepo, 6 de enero de 1997-Estambul, 6 de enero de 2015.

Qana: hija mayor de Qayah; Deir Yassin, 2 de marzo de 1946.

Qayah Sarrafian: Aintab, 11 de abril de 1912-Beirut, 11 de abril de 1978.

Shafik: padre de Negan; Jerusalén, 1890-se desconoce.

Vartouhi: madre adoptiva de Qayah; Moussa Dagh, 1870-Jerusalén, 1929.

ACONTECIMIENTOS CLAVE (1915-2015)

1915 Genocidio armenio - Éxodo de los armenios - Muerte de Nazar en Aintab - Muerte de Hagop y Hosanna en el desierto sirio - Captura de Marine y Qayah por Beshir Kizlar Agha.

1916 Nacimiento de Aslan en Adana - Muerte de Marine - Escape de Qayah - Ingreso de Qayah en un orfelinato de Alepo.

1919 Adopción de Qayah por Grigor y Vartouhi en Alepo.

1920 Traslado de Grigor, Vartouhi y Qayah a Jerusalén.

1924 Muerte de Grigor.

1929 Muerte de Vartouhi - Primer encuentro de Qayah y Avi.

1930 Separación de Avi - Compromiso concertado de Qayah y Bassem.

1932 Boda de Qayah y Bassem.

1945 Primer embarazo de Qayah -Traslado de Qayah y Bassem a Deir Yassin.

1946 Nacimiento de Qana.

1948 Segundo embarazo de Qayah - Masacre de Deir Yassin - Guerra árabe-israelí - Muertes de Avi y Negan - Escape a Marwahín - Nacimiento de Fátima.

1954 Tercer embarazo de Qayah - Muerte de Fátima - Traslado a Beirut - Nacimiento de Najat.

1960 Descubrimiento de la enfermedad de Najat - Comienzo del trabajo de Qana en la fábrica de ropa.

1961 Primer encuentro de Qana y Luqa.

1964 Propuesta matrimonial de Luqa a Qana.

1969 Boda de Qana y Luqa.

1970 Nacimiento de su hija Qadar.

1975 Guerra civil libanesa.

1978 Revelaciones de Qayah a Qana - Suicidio de Qayah.

1980 Primer encuentro de Qana y Khaldoun.

1982 Muerte de Bassem - Internamiento de Najat en un hospital psiquiátrico.

1983 Muerte de Khaldoun.

1991 Primer encuentro de Qadar y Fouad - Boda de Qadar y Fouad - Mudanza a Latakia.

1992 Traslado a Alepo - Nacimiento de su hijo Boulos.

1996 Establecimiento de la boutique de Qadar en Alepo - Descubrimiento de Qadar del pasado de Qayah - Matrimonio de Nina, mejor amiga de Qadar.

1997 Nacimiento de Qamar, hija de Qadar y Fouad.

2005 Revolución de los Cedros en Líbano - Primer encuentro de Qadar y Omar - Revelaciones de Qana a Qadar.

2007 Suicidio de Najat - Primera ruptura con Omar - Primera demanda de divorcio de Qadar.

2011 Guerra civil siria.

2012 Batalla y sitio de Alepo - Muerte de Nina en Beirut.

2014 Escape a Gaziantep (Aintab) - Primer encuentro de Qamar y Beshir Kizlar - Boda secreta de Qamar y Beshir y traslado a Estambul - Muerte de Beshir peleando con isil en Kobani.

2015 Atentado suicida de Qamar.

Hay tantos cadáveres desperdigados tras de mí, enterrados o abandonados, en tantos lugares, que ya perdí la cuenta. El mundo no es más que un enorme cementerio. Dime, Dios: ¿cuántas veces puede una persona decir: “Perdóname por haberte sobrevivido”?

tez La hija de la costurera es la primera novela de la gran poeta y activista Joumana Haddad. Una obra poderosa que cuenta la historia de cuatro mujeres que podrían ser la misma: abuela, madre, hija, bisnieta. De la crudeza de la realidad a los hilos de la memoria, Haddad teje el pasado como si fuera futuro para intentar sacudir a las mujeres de su entumecimiento y liberarlas de su legado, de su fatum.

Cuatro mujeres nacidas en distintas guerras, Palestina, Siria, Líbano y el genocidio armenio, se unen en este absurdo tejido del destino a través del amor, el dolor, la maternidad, el duelo y la ferocidad de la lucha por seguir adelante. Haddad cose una novela que cimbra la vulnerabilidad detrás de la violencia.

Joumana Haddad (Beirut, 1970) es una escritora reconocida internacionalmente y ganadora de distintos premios; es periodista, conferencista y activista política en derechos humanos. Regularmente ha sido seleccionada como una de las cien mujeres árabes más influyentes por la revista Arabian Business, gracias a su activismo social y cultural. Se postuló en el parlamento libanés en 2018.

Haddad ha publicado diversos trabajos de ficción, ensayo, poesía y teatro; aclamada por la crítica, ha sido traducida a más de quince idiomas. Entre sus publicaciones se encuentran Yo maté a Sherezade: confesiones de una mujer árabe furiosa, que fue adaptada al teatro en Hollywood; Superman es árabe. Acerca de Dios, el matrimonio, los machos y otros inventos desastrosos; El retorno de Lilith y El tercer sexo.

Primera edición digital: septiembre, 2019

D. R. © 2019, Joumana Haddad

D. R. © 2019, derechos de edición mundiales en lengua castellana: Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.

Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso, colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520, Ciudad de México

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del copyright. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y copyright. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <https://cempro.com.mx>).

[www.megustaleer.mx](http://www.megustaleer.mx/)

D. R. © 2019, Laura Lecuona, por la traducción D. R. © Penguin Random House / Daniel Bolívar, por el diseño de portada D. R. © Natalia Sánchez, por la fotografía de la autora

ISBN: 978-607-318-PENDIENTE

Penguin Random House Grupo Editorial

[/megustaleermexico](http://www.facebook.com/megustaleermexico)

[□](http://www.twitter.com/megustaleermex)

@megustaleermex

Conversión eBook:

Tangram. Ediciones Digitales

ÍNDICE

[Qayah](#bookmark5)

[Qadar](#bookmark6)

[Qana](#bookmark7)

[Qamar](#bookmark72)

[Qadar, otra vez](#bookmark94) [Nota al lector](#bookmark107)

[Personajes principales (en orden alfabético)](#bookmark109) [Acontecimientos clave](#bookmark111)

[Sobre este libro](#bookmark112) [Sobre el autor](#bookmark113) [Créditos](#bookmark114)